

Elisa frente al mar

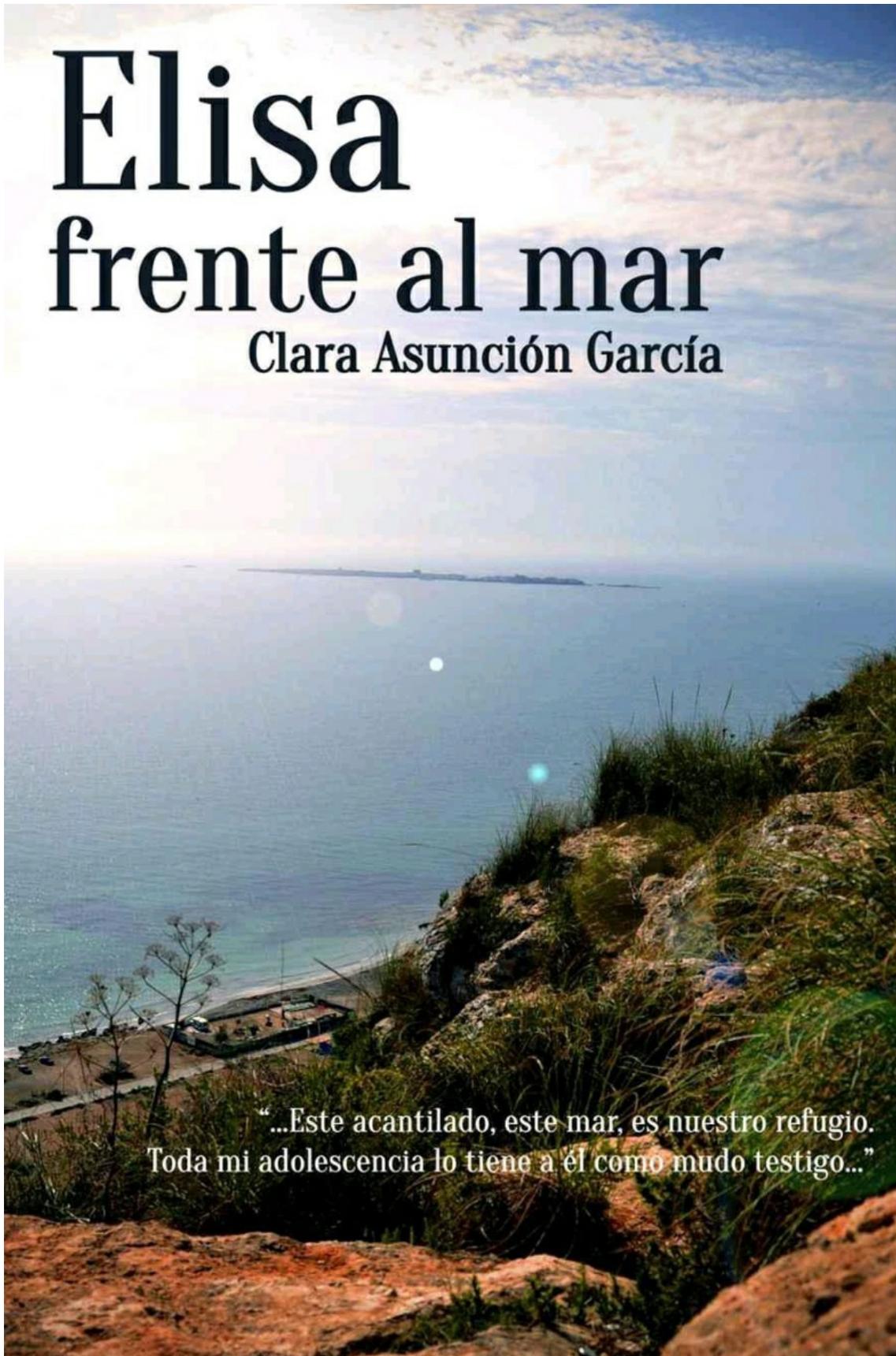
Clara Asunción García



Elisa frente al mar

Clara Asunción García

“...Este acantilado, este mar, es nuestro refugio.
Toda mi adolescencia lo tiene a él como mudo testigo...”



ELISA FRENTE AL MAR

Clara Asunción García

“Elisa frente al mar”

[Clara Asunción García](#)

1ª Edición, octubre 2013

Alicante (España)

© Clara Asunción García, 2013

Todos los derechos reservados

Fotografía de portada: Asunción Espí Pastor, 2013.

Vista de la isla de Tabarca desde el faro de Santa Pola (Alicante)

Diseño gráfico de portada: [Marga Antón Svoboda](#)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión

de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

AGRADECIMIENTOS

A Robert Escolano López, por su inestimable y generosa ayuda (¿o esto me va a costar mis buenas cervezas?).

A Marga Antón Svoboda, por la maravillosa portada. Hay quien crea mundos con la palabra y quien lo hace con la imagen (y, sí, soy consciente también del pago en cebada. No es que me queje...).

A mis betas (en riguroso orden alfabético, para que no haya pelusilla): Alberto (Tito), Bego, Blas, Carol, Clara (Tocaya), Cristina, Esther, Ezequiel, Grego, Juan Diego, Manuel, Marga, Marian, Mariló, Paloma, Patri, Placi, Robert, Susi (Primam), Susy, Vicente y Victoria.

¿Comilona? ¿Qué comilona? ;O)

A todas y todos, gracias.

A todas las Elisás, Nurias y Valerías del mundo a las que la vida les robó sueños, besos y un mañana.

A todas y todos los que lucharon y luchan, que dieron y dan la cara contra y frente a la intolerancia, la homofobia y el machismo.

Si pienso en ti, siento que esta vida no es justa

Días de verano – Amaral

ÍNDICE

2011

1984

2011

1986

2011

1988

2011

1991

1992

2011

1993

2011

Epílogo

Sobre la autora

Sobre la diseñadora

2011

—Estás aquí.

Es lo primero que me dice, inquieta y tímida, deteniéndose a unos pasos de mí. No digo nada.

¿Qué puedo decirle? Las palabras se hacen agua en mi garganta, me ahogan, se convierten en un palpitante oleaje dentro de mí. Son las tuyas las primeras después de todo un mundo de silencio. Las recojo y las hago mías. *Está aquí*, pienso, con un estremecimiento.

He tenido días para preparar este encuentro, he procesado intelectualmente que ella iba a estar aquí hoy. Que volvería a verla, después de tanto tiempo. He creído estar preparada, haberlo asumido, pero es ahora que descubro que nunca llegué a creer realmente que lo haría.

Que estaría aquí, que la tendría delante de mí.

Ella me mira expectante, algo incómoda por mi silencio. No sabe que la marea de su presencia me llega al cuello, amenaza con engullirme. No sabe que su nombre se está haciendo latido en mi pecho, y el latido, estruendo. ¿Cómo va a saber algo así, si ese mundo silente entre nosotras ha durado casi toda una vida? Sé que debería decir algo, salvar este vacío, pero es ella la que, en última instancia, vuelve a hablar:

—Yo no lo hice.

—¿El qué? —digo al fin.

—Ir a ti.

No sé cómo responderle a eso. Vuelvo mi mirada hacia el mar, al que una vez convertí en metáfora. Han pasado dieciocho años. La última vez que ella y yo nos vimos teníamos veinticinco.

Ya no sé qué representa ahora ese mar que entonces actuó de testigo. En

realidad, no sé qué quiere ella. Tal vez sea demasiado tarde. Hasta el mar puede agotarse.

—Elisa —se escapa de mis labios, mientras mis dedos, inquietos, remueven la tierra.

Es su nombre.

Se sienta a mi lado.

*

Su pelo era claro, recogido en una doble coleta trenzada. Pantalón de pana, camisa blanca. Es todo lo que recuerdo treinta y cinco años después. No, su rostro no. Quiero creerlo limpio, claro como el color de su cabello. Era una niña, y yo también. La primera chica de la que me enamoré.

Ocho años, un patio de colegio, un sentimiento arrasador. La acechaba en los recreos, nunca supe quién era, ni su nombre. Recuerdo querer volar. Cogerla de la mano y lanzarnos las dos al viento; que nuestros cuerpos danzaran en la corriente, serpentearan libres de toda ancla. Todo lo que entonces sentí terminó, pero su recuerdo permanece en mí como el primero. Eso nunca se olvida.

Desear que no acabe nunca, que se haga eterno, que se convierta en el todo, en lo único. Creí que la vida me dejaría hacerlo. Volar.

Durante demasiado tiempo me dejó en tierra.

Es lo primero que aprendí. A esconderlo en un puño cerrado tras la espalda, mientras los demás lo mostraban en su palma abierta. A no pronunciar determinadas palabras, sentimientos, anhelos.

Aprendes que callar es la mejor opción, porque el silencio es la norma. Una norma que debería estar en el banquillo de los acusados, trabada por cien

cadena. Por delito de desamparo sentimental. Por condenarnos a vivir en voz baja, a una vida amputada. ¿Qué campo de miseria sembró en nosotros semejante cosecha de negación? ¿A quién hemos de señalar con el dedo?

Recitaría de corrido mi lista de acusaciones:

Nunca cuchicheé al oído con mis amigas sobre la chica de 6° A.

Nunca tuve la oportunidad de declararme a ninguna.

Nunca paseé de la mano con mi novia al salir de clase.

Nunca ningún adulto me tomó el pelo preguntándome si ya tenía novia, si llevaría a mi chica a cenar, si contaban con ella para la celebración, cualquier celebración.

Nunca pude volar y la niñez terminó y la adolescencia se perdió y esa amputación, esa obligación de espiar desde la sombra lo que a otros se permitía gritar a pleno pulmón, mutiló una parte vital de mí.

No nos dejaron volar y yo acuso: tú, tú y tú.

—Pero eso —añado, girándome hacia Elisa para mirarla a los ojos por primera vez desde que he empezado a hablar—, solo serviría para comprender por qué me negaste.

Elisa acepta el reproche contenido en mis palabras. Tras el silencio, el torrente. He dicho su nombre, se ha sentado a mi lado y algo se ha liberado dentro de mí. Las palabras que amenazaban con ahogarme han encontrado el cauce por el que salir, han brotado como un manantial. No sé por qué le he contado lo de aquella primera niña, no sé por qué esto ha sido lo primero que le he dicho después de tantos años. ¿Elisa regresa y lo hace también el primer recuerdo agridulce de mi vida? Un recuerdo convertido, al final, en reproche. ¿Es justo? Al fin y al cabo, ella es tan víctima como yo; más aún, si cabe. Una vez caminas de frente, puedes tener una vida. Yo la tuve, la tengo, vivida de acuerdo con mi naturaleza. Ni me mentí ni mentí a otros. Hubo un precio que pagar, sí, pero las Elisás de este mundo pagaron también el suyo. Lo sé mirándola a esos ojos en los que una vez me bañé.

Nunca ha sido feliz.

Aparto la mirada, porque su tristeza me duele, incluso sabiendo que ella provocó en mí, a su vez, una pena tan honda que aún colea en una parte de mi espíritu. Se ha anclado en él, como parte de mi ADN, como parte de lo que soy. *Esto es lo que soy porque una vez Elisa estuvo en mi vida.* El pensamiento me sobresalta, porque, pese a ser consciente de que ha estado conmigo todo este tiempo, lo había hecho hasta ahora de un modo soterrado, oculto; me había escoltado bajo una especie de pacto de no agresión que hasta hoy ambos habíamos respetado. Y es ahora, cuando se hace lamento, que duele en toda su dimensión, me mira a la cara, me dice “Estoy aquí”. Durante estos primeros minutos de reencuentro soy también consciente del seísmo de emociones que me sacuden, zarandeándome como un muñeco de trapo de un extremo a otro del espectro emocional. Es como si Elisa, la realización física de su presencia, hubiera abierto en mí una válvula que ha estado aprisionando todo lo que en torno a ella sentí, temí, amé o perdí. Esto es lo que soy porque una vez Elisa estuvo en mi vida. No debería definirme a través de ella, lo sé, pero también sé que es inevitable. Que lo fue en su día y que lo sigue siendo. Un pensamiento esquivo empieza a abrirse paso en mí. No quiero saberlo aún de un modo consciente, pero intuyo que tengo todas las claves al alcance de mi mano. Lo que fui, lo que soy, qué traigo conmigo a esta cita. Por qué está ella aquí. El porqué, también, de la tristeza reflejada en su rostro.

Pero, por mucho que reconozca esa tristeza, recuerdo también que han pasado dieciocho años y mil mares entre nosotras.

La duda me asalta. Empiezo a plantearme por qué consentí. La razón de aceptar esta cita, al borde del mar. Quizás sea el acantilado que asoma a nuestros pies, llenándome de vértigo. Quizás Elisa trae con ella su propia metáfora. No lo sé. Solo sé que me ha dejado hablar y creo que, por ello, es ella antes que yo misma la que sabe la razón de mi presencia aquí.

Noto que ha reparado en algo. El tatuaje en mi antebrazo izquierdo. El nombre de mujer que lo cubre por entero. Ella ya se había ido cuando me lo hice. Sonríe con añoranza, con tristeza, con rabia, con dolor. Es la no-sonrisa que tengo para Valeria en los momentos en los que su recuerdo me provoca añoranza, tristeza, rabia o dolor. Tengo otra, más luminosa, limpia y deudora de lo que ella fue. Surge cuando, por ejemplo, un rayo de sol, de forma

inesperada, cruza los espesos y lóbregos nubarrones de un día condenado a la lluvia y toca el mar, iluminando una diminuta porción. Es en esos momentos donde encuentro a la Valeria que nunca se fue.

No como Elisa. Elisa, que ha aceptado el reproche, que ha escuchado en silencio mi incoherente regreso al pasado más lejano. Que me mira, con esa inédita timidez en ella.

—Te noto cambiada —dice.

La miro, a punto estoy de sonreír ante la torpeza de sus palabras. ¿Es eso lo primero que me dice después de tanto tiempo? ¿Que estoy cambiada? *Por supuesto que he cambiado*, quiero decirle. *Me dejaste a las puertas de la vida, Elisa. No estuviste aquí, no te quedaste para ver en qué me convertí.*

No quiero seguir ese pensamiento, esa idea que redundante de un modo mezquino, que me sigue mirando a la cara. ¿Soy lo que ella me hizo? ¿No he crecido, no he madurado, no lo he superado?

¿Soy, a través de ella y por ella?

“Te noto cambiada”. Sí, puede que a los ojos de la Elisa que dejé bajo una tormenta esté cambiada. Pero, ¿qué cambios ve ella? Intento recordarme tal y como era a los veinticinco años y caigo en la cuenta. En el último segundo que ella me vio el terrible golpe ya había ocurrido, pero en realidad yo aún no había librado todas las batallas, ni experimentado todos los sinsabores. Mi carne todavía era fresca y limpia y mi cuerpo apuntaba hacia la placidez. Caigo en la cuenta, por primera vez de forma consciente, de que mi cambio físico ha sido reflejo de mi cambio interior. Como caigo en la cuenta, también, de que una de las primeras piedras la puso ella —esta Elisa que ahora ha regresado— reduciendo a escombros mi corazón.

Cierro los ojos e intento verme a través de los suyos. La vida me ha vuelto escurridiza, seca, tajante. Puede que sea eso. Y puede que mi físico lo revele. Pelo corto, oscuro, delgada como un junco, no disimulo mi suave pluma ni falta que hace. Hace mucho tiempo que dejé de pedir perdón, ahora exijo paso franco en el camino. Quizás Elisa creyó que reencontraría a aquella Nuria que siempre estaba ahí. Me gustaría saber qué más cosas espera de mí esta mujer.

¿Acaso no recuerda cómo fue la última vez? ¿De qué modo quemó la última nave entre nosotras? Pero ella no se quedó el tiempo suficiente para ver el principio del cambio, porque al día siguiente ya no estaba.

Hasta hoy, dieciocho años después.

—Tengo dos hijas —dice.

Lo sé, pienso. Pero no se lo digo. No quiero que sepa que he seguido su vida desde la distancia, como un hábito pernicioso que no podía evitar. Callo, a la espera de sus siguientes palabras.

Pero no dice nada más.

1984

—Blanco —sentencia Valeria.

Elisa me mira de forma cómplice mientras enarca una ceja.

—Si vamos a tener un sofá blanco —le digo a mi impetuosa futura compañera de piso—, despídete del tiempo libre. Nos lo vamos a pasar limpiándolo, Val.

—Blanco, que pega muy bien con el azul del mar —insiste ella, moviendo sus manos en el aire.

Una pizca de ceniza cae revoloteando desde el cigarrillo a medio consumir entre sus dedos.

No puedo evitar sonreír. Sé que en su cabeza ya hay un sofá blanco en un salón luminoso con un gran ventanal abierto al mar. Valeria sueña. Elisa y yo tocamos tierra. Es curioso porque, de las tres, Valeria era la que más razones tenía para no despegarse de la tierra. Sin embargo, sobrevivió soñando.

—Val, míranos —dice Elisa, más práctica—. Cuando nos independicemos no tendremos dónde caernos muertas. Si conseguimos un piso que se caiga a trozos en el peor barrio de la ciudad, ya puedes darte con un canto en los dientes. Olvídate de las vistas al mar.

Pese a su sombrío augurio, Elisa ríe. Tenemos dieciséis años. Estamos en el faro, tumbadas boca arriba. Mi cabeza se apoya sobre sus piernas. Su risa reverbera en mí. La risa de Elisa rompe las costuras de mi espíritu. Hace que mi cuerpo se olvide de fronteras. Haría un pacto con el diablo para asegurarme su risa por toda la eternidad. Haría un pacto con quien fuera para tener el valor de hacerlo de una vez.

—¿Por qué no se lo dices? —me pregunta Valeria a solas una tarde en ese mismo faro, semanas atrás.

—Decirle, ¿el qué? ¿A quién?

Habíamos estado hablando vagamente de proyectos, de qué haríamos, de qué seríamos, de la última cinta de Leño que se había comprado de segunda mano y de la forma de las nubes que cruzaban sobre nosotras. “Una cabaña”, había dicho yo ante una panzuda nube rematada en pico, y entonces ella había hecho su pregunta.

Los caminos de la mente de Valeria eran inescrutables. O, tal vez, fuesen los míos demasiado evidentes. Valeria me miró con arrogancia. Me miró, diciendo “Hasta aquí hemos llegado, guapa”.

—Que te mueres de amor —hace un gesto remarcando lo evidente de sus palabras, una larga pausa y remata, mirándome a los ojos con fijeza—: A ella.

Me sonrojo hasta la raíz, el corazón me da un vuelco. “A” no es ningún problema, no crea conflicto; “Ella” es lo que acaba de sacudirme hasta los cimientos, lo que me hace temblar. Val acaba de quitar de un tirón la sábana que me cubre, bajo la cual me escondo, enciendo una linterna y finjo los cuentos imposibles que me hacen soñar.

—¿De qué estás hablando? —tartamudeo.

—Joder, Nur... —dice, sonriendo.

Mi corazón late de forma apresurada. Val ha decidido que hasta aquí hemos llegado. Val es una chica de palabra. Sé, pese a mi aturdimiento y nerviosismo, que ella, y solo ella, era la única que podía y debía hacerme esa pregunta.

—Dos años, Nuria —dice.

—Dos años, ¿qué?

—Dos años hace que lo intuyo y me callo. Soy una chica paciente, para que luego digas.

—Val... —trago saliva, congestionada.

—Nur —dice ella, seria, colocando su mano sobre mi rodilla—. No pasa nada. Soy tu amiga. Te quiero. Las personas que se quieren no se hacen daño.

Dímelo. Te lo podría decir yo, pero quiero que lo hagas tú, quiero que mañana recuerdes este día y pienses “Lo hice”.

No puedo. Quiero hacerlo. No puedo. “Las personas que se quieren no se hacen daño”. *Díselo*, me dice una voz dentro de mí, la que nunca ha estado conforme con la sábana sobre mi cabeza. *Díselo, díselo*.

No puedo.

—Tú no sabes cómo es esto —digo, angustiada.

—No, no lo sé. Cuéntamelo.

Así de fácil. Miles de días bajo la sombra del silencio, reclamados en voz alta. ¿Cómo contarle, cómo decirle, cómo explicarle? El miedo, la ilusión, la autorrepresión, el éxtasis, la vergüenza. Años asomada a la esquina de la calle, sin atreverme a circular libremente por ella. Cuando entré en el instituto destruí el diario personal que había llevado desde los diez años. La niña de camisa blanca y pantalón de pana fue la primera, nunca la última. Niñas a las que adorar, niñas con las que soñar. Y

siempre, siempre, esos renglones autocensores: “Pero solo quiero ser su amiga”. Mentira. Cobardía.

Ignorancia. Amputación. Alejandro podía pedirle de salir a Beatriz, pero Nuria no podía hacer lo mismo con Carla. Alejandro podía llevar a Beatriz a los recreativos y pasear por la plaza, pero Nuria no.

Migajas. Es con lo que me conformé durante aquellos años de abrumada infancia y adolescencia.

Y, ahora, Val quiere que lo diga en voz alta, que me siente a la mesa con los demás, que asome la cabeza. Escondo la mirada. No puedo. Quiero hacerlo. ¿Por qué cuesta tanto?

—Perdona, Nuria —dice Valeria de repente, llevándose una mano al pecho—. Perdona, perdóname. ¿Cómo puedo pedirte eso si yo no...? —Hace un gesto de contrariedad—. Lo he hecho mal —se recrimina.

Se inclina hacia mí, su voz adquiere un tono confidencial. Me obliga a mirarla colocando un dedo bajo mi barbilla.

—Nuria, eres mi amiga y confío en ti. Sé que me quieres, como yo te quiero a ti. Por eso voy a decirte esto, y espero que lo aceptes, que me aceptes a mí con ello —hace una pausa, coge aire, su voz se convierte en un susurro casi solemne—: Me gustan los chicos, tía, no lo puedo evitar.

La miro, perpleja. La risa y la expectación, a partes iguales, se mezclan en sus ojos, en las pequeñas arrugas que se forman en las comisuras de sus labios. Espera mi reacción. *¿Y todo porque he dicho cabaña?*, pienso, de modo incoherente. Pero es entonces cuando sé que todo está bien, que no hay nada malo en ello, que puedo decirlo en voz alta.

El día que Val me hizo aquella pregunta, se acabó la soledad para mí.

—¿Se lo vas a decir? ¿Que estás coladita por ella?

Expulso el aire con lentitud, incómoda.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto.

—¿Cómo podía no saberlo?

Un repunte de pánico me atenaza y vuelvo a sonrojarme con violencia.

—¿Tanto se me nota? ¿Crees que ella también se habrá dado cuenta? ¿Y los demás? ¿Crees que los demás también? Joder, Val, me muero de vergüenza si...

Valeria levanta una mano para acallarme.

—Para o reventarás, Nur. No, nadie se ha dado cuenta, y ella menos. Yo lo sé porque soy la mejor amiga que tienes en el mundo y saqué matrícula en eso de la intuición femenina. Tranquilízate. Ahora lo que importa es qué piensas hacer respecto a lo que sientes por ella. ¿Se lo vas a decir?

—¿Estás loca? —replico, repentinamente nerviosa y asustada. *¿Si repito mil veces “cabaña, cabaña, cabaña” me calmaré y todo estará bien?*—. No

sabes lo que dices, Val.

Jugueteo nerviosa con su cajetilla de tabaco mientras pierdo la mirada en el mar. La brisa que azota mi rostro trae ese mar con ella y se mezcla con la fragancia del tomillo. Estamos en lo alto del acantilado que domina el cabo, cerca de las ruinas restauradas de la antigua torre vigía. El faro queda a la izquierda. Emerge, blanco y plata, impertérrito, sobre la tierra semiárida, dominando la bahía, lamiendo cada día el mar con su haz de luz. Frente a nosotras, ese mar, envolviendo glotón a la pequeña isla salpicada de islotes que emergen quebrando la plana superficie verdiazul. Este acantilado, este mar, es nuestro refugio. Toda mi adolescencia lo tiene a él como mudo testigo. En esta época aún no se ha colocado la valla de madera que limitará el acceso a la cornisa, podemos sentarnos cerca de ella y sentir el atolondrado vértigo del vacío bajo nuestros pies. Solemos ir hasta allí con la Vespino de Val. La larga carretera de acceso, una recta interminable, como una lengua gris que parte en dos la tierra moteada de pinos y mimosas. La cadena herrumbrosa que marca el límite.

Caminamos hasta uno de los extremos más alejados, junto a la antigua torre, lejos de paseantes ocasionales y turistas de piel enrojecida. Allí podemos tener la ilusión de ser las únicas personas del mundo, aisladas como la diminuta isla que se otea desde la cima. Nuestro refugio. A los dieciséis, eso puede llegar a ser suficiente para nosotras. Incluso para Val. Sobre todo para Val.

Val, que fuma a escondidas, se acuesta con Nacho, escucha una y otra vez las cintas de Leño en el radiocasete y se autoproclama rebelde. “A la vida hay que contestarle bien alto”, dice siempre.

Tardé tiempo en aprender que a la vida también había que responderle antes de que te hiciera las preguntas. Pero para cuando lo hice, Elisa ya no estaba.

Val quiere que le diga a Elisa que me muero por ella. Val no sabe lo que dice.

—Y tú no sabes lo que haces —replica ella, expulsando una voluta de humo que se enreda como un velo sobre su mirada.

Era muy pecosa, pelirroja, con un pelo soberbiamente escandaloso que se

inflamaba en torno a su rostro de un modo descuidado; piernas como alambre, flacucha, nerviosa. Soñadora. Su padre la mató cuando apenas había cumplido veinticinco años, cuando se interpuso por última vez entre él y la madre que se había pasado toda una vida maltratando. Antes no era como ahora. No había un número de teléfono paseándose por los programas de televisión, ni esta conciencia colectiva. Aun así, hoy también podría haber acabado muerta, lo sé. Pero no quiero pensar en ello, no quiero pensar en Valeria muerta. Valeria siempre vive en mí, de un modo u otro. Llevo su nombre tatuado en mi piel del mismo modo que la llevo a ella en mi corazón, en lo que soy. La sueño, la recuerdo, la revivo.

Aquel día, en el faro.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto.

Me sonrío con picardía, sus ojos verdes velados por la nube de humo.

—Porque como no te decidas, me la voy a tirar yo.

Ni siquiera estoy segura de que empleara esas mismas palabras, de que en aquella época se usara esa expresión, pero vienen a reflejar a la perfección lo que dijo. Valeria siempre por delante, siempre un paso más allá. Era la lanzada, la deslenguada, la que parecía saberlo todo. Teníamos dieciséis años. Yo intuía su vida maltrecha, su miedo, su incertidumbre, pero nunca quiso hablar de ello. La única vez que lo intenté, me dijo: “Déjame sobrevivir a mi modo”. Podría haber sido una excelente escritora, pintora, directora de cine, un ser básicamente creativo. Nunca estaba estrictamente *aquí*, Valeria se pasaba gran parte de su vida en su mundo interior. “De dentro de mi cabeza, de ahí soy yo”, solía decir. Devoraba la vida, se la tragaba a dentelladas, un ser que miraba hacia fuera desde dentro de sí. Nunca la comprendí del todo, no me dio tiempo, me limité a quererla fielmente, con una devota amistad en la que le pedía en silencio perdón por no poder, por no saber, por no hacer.

Teníamos dieciséis años.

—Joder, Val —protesto, abochornada e inquieta ante la conversación que sabía estaba por venir.

—Exactamente, jo-der —deletrea—. ¿No sabrías cómo hacerlo? Puedo darte lecciones básicas.

Nacho tiene unas revistas buenísimas.

Nacho era la excepción a la regla, así lo llamaba ella. Éramos las tres mosqueteras y Nacho (“El macho”, como ella siempre apostillaba). Nacho era un vecino suyo, al que conocía desde crío.

Valeria decía que Elisa y yo éramos su Ying y Nacho su Yang. Era por Nacho que Valeria aprendía ciertas cosas que después se ofrecía a compartir con nosotras de forma gráfica y concienzuda. Por aquella época hacía un año que se acostaba con él.

—Os lo digo, chicas, he aprendido de forma muy dolorosa lo que significa la estrechez —se reía el día que nos contó cómo fue la primera vez que se acostaron—. “Dime por dónde la meto, Valeria, o cógela tú y te la metes” —aullaba de risa, contándonos con pelos y señales los pormenores.

Yo enrojecía con sus batallitas, mientras Elisa se limitaba a asentir con benevolencia a todos sus disparates. La tonta, la sensata y la pirada, creo que así habríamos pasado a la eternidad, de no ser porque todo terminó brutalmente y lo que un día fuimos se diluyó en una marea de dolor y negación.

Sigo visitando a Nacho en la cárcel. Intentando que no se pierda, que piense en el mañana. Cuando nos vemos, lo primero que hacemos es mostrar nuestros brazos. Él gira su antebrazo izquierdo y yo el mío. Las letras tatuadas caminan sobre nuestra piel de forma idéntica, se desparraman sobre ella nombrándola en silencio. Valeria.

Nacho mató a su padre.

Catorce años después del asesinato de Valeria y su madre, la ley dictaminó que el autor de tan abominable acto podía salir libre. Nacho le esperó a la salida. Ese hombre tuvo, exactamente, cuarenta y cinco minutos de libertad. Catorce años y cuarenta y cinco minutos más de vida que Valeria y su madre.

Nunca hablamos de ello.

Tengo miedo. Pero no de él, no de este Nacho asesino. Tengo miedo de no tenerle miedo. Tengo miedo de mí. De encontrar, en el fondo de lo que soy, la conformidad con lo que hizo.

Tras aquello, Nacho se entregó y se apartó voluntariamente de la vida, se encerró en una doble cárcel. Y en ellas sigue. Dice que no le importa lo que hay fuera, puesto que ella ya no está allí. Al principio me preocupaba que pudiera quitarse la vida, pero creo que Nacho tiene miedo de que la muerte le quite a Valeria. “No me fio de la muerte, Nuria”, me dijo un día. “¿Y si no hay nada? Al menos, aquí, sueño con ella”.

Nacho, Valeria, son también parte de las batallas que propiciaron mi cambio. En su momento no supe ver la pasión que los unía, el indisoluble sentimiento que selló sus corazones, una para el otro, el otro para la una. ¿Cómo adivinar tras el desparpajo y la ligereza de Valeria semejante profundidad? Valeria, ahora lo sé, nunca lo permitió, tampoco esa parte, porque abrir la puerta, aunque hubiera sido tan solo un poquito, habría conllevado ver otras cosas. Y ella no lo deseaba.

“Déjame sobrevivir a mi modo”. Es lo que me pidió.

Todo lo que yo pueda lamentar ya por todo aquello es inútil.

A Nacho le gusta que le lleve la marca de cigarrillos de Val.

2

—Venga, Nur. ¿Qué vas a hacer con lo que sientes por ella? —insiste Val.

Huele a tomillo, a mar. Me siento acorralada. Una cosa es decirlo; otra, sentirlo, y otra, muy distinta, afrontar esos sentimientos desde la realidad. Hasta ese día, yo era la chica bajo la sábana mirando la vida a escondidas.

Val vuelve a dibujar una figura imprecisa con el humo del cigarrillo y este asciende perezosamente por encima de su cabeza. El mar rompe contra las rocas. La música de fondo de mi vida es el mar.

Nací en él. Volveré a él. Es un pacto. Nacho y yo lo hemos hablado. Esperaremos a que cumpla su condena, exhumaremos los restos de Val y los incineraremos. Se la daremos al mar, para que cuide de ella. Sabrá esperarnos. A veces he soñado que me sumerjo en un mar atravesado de sol y que Val viene a mi encuentro. Sonríe. Toma mi mano. Quiere mostrarme algo, pero no llega a hacerlo. Mi sueño siempre acaba antes de que lo haga. Tengo curiosidad por saber qué es, pero su incógnita no me desasosiega, no me despierto de ese sueño inquieta o turbada. He visto a Val. Qué más puedo pedir.

—Estás colada por ella desde Primero —insiste Val—. Desde que la viste entrar en la clase. Te apuntaste a teatro por ella y eso que eres una patata como actriz.

—Me apunté para ayudar con los decorados.

—Y para espiarla.

—Yo no espío a Elisa.

—No es un crimen admitirlo.

—¡Pues lo parece, joder!

Pego un puñetazo sobre la tierra. Me hago daño con las piedrecitas que se

clavan en mi carne.

Valeria me mira, atónita. Respiro con agitación, perpleja a mi vez por mi propia reacción. Ha sido un latigazo de rabia inesperado hasta para mí. ¿Dónde lo tenía guardado? ¿Entre la resignación y la rendición?

—No lo es, Nuria —me dice ella, muy seria.

Sabe que estoy a punto de echarme a llorar. Ahora, con el paso del tiempo, sé apreciar mejor el tipo de persona que fue Valeria. Alguien que tuvo que madurar muy rápido, que conoció demasiado pronto el lado sombrío, lo que se esconde tras la puerta, lo que camina entre susurros de labios fruncidos. Aquello la hizo quemar etapas, madurar antes de tiempo. La colocó entre lo que tendría que haber sido y lo que la vida le obligó a ser. Valeria era capaz de los mayores disparates, pero bajo su piel latía la sabiduría del que está acostumbrado a perder. Nunca comprenderé por qué calló lo que pasaba en su casa, pero sé que esa pregunta la hago desde la perspectiva del ahora. Antes, callar y aguantar era lo que había. Ahora, demasiadas veces, también.

—¿Es que alguien te ha dicho algo? —pregunta con recelo.

Sé que sería capaz de liarse a tortas con ese alguien si así fuera. Mi leal Valeria.

—No —digo con la voz congestionada. Pero soy incapaz de continuar.

—¿Te da corte hablar de esto?

La miro, ruborizada hasta la médula.

—No pasa nada, Nur, ya te lo he dicho —me anima. Yo rehúyo su mirada. Se acerca a mí, se sienta a mi lado y me pasa un brazo sobre los hombros. Nos quedamos unos segundos en silencio, ella abrazándome y yo tratando de relajarme. Suspira con profundidad y chasquea los labios—.

Ahora, que si lo tuyo por Elisa es contagioso, la hemos *cagao*. A ver qué le digo yo a Nacho.

Me echo a reír. Val siempre lo consigue. Consigue que la vida funcione, pese a

todo.

Pero esa misma vida le negó ese derecho a ella.

3

—No voy a hacerlo —insisto, terca como una mula.

Val me ha abrazado, me ha hecho reír, pero siento miedo. Pánico, en realidad. Y vergüenza, mucha. Y culpabilidad. No he hecho nada, pero siento miedo, vergüenza y culpa. Algo va muy mal en el mundo si una chica de dieciséis años se siente así tan solo por amar.

—¿Cuántas vidas crees que tienes? —pregunta Valeria.

Sabía que no iba a tardar mucho en decirlo. Era su lema. “Solo tienes una vida y, mientras lo que hagas no joda la vida de otro, vívela a tu manera”. Val había llegado antes que nadie a caminos que desembocaban en encrucijadas y regresado de ellos para mostrárnoslos a los demás. Era muy madura para su edad. Ya lo era, desde mucho antes. Teníamos nueve años cuando nos conocimos, en el colegio. Yo estaba sentada en mi pupitre, ella era nueva. Entró en el aula con paso seguro y se dirigió hacia mí tras echar una breve mirada a su alrededor. Se sentó a mi lado, yo dibujaba algo en una libreta, probablemente un monigote zarrapastroso. Ella lo miró por encima de mi hombro y me dijo: “Dibujas muy bien”.

Yo dibujaba muy bien y ella tenía un noviete que se llamaba Ignacio. En Octavo pasó a llamarlo Nacho, “porque sonaba más guay”. Tendrían que haber estado toda la vida juntos. Conozco casos así, parejas que se conocieron de pequeños y hoy día, toda una vida después, siguen juntas. Nacho y Val, no. Aunque no estoy muy segura de que no sea esa la realidad paralela de Nacho. Creo que él sí sigue su historia de amor con Val. Por encima de la muerte. De todas las muertes.

Tendría que haberlo sospechado, pero cómo sospechar algo así. Tras la muerte de Val, durante los catorce años siguientes, Nacho no salió con nadie más. No hizo el menor esfuerzo por conocer a ninguna otra mujer. ¿Por qué no lo vi? Tampoco supe ver en él la profundidad. Nacho era el chico tranquilo, inalterable, callado hasta rozar el apocamiento. A veces le tomaba el pelo llamándole Señor Ignacio y él sonreía. Tenía el pelo rubio, largo y desgreñado. Alto y desgarbado, sus movimientos parecían los de un bailarín,

fluidos y suaves. Amaba, por encima de todo, a Val. Por encima de todo.

¿Lo sabía? ¿Nacho lo sabía?

Tampoco hablamos nunca de ello. Nunca, durante todos estos años, le he preguntado si sabía lo que pasaba en casa de Valeria. Temo hacerle daño o que lo interprete como un reproche. Temo, también, que la pregunta se revuelva contra mí, me abofetee como me merezco. Soy seca, tajante y cobarde.

Así, ambos callamos.

Sin embargo, él se la llevó de allí. La tonta, la sensata y la pirada nunca llegaron a tener un sofá blanco con el que perder horas y horas limpiando, fueron Nacho y Val los que se fueron a vivir juntos en cuanto cumplieron los dieciocho. Él trabajaba desde los catorce en el taller de su padre y, como buen sensato, ahorró hasta la última peseta. Lo de nosotras era una utopía adolescente; lo de ellos, un proyecto de futuro.

—Pero mira que llegas a ser tonta, Nuria —me reprocha Val.

—¿Es que crees que es fácil?

—No. ¿Es que tiene que serlo?

—Déjame en paz.

—No es conmigo con quien tienes que cabrearte, Nur.

—No quiero hablar de eso.

—Pero nunca lo has intentado —dice Val.

—¿Intentarlo? ¿Qué crees que pasará? ¿Te gustaría a ti pasar por esa humillación? ¿Que te llamen marimacho?

—Nadie te va a decir eso, Nur. Le partiré la cara a quien sea, yo, la no-marimacho. O, mejor, llamaré a mi macho personal y que lo haga él —levanta las manos frente a mí—. ¡Pero si es que a nadie se le tendría que decir nada por algo así, joder! ¿Qué problema hay?

Hoy, muchos años después, con el espejismo de la plena igualdad legal alcanzada, el argumento sigue apareciendo en alguna que otra charla de café: “¿Qué os impide besaros con vuestra novia por la calle?”. “Muy fácil, muy bonito. Solo un beso”, dicen, resoplando, como si les hubiese planteado ir y volver a la luna en bicicleta. “¿Y después?”, replican. ¿Después? Nada, si no aparece el energúmeno de turno. Nada, si de repente no te has de ver expuesta al grito soez, al insulto, a la burla. Podrás tener la réplica justa a pie de labios y acabar yéndote con la cabeza bien alta, pero la única realidad es que tú, durante esos eternos segundos, te has visto sometida a la exposición pública, te han señalado con el dedo, has perdido. “Si no nos hacemos visibles, si no reivindicamos, si no somos valientes...”, digo. Y entonces aparece la vuelta de tuerca: “Solo tenemos una vida”, mientras se alzan de hombros, incómodas y huidizas. Lo que tendría que ser una máxima de libertad se convierte en una opresiva.

Solo tengo una vida.

—Nur, entiendo que tengas miedo —dice Val—, pero no puedes pasarte toda la vida así. Estás enamorada de Elisa, ¿verdad?

Pasan unos segundos. Mil años. Toda una vida, toda la que tengo hasta ese momento.

—Sí —susurro.

Lo he dicho. En voz alta. En lo alto de un acantilado, frente al mar, a mi mejor amiga. Solo he tardado ocho años desde que tengo uso de razón y corazón, desde aquella primera niña de pelo claro y camisa blanca que se quedó con ambos, que los recogió y me los devolvió en forma de vida. Me echo a llorar. Creo que es porque nunca se lo había dicho a nadie. Es la primera vez que hablo con alguien de lo que siento, de lo que siempre he llamado “mi gran secreto”. Val me mira orgullosa y yo pienso: *Lo hice*, para recordarlo, como ella me ha dicho, el día de mañana. Val vuelve a abrazarme, me envuelve, me mima, se hace barrera contra el mundo. Ella, que tendría que haber sido abrazada cada día, cada hora, cada segundo de su vida.

Hace unos años su fantasma regresó de un modo casi físico. Me crucé en un parque con una mujer que olía como ella, como Val. La mezcla del perfume

que usaba unida a la del tabaco que fumaba. La cabeza me dio vueltas, estuve a punto de pedirle a esa desconocida que me abrazara. En su lugar, me dejé caer en un banco, rota como si acabaran de darme una paliza, arrasada. *Val*, su nombre se hizo eco en mí. Una brutal sensación de pérdida cruzó todo mi ser, como si acabara de suceder, al tiempo que sentí cómo todos los músculos de mi cuerpo se aflojaban, fragmentándose. La vida se estaba cobrando su tributo, tanto tiempo después. No lloré a *Val* cuando todo ocurrió. Apenas unas lágrimas mudas durante todas aquellas horas de agonía y estupor. El resto del tiempo, durante estos dieciocho años, he estado cabreada. Con la vida, que no le dio su oportunidad. Con una sociedad, un mundo, capaz de crear monstruos y víctimas en el seno de lo que debería ser un refugio. Con el machista asesino de su padre. Con su madre, por no haber abandonado a ese cabrón y propiciar que *Val* tuviera que defenderla. Conmigo, y mil veces conmigo, por echarle la culpa a esa pobre mujer.

Y mil veces, también, por no poder, por no saber, por no hacer.

Así que ese día, derrumbada sobre el banco de un parque, lloré mares por ella, por su madre, como si acabara de recibir la noticia, como si acabara de escuchar las palabras “*Valeria* ha muerto”.

Esta *Valeria* aún viva deja de abrazarme, me pasa su pañuelo. Se enciende un cigarrillo. Esconde el paquete en un hueco del muro de mampostería de la antigua torre que comparte acantilado con el moderno faro. Su madre no quiere que fume, su madre le dice en voz bajita que tiene que estudiar, hacerse una persona de provecho, salir de allí. No ser como ella. El mechero tiene estampado un dibujo de *Naranjito*.

—Pues ya has perdido dos años, guapa. Hay que ponerse al día —dice, resuelta.

—No voy a hacer nada, *Val* —replico, limpiándome las lágrimas.

—Y dale —se enfada. Como cuando en el colegio le decía que no iba a participar en el concurso de dibujo anual e insistía hasta que lo hacía. Pero esto no es un concurso. Es mi corazón, la vida que tengo que vivir todos los días. Es la cuerda floja y el precipicio bajo mis pies—. A ver si te crees que serías la primera a la que le dan calabazas —dice.

—No es por eso. Y no es lo mismo, lo sabes muy bien. ¡Me moriré de vergüenza!

—Hay que achuchar, Nuria, hay que achuchar, o te quedas en el camino.

—¿Y si reacciona mal? ¿Y si deja de hablarme? ¿Y si le doy asco? ¿Y si va contándolo por ahí?

¿Y si la pierdo como amiga? ¿Y si se burla?

Val me mira como si estuviera contemplando a una alucinada. Yo me muero de angustia.

—Joder, Nur, déjate de tanta empanada mental. Hazlo y lo sabrás.

—No, prefiero tenerla como amiga.

—Cobarde.

—Sí.

2011

—¿Piensas mucho en ella? —me pregunta Elisa, mirando el tatuaje con el nombre de Valeria en mi brazo.

Creo que desea tocarlo, delinearlo con un dedo, pero no se atreve. Yo espero que no lo haga, porque no sabría cómo reaccionaría de hacerlo. “Que Elisa no me toque”, debería haber firmado a pie de cláusula.

—¿Tú no? —replico.

Mis palabras han sonado como leña seca al partirse. Creo que solo he tratado de ocultar la zozobra que ha provocado en mí esa proyección, la de Elisa tocándome, y ni siquiera yo sé si mi pregunta es un reproche o un desafío. Ella me mira con fijeza y su mirada castaña vuelve a bañarme como antaño. Siento un escalofrío. ¿De verdad han pasado tantos años? Pequeñas arrugas cercan esos ojos que tanto busqué en mi juventud. La vida parece haber impregnado su rostro de una ligera pátina de resignación, o eso quiero creer. He soñado con ello, desde aquel día bajo la tormenta. He soñado con que huyó de mí para caer en la monotonía de la resignación, en una vida de mentira, en una farsa. Que a mi lado habría vivido de verdad, que habría sido feliz. Que ha desperdiciado toda su vida.

—¿Y Nacho? —pregunta.

—Sigue donde está.

—Lo siento.

—Sí, yo también siento que tenga que pagar por lo que hizo.

Es esta, le dicen mis palabras, la Nuria que nació tras todo lo que pasó. La Nuria desabrida, cabreada, incorrecta.

Ella no se amilana.

—¿Cómo está? —pregunta con suavidad.

—¿Cómo crees tú? Va a cumplir más condena que aquel animal por matar a Val y a su madre.

Habría sido mejor para Nacho emborracharse también antes para que le sirviera de atenuante.

No oculto la rabia en mi tono. El muñeco de trapo que se estrella a un lado y otro. Esto no ha empezado bien. Pero es que tampoco terminó mejor. Quizás sea eso, que nunca he podido desprenderme de aquella ira de hace tantos años. ¿Acaso ha hibernado en mí esa rabia y Elisa es el rayo que la ha hecho brotar de su letargo? Más aún: ¿es justo? Han pasado demasiados años. Yo no había imaginado esto así. Creía haberlo superado, creía haberlo dejado atrás, a ella, al vacío que me legó. Pero Elisa sigue sacudiéndome hasta los cimientos, como la primera vez que la vi. Tengo que calmarme. Estoy nerviosa. Solo es eso.

—Lo siento —musita de nuevo.

Me alzo de hombros. Me descubro pensando que no la creo, porque, al fin y al cabo, también le abandonó a él; nos abandonó a los dos. Esta ira, de nuevo presente, a flor de piel. Mejor callo. Pero ella se mueve ligeramente hacia mí. Me toca el brazo y respingo y me paralizó y se crea un mundo nuevo allí donde me ha tocado. Su gesto se carga de osadía y delinea con la yema del dedo el nombre de Val, en vertical a lo largo del antebrazo. La “v” nace en mi muñeca y la última letra, la “a”, muere en el hueco interno de mi codo. Siento un escalofrío. Lo ha hecho. Elisa me ha tocado.

—Sí, mucho —dice, respondiendo tardíamente a mi pregunta. Noto la tristeza y la melancolía en su voz—. Todos estos años no he dejado de pensar en ella, en...

—Será mejor que no me toques, Elisa —digo.

Ella aparta su mano y yo descubro, en ese instante, por qué he aceptado venir a esta cita. Por qué acepta ella en silencio mi ira, todos los reproches.

Porque, sí, ella lo ha entendido antes que yo. Lo sabe.

Sabe que yo he venido a castigarla y ella a pagar su deuda.

4

—Quedamos en el Popeye, yo a media cena digo que me encuentro mal y me largo. Os quedáis a solas y...

Val deja la frase a medias y enarca las cejas como un feriante engatusador.

—... ¿y colorín colorado? —termino yo.

Val resopla con impaciencia.

—Eres muy negativa, Nuria —sonríe con una chispa de travesura iluminando su expresión—. Es tu cumpleaños, seguro que te deja que le toques las tetas como regalo, tonta.

—Qué asco das, Val.

Ella me mira con curiosidad, ladeando la cabeza.

—Tú sabes qué será lo siguiente, ¿verdad? —Entrecierra los ojos—. Quiero decir, que esto no es un cuento para niñas donde la princesa no se acuesta con la princesa. Que no es platónico, vamos.

¿Tú lo sabes, no?

Me remuevo inquieta, incómoda con sus palabras. Yo una vez fui blanca, romántica. Val, desde que desvirgó a Nacho, no. Vive en la sexagésimo novena dimensión y desde allí interpreta todas las serenatas.

—Yo ahora no pienso en eso —digo, poniéndome colorada.

—Lo que tú digas, princesita.

—No voy a poder —le digo, angustiada—. No voy a poder decírselo, Val.

—No digas tonterías, Nuria, ella es una persona, como tú y como yo. Y partes con la ventaja de que sois amigas, ¿no? A ver, os quedáis a solas, os vais a un sitio tranquilo y allí, con mayor intimidad, se lo dices.

—Haces que parezca muy fácil. Será un desastre, me odiará, la perderé como amiga...

—Y el Apocalipsis tendrá lugar cinco minutos después, no te jode —levanta los brazos enfáticamente—. No te pongas melodramática, Nur. Es tu amiga, piensa en ello. ¿Tú le harías esa marranada a una amiga? ¿Dejarla en la estacada, burlarte de ella?

—¿A cuántas amigas se les declara su amiga? —contraataco, en mi espiral de autocompasión.

—Quizás a más de las que te imaginas, guapa. ¿O es que te crees única en el mundo?

Sí, pienso. Durante años y años y años. Única, rara, equivocada, tarada, enferma, sucia. Sola.

Val, como siempre, parece leer a la perfección en mí. Se acerca y me abraza. Su esencia me inunda, ese olor tan indisoluble a ella, que años después me haría desfallecer de pena en un banco de un parque cualquiera.

—Pues ya no lo eres —susurra en mi oído.

*

2011

—¿Por qué has vuelto, Elisa?

—Necesitaba verte.

Así de simple. Elisa ha vuelto, me ha citado en el faro, en este lugar que tanto significado tuvo en nuestras vidas, porque necesitaba verme.

—¿Para qué? —le pregunto, bordeando la impertinencia en mi tono.

No voy a ponérselo fácil. Fue ella la que incineró la única nave que nos quedaba. La que erró el camino que pudo llevarla hasta mí y ahora, *ahora*, está aquí.

—Haces preguntas muy difíciles, Nuria.

—No tengo muy claro si sabes qué significa realmente esa palabra. Cuán difícil puede llegar a ser todo.

Me mira con pena. Sabe que quiero pelear con ella y eso le duele.

—Sí, has cambiado —musita.

Mis últimas palabras parecen haber ratificado en ella una impresión que en principio solo podría haberle parecido física. *Bienvenida a mi mundo, Elisa*, pienso con despecho. Del despecho salto a la rabia. No están tan lejanas en mi escala emocional. Me giro hacia ella, la ira centellea en el fondo de mis ojos. Tengo veinticinco años y Valeria acaba de morir. Tengo veinticinco años y Elisa acaba de abandonarme. Tengo treinta y nueve y el chico alto, desgarrado y apocado acaba de matar a otro ser humano a sangre fría. Me he quedado sola, y todos esos fragmentos de doliente soledad se han buscado y fundido, formando una pesada losa que amenaza con ahogarme. Es esta Elisa retornada la única que me queda en una línea temporal bacheada y rota, hilada de cualquier manera, caprichosa en sus saltos. Pendo de esa línea, sola. No quiero pensar en la razón de esa soledad. Por qué no hay nadie en mi vida. Así, ataco. Mi voz va subiendo de tono conforme la rabia se apodera de mí.

—¿Te extraña? ¿Qué sabes de mí? ¿Cuántas veces me has llamado en estos años? ¿Te preocupaste ni una sola vez de cómo estaba? ¿De cómo podía sentirme después de que Valeria muriese y tú te fueras? ¿Lo hiciste? —estoy gritando y el lamento de mi voz me afecta a mí más que a ella. Me mira, con la agitación del mar inundando sus ojos. Avanza una mano hacia mí, pero yo me levanto, rehuyéndola—. ¡Déjame en paz, Elisa! ¡Vuélvete por donde has venido! —grito al viento, alejándome.

Ella no puede saberlo, pero llevo horas en el faro, esperándola. Ella no puede saberlo, pero durante ese tiempo Valeria ha resucitado, Nacho es libre, yo estoy a punto de declararme y vuelvo a sentirme insegura, sola, perdida, asustada. Yo, a quien la vida ha cincelado en la piel la batalla. Mis pies hacen crujir la tierra en mi apresurada huida y entonces la pregunta me alcanza: *¿Por qué huyes?* Y la respuesta no se hace esperar. *Miedo*, me respondo. *Tengo miedo*. Como cuando tenía dieciséis años.

Y es entonces cuando descubro lo que hay más allá de esa rabia arrasadora, la razón que se esconde tras su génesis. Elisa sigue sacudiéndome como entonces, sí, y eso solo puede significar una cosa.

No puede ser, pienso, dejando escapar un jadeo de angustia.

5

—Lo siento, chicas, pero me parece que me ha sentado algo mal. Me voy a casa.

Val es astuta, rápida. Ni me da tiempo a mí a sentir pánico ni opción a una solidaria oferta de acompañamiento. Elisa y yo, así, nos quedamos a solas. La miro y ella se alza de hombros, cabeceando. Típico de Valeria, parece decir.

La miro furtivamente. Cada vez que lo hago, siempre que lo hago, mi corazón da un vuelco. Es como la primera vez que la vi, entrando en nuestra clase de Primero, en el instituto. Se detuvo un instante en la puerta, echó un vistazo al interior y, sin titubear, se acercó a nosotras. Exactamente lo mismo que hizo Val en el colegio. Siempre he tenido la sensación de que Valeria y Elisa fueron como barcos que vinieron a recalar en mi puerto. Val me contó que ella me eligió porque supo, nada más verme, que yo era especial, con la cabeza enterrada en aquella libreta, ajena al bullicio del primer día de clase. Era mentira. Más tarde me confesó que la realidad fue que el de mi lado era el único sitio que quedaba libre. “Pero el destino sigue siendo el destino”, añadió, guiñándome un ojo.

No sé por qué Elisa se acercó a nosotras. Era nueva, no conocía a nadie y ese desconocimiento nos incluía a Val y a mí. Había otros sitios libres, pero se sentó a nuestro lado. Siempre he pensado que fue la flamígera melena leonada de Val lo que la atrajo como un canto de sirena. Se sentó, se presentó y yo morí de amor. ¡Qué lejos estaba entonces de imaginar que esa chica de catorce años de ojos castaños iba a marcar los siguientes veintinueve años de mi vida!

La misma que ahora, con dieciséis, tengo delante de mí. Estoy acostumbrada a la Elisa amiga. Sí, objeto de deseo platónico, pero siempre amiga, por encima de todo. O eso quiero creer. No es la primera vez que nos quedamos a solas. Hemos ido al cine, a la playa, paseado, comido, cenado, estudiado juntas. Todo a un nivel soportable dentro de unos parámetros de negación y resignación.

¿Qué ha cambiado para que ahora me tiemble el pulso y un nudo atore mi garganta?

Que yo sé que alguien más lo sabe. No el hecho de estar allí con un objetivo, sino que ese fin sea conocido por Val. Ya no podré permitirme ser cobarde. Mi vida era más fácil antes de ello. Mi vida de ratón asustado, de insecto resignado.

—¿Te pasa algo? —Elisa me mira, algo anhelante—. ¿También te encuentras mal?

¿Y si se lo digo de golpe? ¿Aquí, ahora? ¿Y si doy el salto mortal y le digo te quiero, te quiero desde hace dos años, me muero por ti y sueño, danzo, me rompo cada vez que me sonrías, cada vez que me tocas, cada palabra que diriges hacia mí, cada vez que pronuncias mi nombre, cada vez que...?

—Alberto me ha pedido de salir.

Y el mundo revienta. “Alberto me ha pedido de salir”, ha dicho Elisa. Debe de ser, pienso con angustia, un mensaje cifrado y mi misión es desentrañarlo. “Albertomehapendidodesalir” no puede significar lo que parece significar. Mis ojos se han abierto como platos. Ella frunce el ceño. Hay anhelo, pero algo más. No supe verlo. El instante en el que de las migajas se pasó a las miguitas que marcaban el camino. En la mirada de aquella Elisa de dieciséis años hubo expectación. Como si calibrara el efecto de sus palabras. Fueron, estoy segura, mi ofuscación, su reserva, dos más de los daños colaterales computables a esa guerra soterrada de una vida sentida en voz baja, autorreprimida.

—En serio, Nuria, ¿te pasa algo? —pregunta ella, preocupada.

Sí, que estoy muerta. ¿No lo ves? Acabas de matarme.

—¿Y qué le has dicho? —pregunta mi cadáver con un hilo de voz.

Ella, entonces, me da la siguiente miguita, la primera hecha palabra. Tampoco la vi, preocupada en pudrirme como buen despojo. Lo que dijo a continuación, fijando la mirada en mí, muy seria: —¿Tú qué piensas?

“Tú qué piensas”. Ese fue realmente el mensaje cifrado, idiota de mí. Idiota, idiota, idiota de mí.

Pero estaba muerta, y a los muertos no se nos da bien pensar. Solo era capaz de sentir el sabor amargo de la hiel en mi boca, en mí. Desvié la mirada, alzándome de hombros. Juez, jurado y ejecutora de mí misma. De ello ejercí durante los segundos que perdí la tutela de su mirada.

—Si a ti te gusta... —digo, pensando en cómo era posible que mi cuerpo no se desintegrara en una tormenta de arena sobre la mesa. El paso del estado sólido al catastrófico nunca lo enseñan en las escuelas. Y, sin embargo, existe.

Ese “Si a ti te gusta” fue su particular mensaje cifrado. Lanzado desde mi trinchera. Interpretado según su libro de claves. Qué guerra fría más estéril. Cuánto tiempo perdido en las trincheras.

Cuántos caídos en nombre de causas innobles.

—Es majo, ¿no? —dice, como si buscara en mí una confirmación.

Quiero irme. Estoy a punto de levantarme y salir corriendo de allí. Quiero echar a correr y no parar hasta encontrar un nuevo mundo. Quiero hacerlo, pero el puñal clavado en el centro de mi pecho me lo impide. La vida que ya no corre por mis venas lo hace. Ella fija su mirada en la mía.

¿Son cosas mías o le tiemblan las manos?

—Nuria... —escucho su voz vacilante.

2011

Pero no me giro. Es una estupidez, lo sé. Tengo cuarenta y tres años y estoy comportándome como una niña caprichosa y contrariada. La voz de Elisa, a mi espalda, vuelve a llamarme. Me sigue y esto es estúpido, muy estúpido. Me detengo. Ella hace lo mismo, escucho su agitada respiración cerca de mí.

—Nuria...

Me giro.

—¿Qué?

Está llorando, en silencio. Dos lágrimas perfectas, cristalinas, se deslizan sobre sus mejillas. Abre las manos frente a mí.

—Lo siento —susurra.

Dos palabras y el mundo vuelve a reventar. Dos simples palabras. ¿De verdad era tan fácil? ¿Solo esto? ¿Escucharlas de sus labios?

Debe de serlo, porque me tiemblan las rodillas.

Debe de serlo, porque me quedo.

¿Y ahora qué?, pienso, asustada.

6

—*¿Que Elisa qué, Alberto qué?!* —la voz de Val exuda incredulidad a través de la línea telefónica—. *Repítemelo, pero esta vez despacio, por favor. No tengo el diccionario lloriqueo-español a mano.*

He llegado sin aliento hasta una cabina telefónica, he metido con dedos temblorosos la moneda de veinticinco pesetas en la ranura y he marcado el número de su casa. Es lo máximo que puede exigírsele a un cadáver, a un montón de arena, a un estado vital catastrófico.

—Que ya está, que se acabó, que va a salir con Alberto —digo de corrido, aguantándome las ganas de gritar.

— *¿Pero se puede saber qué has hecho?* —me reprende.

—Se lo pidió ayer al salir de clase —digo—. Va a decirle que sí. Ya está, se acabó.

— *Esta Elisa es tonta* —resopla Val con disgusto—. *Alberto no le pega ni con cola, joder. ¿En qué está pensando esta tía? Llevar la goma de las bragas apretada tiene sus consecuencias, alguien debería decírselo.*

—Todo da igual ya —digo, en un momento de lucidez harakiri—. Ha elegido. Le gustan los chicos. Ya está, se acabó.

— *Como vuelvas a decir ya está, se acabó, te mato. A ver, ¿tú le has dicho algo?*

Cierro los ojos. Recuerdo lo que ha pasado en la hamburguesería, lo que le he dicho a Elisa.

—*Nuria...* —escucho su voz vacilante.

La miro. Quiero salir corriendo. Ahora parece temblarle también el labio inferior. Se lo muerde. Me mira de un modo extraño, centellea algo en el fondo de su mirada, pero entonces yo solo tenía dieciséis años y no supe

interpretarlo. Años de clandestinidad sentimental distorsionaron mi percepción. ¡Cómo va a ser eso! También me convirtieron en una experta en vivir tras las esquinas, en disimular, en ser incompleta. En callar y mutar las palabras hacia el género adecuado. En adaptarme, como un jodido camaleón.

—*Sí, Alberto es majo. Hacéis muy buena pareja* —sentencio.

La voz de Valeria a través del teléfono hace que regrese al presente.

— *¿Estás ahí? ¿Le dijiste o no algo tú?*

—No —respondo con un hilo de voz. Toda la pena, que había seguido una línea ascendente e infinita en forma de estampida, cae ahora sobre mí, como un techado que se desploma sobre la cabeza de los que se resguardan debajo de él—. Creo que es mejor así, de verdad —musito.

— *Joder, Nur* —se lamenta ella.

—No pasa nada. De verdad, es mejor así —ya no me apetece hablar, todo lo que tenía dentro que luchaba para salir como un ciclón, de repente, se ha desinflado, diluido como el soplo que apaga la llama de una vela—. Me voy a casa.

— *¿Quieres que nos veamos? Puedo bajar al centro.*

—No, déjalo, no tengo muchas ganas de hablar. Gracias, Val.

— *Pero mañana nos vemos en el faro* —me recuerda.

—No sé...

—Mañana nos vemos en el faro —dice, lenta y taxativamente.

Es una orden de la pelirroja. Y a la pelirroja no se le desobedece. Pondrá al mar frente a mí, a su añorado Leño en el radiocasete, fumará y me abrazará.

Yo una vez tuve una amiga maravillosa.

1986

COU está acabando y, con él, el final de un ciclo. Seguimos siendo las tres mosqueteras, pero eso no es más que una fachada, un título hueco prendido con alfileres, una placa de delicado cristal que podría romperse con el simple golpe de una uña. Yo lo sé, Val lo sabe, no sé qué piensa Elisa.

Alberto y ella hacen planes. Van a elegir la misma universidad. Yo he sobrevivido, del mismo modo que siempre lo he hecho. Conformándome. ¿Por qué no? Entonces era la dinámica a la que estaba acostumbrada. Era feo, era sucio, la mano detrás de la espalda. Con la mano a la espalda no se cazan mariposas. Elisa, a veces, me mira de un modo que creo interpretar como angustioso, pero asumo que solo son imaginaciones mías. ¡Cómo va a ser eso! Está con Alberto. Eso es todo.

A mí la que me preocupa es Valeria. En los últimos meses he notado una grieta en ella. Una rendija por donde se cuele su realidad. Ha bajado en sus notas y no habla de futuro. No se va a presentar a Selectividad. No va a estudiar ninguna carrera. Ella quería ser periodista. Fue la tercera cosa que me dijo cuando nos conocimos. “Dibujas muy bien, tengo un novio que se llama Ignacio, voy a ser periodista”.

—Es una tontería perder más años —dice, cuando le saco el tema—. Prefiero ponerme a trabajar.

—Pero Val, preséntate al menos al examen —le pido, cuando no logro sacarle más allá de esa peregrina razón—. La nota se guarda, por si algún día quieres estudiar —insisto.

Sabe que me lo debe por lo de los concursos de dibujo del colegio. Accede a hacer el examen, pero en los ojos verdes en los que siempre he visto un horizonte, hay ahora un inquietante páramo.

—¿Te pasa algo, Val?

—No.

¿Y si me lo hubiera dicho? ¿Y si me hubiera dicho “Ayer mi padre arrinconó a mi madre en el aseo y le puso un cuchillo en el cuello” o “Todos los días tengo miedo de volver a casa”? ¿Qué habría hecho yo? *¿Qué podría haber hecho?* La pregunta me ha perseguido durante toda mi vida de adulta. Valeria eligió no hacerlo nunca, no contarle, no compartirlo, eligió llevarlo sola sobre sus hombros. Esa decisión solo tuvo una excepción en todos aquellos años. Un año antes de su muerte me dio la noticia. Había decidido volver a estudiar, pero no sería periodismo. Estudiaría Trabajo Social. A Nacho le iba bien en el taller y se habían comprado hacía poco un piso de segunda mano.

“Con tres habitaciones”, señaló ella. Parecía un detalle importante para Val. Lo entendí cuando aquel día, un año antes de perderla, me lo dijo:

—Voy a llevarme a mi madre de allí. Voy a sacarla de esa mierda.

Ese día sentí vergüenza, vergüenza de mí misma. Ambas éramos conscientes, si bien de un modo callado, de que yo intuía algo. Como lo éramos también de que ella nunca me había dejado traspasar esa línea. Pero, ¿debería haberlo hecho, a pesar de su negativa? ¿Tendría que haberle dicho “Vamos, Val, busquemos ayuda, yo estaré a tu lado”?

A su lado.

Como ella siempre lo estuvo. Fue mi amiga, la mejor amiga que nunca pude tener. Compartí mi vida con ella durante dieciséis años. Mucho tiempo. Nada. Tendría que haber sido toda la vida.

Tendría que haber sido la alegría del primer hijo, el recuerdo de vacaciones conjuntas, las primeras arrugas, las decepciones, las ilusiones, los proyectos.

Acepto la enfermedad, acepto la catástrofe natural, el azar mal dado. No acepto la mano del hombre.

Aquel día en el café fue la primera y única vez que habló de ello. Hasta entonces, solo hubo no ir nunca a su casa a hacer los deberes, no ir a jugar, no a quedarse a dormir. La omisión a cualquier mención de su padre en sus conversaciones, las ocasionales ojeras o esos tercos silencios en los que se sumergía cuando me llamaba a casa, me soltaba un imperativo “Vámonos al

faro” y yo me encontraba con una Val nerviosa, hosca, de mirada furibunda, que se pasaba horas fumando compulsivamente mientras perdía la mirada en el mar. Nunca lloró, nunca se quejó, yo me limité a hacer lo que creía que podía hacer: estar a su lado.

La pregunta sigue ahí, hiriéndome: ¿Por qué no hice más?

8

Es verano. Elisa y yo estamos solas en el faro. Ha pasado a recogerme. Ha sido la primera de nosotras en sacarse el carné de conducir, su padre le ha comprado un Panda. A finales de septiembre se va a Madrid a estudiar Arquitectura. Su padre está muy orgulloso de ella. Es una buena chica, como siempre le han inculcado que sea.

—Ya no estoy con Alberto —dice, sin ningún preámbulo.

La sorpresa asoma a mis ojos. ¿No estaban haciendo planes? ¿Rompen así, de repente? No nos había dicho nada acerca de que hubiera problemas en su relación. Tampoco nos habíamos dado cuenta. Es lo que tiene ser tan solo una fachada, un título sobre papel mojado. Desde que empezó a salir con Alberto, todo cambió. Nuestra amistad se resintió, dio un paso atrás. No regresábamos a casa juntas después de las clases como solíamos hacer. No arreglábamos el mundo con un café en la mano. No quedábamos para salir. Un par de veces lo intentamos, salimos los cinco, Val, Nacho, Alberto, ella, yo. Elisa fue la que insistió, pero dos veces viendo la mano de Alberto apoderarse de la cintura de Elisa fueron suficientes para mí. “Parezco la carabina del grupo”, excusé cuando se programó una tercera vez. Elisa lo aceptó, pero sé que en una ocasión nos vio a Nacho, a Val y a mí por la zona de bares. Nunca me dijo nada, no dijo “¿Puedes salir con ellos y conmigo no?”, ningún reproche. No sé qué tipo de preguntas se hizo Elisa ni qué razones aventuró en mí. Las palabras que hoy no pronunciamos, ahora lo sé, son las que sellan los reproches de mañana.

—Lo siento —es lo único que digo.

—No pasa nada, no era más que una niñería. No íbamos en serio —se agacha, coge un puñado de piedrecitas y las lanza al vacío.

La miro furtivamente, es lo que siempre he hecho durante estos años. Me pregunto si de verdad es que ya no me duele o tanto me he acostumbrado que ya lo he incorporado a mi vida como un estado cotidiano. El anhelo por ella, por tocarla, por ir más allá. Estoy acostumbrada a no traspasar los límites que yo misma me he impuesto. *No te aproveches de su amistad*, es mi máxima.

El perfil de Elisa se recorta contra el viento. La camiseta se pelea con sus curvas. Elisa nunca ha sido delgada y ahora tiene una especie de rotundidad física, de suavidad sin aristas, que la sitúa en la frontera entre el fin de la adolescencia y el inicio de la madurez. El pelo, largo y espeso, castaño como sus ojos, se enreda en su garganta. Me he aprendido a Elisa de memoria. Elisa se mueve despacio, no alza nunca la voz, es discreta. Sus ojos sonrían antes que su boca, te busca la mirada cuando se preocupa por ti y te toca cuando intuye que lo necesitas. Cuando se concentra o cuando hay algo que le preocupa, una pequeña arruga se forma en su frente. Tararea a veces sin darse cuenta y se azora cuando se lo haces ver. Elisa es lo que mejor me sé en esta vida.

Esta Elisa que tanto me sé se gira y me mira. Creo que hay una pregunta en el fondo de sus ojos, creo que siempre hay algo en el fondo de sus ojos, pero nunca sé qué es, no sé qué quiere, si necesita una respuesta, y tampoco estoy segura de que, en realidad, ese algo esté ahí. Yo miro a Elisa bajo el hechizo de mis sentimientos. El amor, la devoción, lo empaña todo. Lo distorsiona. Cree encontrar piedras preciosas donde solo hay rutilantes espejismos. Como ahora. *¿Qué, Elisa? ¿Qué?* Desvío la mirada para que no vea mi turbación. No pasa nada porque mires a tu amiga en lo alto de un acantilado, pero yo me siento culpable.

—¿Por qué no has salido nunca con nadie? —me pregunta de repente, buscando mi mirada.

Frunzo el ceño, contrariada. Me pongo en guardia.

—Sí he salido —replico.

—Dos meses en Segundo con Luismi y el verano pasado con “ese tal Placi” del que nos hablaste, el del pueblo al que te fuiste de vacaciones con tu familia.

Hace una pausa significativa, mirándome con toda la intención del mundo. He notado perfectamente el soniquete en su tono, como supongo ha sido su propósito. ¿Está segura ya entonces de que me lo inventé? ¿Que “ese tal Placi”, como siempre de modo escéptico se ha referido a él desde que lo conté, nunca existió, salvo en forma de oportuna y heteronormativa tapadera?

“Si es que tendrías que haber cogido por banda a cualquier lugareño de buen ver y haberte hecho aunque fuese una foto, pardilla”, me dijo Valeria, sacudiendo la cabeza, cuando le comenté que Elisa no parecía haberse tragado en su momento la historia del falso idilio estival. Elisa, que preguntó cómo era, qué habíamos hecho, si iba a escribirle o volver a verle, si estaba enamorada de él, si...

Elisa, y las miguitas que nunca supe ver, enredada entre falsos espejismos, incredulidad y temor.

Me tenso. Sus palabras, su atención, han hecho que me sonroje.

—¿Y a qué viene esa pregunta? ¿Dejarlo con Alberto te ha hecho interesarte por el tema? —le interpelo, a la defensiva.

—Me interesas tú. Quiero que estés bien.

Eso me parte por la mitad, porque estira mi corazón y después tengo que ser yo la que lo encoja y lo vuelva a meter en su sitio. Tengo el corazón estirado de palabras bonitas que nunca han llegado a su destino, de monedas que he creído ver brillar en el fondo del estanque para después comprobar que tan solo eran un trozo de latón. La culpa es del aturullado ejército de intérpretes que hay en mi cabeza, del puñado de infatigables ilusos que pueblan mi sangre, quiméricas partículas de esperanza que se empeñan en mirarlo todo bajo la lupa de la ilusión. *No*, tengo que arengarles yo desde el púlpito de la realidad, cansada de subir y bajar. *Dejad de haceros falsas ilusiones. Dejadme en paz.*

Con dieciocho años recién cumplidos, cuatro años después de que Elisa entrara en mi vida, quería tirar la toalla de una vez, dejarla ir, porque empezaba a darme cuenta de que quedarme varada en sus ojos no podía tener otro resultado que el hacerme perder todos los barcos.

Eso pensaba yo aquel día. *Sé* que lo pensaba. Tal vez, si no hubiera pasado lo que pasó, lo habría logrado. Habría dejado marchar a Elisa de una vez y podría haber tenido una oportunidad.

Pero Elisa habló.

Elisa me besó.

2011

“Lo siento”, ha dicho Elisa. Dos palabras hechas verbo y algo se ha roto en mí. Me paralizan. ¿Y

ahora qué?, me pregunto, asustada. ¿Solo necesitaba escuchárselo decir en persona? Esas dos palabras ya las había certificado en su e-mail, pero tal vez ha sido su voz en ellas la que ha obrado el milagro. Tanta ira en mí. Cierro los ojos, recupero mi respiración tras la explosión emocional. Tengo que detenerme, tengo que pararme y parar esto ya de una vez. Ya no tengo dieciséis, veinticinco ni treinta y nueve años, no soy la única víctima del mundo, no se trata solo de mí. Sí, perdí a Val, perdí a Nacho, perdí a Elisa, pero no es hasta ahora que asumo conscientemente que quienes más perdieron fueron ellos.

Val murió, la pérdida definitiva. La vida que ya no tuvo, la brisa que ya no acariciaría su piel, esa futura hija suya nunca nacida que llevaría mi nombre. Todo aquello que planeamos, proyectamos, dibujamos en el aire, porque creímos que seguiríamos aquí para hacerlo realidad.

Nacho se condenó a ello voluntariamente. Nacho, al que debería haber prestado más atención, haber mimado y alejado del camino que en silencio estaba tomando. ¡Pero era tan fácil dejarse llevar por la rabia, acompañarlo en su eterno duelo, revivir a Val cada día...!

Y Elisa. No sé qué pasa con Elisa.

Peor aún: no sé qué pasa conmigo.

La miro, miro a Elisa agitada por el viento. Va a llover, tal vez sea una tormenta. Estamos en octubre, es razonable, no hay que buscar extraordinarias coincidencias fruto del destino. El cielo está oscuro, si esto fuese una tragedia diría que preñado de negros augurios. Pero solo es el Mediterráneo en octubre. Si llueve, si hay una tormenta como dieciocho años atrás, no será señal de nada.

Absolutamente de nada.

“Lo siento”, ha dicho ella. Sus dos lágrimas se han convertido en cien. Lloro en silencio y yo siento los restos de una rabia indisoluble que lucha por mantenerse en el lugar que cree ocupar legítimamente en mí. La lucha fratricida dura unos segundos y después, de repente, siento que me ahogo, que me falta el aire. Boqueo, impotente. Algo me ha agarrotado el pecho y no reconozco el gemido que sale de mi garganta. Creo que al muñeco de trapo le han cortado las cuerdas; ha caído, desmadrado y roto, sobrepasado por las emociones. Elisa se asusta cuando me llevo una mano al pecho y mis piernas ceden, doblegándose. Intenta sujetarme y ambas caemos rodilla en tierra. Luchó para llenar de aire mis pulmones, súbitamente faltos de él. *¿Qué me pasa?*

—Nure —susurra ella, abrazándose.

Veo morir a Val, en una angustiada recreación imposible que creó mi mente y me acompaña desde entonces. Veo cómo su padre gira hacia ella la escopeta y el impacto hace saltar hacia atrás a Valeria con violencia. Dicen que murió en el acto, pero nunca he podido dejar de pensar en cómo se sintió, si le dolió. En si fue consciente de lo que ocurría. En qué pensó. A quién llamó en su último segundo.

De todo, lo que más me ha quitado el sueño todo este tiempo es si tuvo miedo. *Que no tuviera tiempo de sentirlo*, he rogado todos estos años. *Que mi pelirroja no sintiera miedo, por favor*. Es una niña pequeña, asustada, la que siempre, incomprensiblemente, sustituye a la Valeria de veinticinco años que vivió aquello. No sé por qué, en mi espantosa proyección, es una niña a la que mata ese monstruo.

—Mi niña —susurro, ahogándose.

El llanto, como un mar furioso y embravecido, sin amo ni dueño, rompe en mí como un dique ante la fuerza imparable de la naturaleza. Me sacude dolorosamente, como si estuviera quebrando el muro de contención que he solidificado durante años y años a fuerza de negación, de rabia, de veneno. Me estremezco. Elisa me sujeta con firmeza, con ternura. Acaricia mi cabello y musita palabras de consuelo en mi oído.

Empieza a llover.

Es una tormenta.

9

—Me interesas tú. Quiero que estés bien.

Esto es lo que Elisa me dice ese día en el faro. Tiene un proyecto de vida, ha roto con Alberto, se va a Madrid. Fin de una etapa, inicio de otra. Yo me quedo. Voy a estudiar Química. Val me toma el pelo llamándome la profesora chiflada. Se va a vivir con Nacho, empieza a trabajar en una tienda.

Yo quiero pasar página. Abrir el puño cerrado tras mi espalda y dejar escapar a la polilla que nunca fue mariposa.

Quiero decirle adiós a Elisa, a la Elisa objeto de amor no correspondido. Hay algo más en esto, algo que me devora por dentro. Siento que la he traicionado, que lo he hecho durante todos estos años. Que he aprovechado mi condición de amiga para tenerla cerca, y me lo reprocho aunque solo haya sido eso, férrea cumplidora de mi máxima autoimpuesta. No sé si ha sido justo para ella. ¿Qué pasaría si lo supiera? ¿Si le dijera “Todo este tiempo he estado enamorada de ti”? ¿Se sentiría estafada en la autenticidad de mi amistad? ¿Rebaja eso el valor de la otra parte de la moneda que nos une?

Estoy hecha un lío. Se va. Lo siento como definitivo. Siento que nunca volverá; que, aunque lo haga, ya no será lo mismo. Ella no será la misma. Es su etapa de entrada en la vida adulta. Conocerá a alguien allí. Quizás sea esto último, la postrera rendición. En realidad no voy a dejarla marchar, es ella la que se me escapa. Abriendo el puño llevo a cabo un acto de dolor preventivo. Cuando antes la aleje de mi corazón, menor será el daño cuando llegue su carta, su llamada: “Estoy con alguien”.

—Nuria —me llama.

—¿Qué?

—¿Por qué nunca hablas de ello?

—¿A qué te refieres?

—¿Eres feliz?

¿*Feliz*? Menuda pregunta. Vuelvo a usar la misma frágil defensa de antes: —
¿A qué viene esa pregunta?

Ladea la cabeza, busca mi mirada.

—Es una sensación que siempre he tenido —dice, fijando la mirada en mí con intensidad.

Intuyo el peligro. Si seguimos por ahí, acabará queriendo saber por qué. Va a irse, ¿qué más da ya? Me alzo de hombros e intento sonreír con fingida despreocupación.

—¿Y quién puede asegurar que es feliz, Elisa? —replico.

Sonrío, intentando atraerla a la coartada, pero noto que intuye la trampa. Está seria, y su mirada vuelve a ser la mirada con trasfondo que me sobresalta. Una mirada que no abandona la mía, que la tutela como si fuera el guardián de la verdad. Es como si una divinidad hubiera decidido poner toda su atención sobre un simple mortal. No hay dónde esconderse.

—Me lo dirías, ¿verdad? —Pregunta—. Si hubiera algo que te preocupara o...

—Soy feliz, Elisa —la corto—. Todo lo feliz que alguien puede ser.

No parece convencida. Se muerde el labio inferior. Parece querer decir algo, vacila. Lo hace, finalmente:

—¿Es por Valeria? —pregunta, remisa.

La miro, ceñuda, sorprendida por su pregunta. ¿Elisa también lo intuye? ¿Sospecha lo que pasa en casa de Val? ¿Ha podido adivinarlo, pese a la distancia impuesta por Valeria? Es esta distancia una arista en la relación entre Valeria, Elisa y yo; una imperfección oculta de la que yo siempre he sido consciente y, sin embargo, he callado, porque la comprendía. Comprendía la razón de la reserva de Valeria en lo tocante a no dejar a Elisa traspasar la línea. Porque también, al fin y al cabo, era consciente a mi vez de otra arista más profunda, nacida a la par que la propia génesis de nuestra amistad, como

lo podría ser un defecto de fábrica en un objeto. Esta otra arista queda reflejada en la figura en la que se ha basado nuestra amistad a tres bandas: una línea recta, con la existencia de dos extremos y un punto central. Valeria y Elisa serían esos dos extremos, y yo estaría en el centro. Val y yo nos conocíamos desde hacía años, la conexión entre nosotras era fuerte, sólida. Cuando Elisa llegó, fui yo la que se enamoró de ella. Yo la que la integró en nuestra amistad a dos. Y Val tenía una vida en la sombra que no quería compartir con nadie, ni siquiera conmigo. Esa fue la distancia que Val mantuvo con Elisa, no dejarle nunca entrever una mínima porción. Tal vez fue culpa mía. Val aceptó a Elisa en la esfera de nuestro mundo y lo hizo todavía más cuando supo lo que yo sentía por ella. Pero nunca permitió que fuese más allá. No creo que hubiese malquerencia alguna por su parte, o fingimiento. Tal vez, simplemente, no podía controlar tantos frentes. Quizás pensó que, si aligeraba su relación con Elisa, si Elisa no llegaba a acercársele mucho, podría seguir sobreviviendo a su modo, fuera de escrutinios que no deseaba.

Así que, del mismo modo que me reprocho haber amado a Elisa desde el primer momento sin haberle dado una oportunidad a nuestra amistad, lo hago por el hecho de la existencia de esa especie de vías, principal y secundaria, entre nosotras. La que me unía a mí con cada una de ellas por un lado y la que las unía a ellas por otro. Y, sin embargo, por esa pregunta que ahora me hace, Elisa podría haber llegado a poner un pie en esa línea.

—¿Por qué dices eso? —pregunto con cautela.

Prefiero ser prudente antes que revelar nada. Valeria quiere hacerlo a su modo, es lo único que sé.

No voy a traicionarla. No sé si Elisa se da cuenta de que he adoptado una táctica dilatoria, evasiva.

Responder con una pregunta a sus preguntas. Escabullirme.

Y, entonces, ella hace todo lo contrario. La sensata del grupo, la prudente. Se va a Madrid, tal vez eso le da el valor necesario. Toma aire, me mira y lo dice: —Siempre he pensado que sentías por Val algo más que amistad, y que eso te ha hecho infeliz.

Sus palabras me dejan estupefacta. *¡¿Qué?!*, quiero exclamar. *¡Si pudiera gritar! ¡Si pudiera asomarme al abismo del acantilado y gritarlo a los cuatro vientos! ¿Habéis escuchado lo que ha dicho esta chica?*, gritaría. *¿Lo habéis oído bien, caprichosos diosecillos de mierda?* No sé si echarme a reír o a llorar. Opto por sonreír, una sonrisa amarga, rendida a la ironía de la vida, y que acaba en un resoplido burlesco. *Elisa piensa que siento algo por Val*, el pensamiento vuelve a arrancarme una sonrisa, ahora del todo irónica. Miro a Elisa y pienso que, si pudiera hacerle partícipe de la verdad, estoy segura de que se reiría conmigo. Pero Elisa está seria. Parece haber acogido con desagrado mi reacción y me mira como si quisiera borrar a golpes de mi cara esa sonrisa burlona que en realidad, en el fondo, se ríe de mí y solo de mí.

Pero eso Elisa no lo sabe y es entonces, así, cuando las miguitas, las preguntas que siempre he creído ver en el fondo de su mirada, y todos los silencios, acaban. Lo hacen allí, sobre un acantilado, frente al mar.

—¿Tienes algún problema con eso, Nuria? —pregunta con voz tensa—. ¿Te parece gracioso?

¿Objeto de burla?

Hay algo en su tono, una cierta indignación, que hace que me detenga y la mire con detenimiento.

Atónita, veo que está a punto de llorar.

—¿Qué pasa, Elisa? —le pregunto, dando un paso hacia ella.

Ella se aparta. Me mira, dolida. La primera lágrima cae sobre su mejilla.

—¡Tú...! —exclama, señalándome. Pero se calla, como si las palabras se enredasen en su garganta.

—Yo, ¿qué?

No entiendo nada. Está muy agitada. Se gira para marcharse y la retengo sujetando su brazo. Se vuelve hacia mí.

—¿Qué, Elisa? ¿Qué? —le pregunto, desesperada por comprender.

Y entonces lo hace.

Me condena a siete años de incertidumbre y zozobra.

Me condena a no quitármela nunca del corazón.

2011

No sé cuánto tiempo llevamos así, yo llorando y ella consolándome. La lluvia nos empapa a ambas. Elisa parece querer protegerme, tanto por dentro como por fuera. Me abraza como si el viento que rebasa las rocas con beligerancia quisiera pelear contra ella por mí. Me he vaciado por dentro.

He unido en un solo mar de lágrimas todas las rutas que convergen en mí.
Valeria. Nacho. Elisa.

Gimoteo como una niña pequeña. Ella besa mi sien.

El ruido de un trueno me hace despertar del letargo. Elisa me está abrazando. Elisa, lo dije, no debe tocarme. Mis pensamientos son erráticos, imprecisos. Me siento tan débil.

—Déjame —susurro, apartándome.

Me obedece, no sin reticencia. Me aleja de ella extendiendo los brazos, buscando mi mirada, como antaño hacía siempre. La rehúyo. Me ayuda a levantarme y no me suelta hasta que no se asegura de mi estabilidad. Tiemblo con violencia. Sigo sin poder mirarla a los ojos. *He venido a destruirte*, pienso, como un eco desvaído, sin fuerza. El mar espuma como un perro rabioso. Le he echado la culpa a ella todos estos años. De ser lo que ahora soy. Ya es hora de que lo afronte. Se empieza por las palabras correctas.

—Yo también lo siento, Elisa —musito, sin mirarla aún.

Esto no se hace así, me digo. Las palabras y los actos, todo ha de ser lo correcto. La miro. Tenía yo razón en sentir miedo, en huir. En efecto, Elisa sigue sacudiéndome como entonces y eso solo puede significar una cosa.

10

—Te quiero —dice Elisa.

Soy, definitivamente, pasto del capricho de unos dioses ociosos, porque, de otro modo, no entiendo el giro que acaba de dar el universo. Mi cara debe de ser un poema, un índice de la incomprensión hecho carne.

—¿Qué?

Elisa hace un rápido movimiento con su brazo, se deshace de mi agarre y es ella ahora la que aferra mi muñeca, hay un brillo especial en su mirada, una especie de paso al frente, de puerta que se cierra tras ella.

—He dicho que te quiero —repite.

Alza la barbilla, me reta. Está enfadada. Me suelta, pero se queda quieta frente a mí. Parece querer abofetearme. Yo sigo sin reaccionar, es como si la sangre hubiera abandonado mis venas y me hubiera convertido en un ser inanimado. Es entonces cuando Elisa me da la clave definitiva.

—¿Vas a burlarte ahora, Nuria? —me desafía.

Oh, pienso. Oh mierda, oh. Cree que mi reacción de antes, que mi... *Oh.*

—No —digo, pero me enredo. No sé cómo continuar.

¿Qué me pasa? ¡Elisa me ha dicho que me quiere! El sueño hecho realidad, el firmamento alcanzado con la punta de los dedos. ¿Qué estoy haciendo? O, mejor dicho, qué es lo que *no* hago.

Nunca pensé que mi reacción fuera la parálisis. Me lo repito una y otra vez: *Elisa me quiere, Elisa me quiere*, buscando despertar, buscando reaccionar, pero soy vagamente consciente de que lo hago bajo el ensueño de la incredulidad. ¿Es, tal vez, un sueño? ¿Puede ser que esto no haya ocurrido en un plano real y no sea nada más que una quimera?

Pero no, es tan real como el mar que actúa de testigo, como el viento que agita nuestro cabello.

—Ahora ya lo sabes —dice Elisa, desafiante, antes de dar media vuelta y alejarse de mí.

Sigo sin reaccionar, me quedo clavada en el sitio, viendo cómo se aleja. En vez de actuar, mi deriva me lleva a recomponer mentalmente un puzzle que se ha ido desarrollando todos estos años.

Las piezas encajan de pronto, todo adquiere otro significado. Eran celos, siempre celos. Sus miradas, sus preguntas, sus reacciones cuando salía a colación una hipotética relación mía con alguien. Todo se ajusta en mi interior, el polvo se aposenta y me permite ver lo que hay tras la cortina que ha creado.

¡Elisa me quiere!, dice la voz dentro de mí, esta vez de un modo más tajante.

—¡Elisa! —grito entonces, yendo tras ella.

La alcanzo, la detengo, me sitúo frente a ella. Lloro en silencio. La sujeto por los brazos, pero de nuevo me paralizó. El sueño hecho realidad se cobra su peaje, me convierte en una persona trémula, indecisa. Ella me mira con atención, como nunca antes lo había hecho. Leo en esa mirada lo que siente, no solo por mí, sino por la posibilidad de un hipotético rechazo por mi parte. *¡Yo, rechazando a Elisa!*, pienso, de nuevo rendida a la ironía de todo lo que está sucediendo, rendida a la de la conjetura de Elisa acerca de mis sentimientos por Val. Durante todos estos años lo he escondido tan bien, he perfeccionado tanto mi fachada, que no solo la he engañado, sino que ha llegado a creer que es Valeria el sujeto de mi infelicidad, el objeto de mi deseo.

Es, tal vez, esta suprema ironía, lo que hace que al fin encuentre mi voz, trémula, pero inexorable en su camino.

—Valeria es solo una amiga, una gran amiga —digo, muy despacio—. Y eso es lo que es para mí y el lugar que ocupa en mi corazón. No es ella, Elisa.

Mi voz se desvanece, ahogada por la emoción. Soy cobarde en cuanto no pronuncio las palabras que debería haber dicho sin más dilación, pero el

momento me sobrepasa, me siento abrumada, incapaz de controlar lo que quiero, lo que puedo, lo que deseo, ahora que todo está al alcance de las yemas de mis dedos. La imperfección humana alcanza su máxima expresión en mí, porque sé que todo sería tan fácil como decirlo. Tan fácil.

Pregúntamelo, Elisa, ruego en silencio. Pregúntame quién es, entonces. Estoy a un paso del lugar que siempre me ha estado vedado, que lo ha estado tanto por la norma impuesta como por mi propio y temeroso acatamiento a la misma y, aun así, necesito ayuda. “Ayúdame”, dice mi mirada.

Y Elisa lo hace. Sé que debe notar cómo tiemblo, mis manos ciñen sus brazos, y algo debe de hacer *clic* dentro de ella en ese momento. Me convierto así en privilegiada testigo del maravilloso proceso que se refleja en ella cuando la comprensión se abre paso entre la maraña creada por mi aturdimiento y su vaivén emocional. Ante mi suplicante mirada, ante el mensaje que encierra, las pupilas de Elisa se abren como una flor al rocío y se hacen cristal y luz y deseo. Sus mejillas se estremecen cuando entiende lo que soy incapaz de decir en voz alta y las líneas de su rostro se convierten en un amanecer, en un nuevo día limpio y fresco, lleno de anhelo. Su boca se abre en una diminuta expresión de perplejidad y su barbilla se estremece cuando un leve sollozo se abre paso a través de su garganta.

Se libera de mi agarre con suavidad y acoge mis manos entre las suyas, encerrándolas con delicadeza. Creo que la misma mezcla de perplejidad y éxtasis se da en nuestras expresiones; la misma energía candente en nuestro interior; el mismo miedo, ilusión, expectativa y, definitivamente, amor.

Elisa ve todo eso en mí del mismo modo que yo lo veo en ella. Es un momento absolutamente perfecto cuando nos encontramos en el epicentro de lo que sentimos la una por la otra.

Me toca la cara, dubitativa. Yo asiento en silencio.

Me besa.

Elisa, Elisa me besa.

2011

—¿Estás bien? —me pregunta Elisa.

Pero no la escucho, no del todo. Lo que se agazapaba dentro de mí ha salido a la luz. La razón de mi huida, mi miedo. Ahora entiendo por qué le he hablado de aquella niña de mi infancia. La primera chica de la que me enamoré. El tiempo es una curva que puede doblarse hasta tocar sus propios extremos. La vida es un constante retorno. O no. Crees que te vas, pero no es así. Creo que eso es lo que me ha pasado. Simplemente, nunca hubo tal viaje. Nunca me moví del punto inicial, no ha tenido lugar para mí ese *boomerang* vital. He estado saltando sobre el mismo punto todo este tiempo.

La primera chica de la que me enamoré. La última de la que lo hice en mi vida. Esa es la conexión.

Mi capacidad de amar se detuvo en ese instante, en esa última a la que amé.

Elisa.

Todo lo que ha venido después no ha sido más que un espejismo, un débil reflejo. Las sombras del exterior reflejadas en las paredes de la cueva mientras sus habitantes las miran creyendo que el guiñol es la realidad. Yo soy habitante de esa cueva, yo he creído amar después de Elisa. No ha sido así, ahora me doy cuenta. He manipulado a mi corazón o él me ha hecho eso a mí. Tendría que haberlo sabido en el instante en el que mis ojos se han posado sobre ella, casi siete mil días después de nuestra última vez, cuando su figura se ha recortado a lo lejos sobre el sendero del acantilado.

Pero ese conocimiento ha jugado a esconderse, se ha vuelto escurridizo, ha formado parte del zarandeo que me ha llevado de un extremo a otro del espectro emocional.

Es ella y siempre ha sido ella. Es a ella a la que he buscado en todas las mujeres que han llegado después. Es por ella por lo que esas mujeres se convirtieron en plural en mi vida. Ha sido con ella con quien las he comparado a todas. La condena de Elisa no solo alcanzó a los siguientes siete

años tras ese beso. Yo he seguido encerrada en la cárcel de su recuerdo cada segundo posterior a la parada del reloj.

Pienso en Nacho y siento lástima, pero no estoy segura de si es por él o por mí. No es el único que ha seguido amando durante casi dos décadas a una mujer ausente. Con todo, él es mejor que yo. No se ha engañado a sí mismo.

—¿Nuria? —insiste Elisa ante mi silencio.

—Estoy cansada, Elisa —le digo, y es verdad. Siento un cansancio físico que me agota el alma. La miro, derrotada—. No he parado de buscarte, ¿sabes?

—Nure...

Su tono es de impotencia, tal vez de súplica. ¿Qué puedo decir? Ella no tiene la culpa, no de este ahora mío. Sí, me traicionó. Sí, me abandonó. Sí, me hizo nadie después de haberme dado un nombre.

La idea redunda de nuevo en mí. *No eres la única víctima del planeta*, me digo. Estaba en mi mano levantarme, echar a andar, olvidar o guardar a buen recaudo todo aquello, donde no pudiera dañarme. ¿Qué le digo? ¿Que es culpa suya también esta Nuria seca y escurridiza? ¿Que no solo estoy hecha de lucha y pérdida, sino también de estancamiento? A lo primero, reivindicué, le pude gritar: quedaos con vuestro silencio, vuestra homofobia, comeos vuestro odio, vuestro menosprecio, vuestra puerta de atrás. Malgasté años en comprender, asumir, resurgir, gritar a pleno pulmón, despojándome por el camino de todo el lastre de una educación, de un sistema, de una sociedad marchita y caduca, como si de un pellejo pútrido e infeccioso se tratase. Pero lo hice, estoy aquí. Soy mujer, soy lesbiana. Soy. Estoy. Me quedo y grito. Os lo digo a la cara.

Por mí, por esa niña de ocho años que nunca le preguntó a esa otra niña de camisa blanca su nombre. Por la adolescente que no tuvo ninguna oportunidad.

Por ti.

A lo segundo, a Valeria, al dolor, al remordimiento, lo acuné. Le di un rincón donde agitarse, donde mecerse, desde el que azuzarme ocasionalmente, desde el que reclamar su recuerdo. Nunca olvidar.

Para lo uno he luchado, para lo otro no he olvidado. ¿Qué he hecho con el amor que dejó huérfano Elisa en mí?

Nutrirlo. De despecho y anhelo. De rencor y búsqueda ciega. De las oportunidades perdidas que nunca concedí a otras mujeres. Al amor perdido por Elisa le dejé un hueco bien grande, bien hondo, con propiedades extraordinarias. Le dije “Quédate aquí, yo haré como que no estás”. Lo escondí y quise olvidarlo. Pero él no me olvidó a mí. Por cada mujer que pasó por mi vida, allí estuvo Elisa.

Todas fueron culpables de no ser ella. Nunca fue algo consciente, pero ninguna tampoco superó la expectativa, esa vara de medir invisible que otorgué a ese amor perdido y rencoroso. Y ahora Elisa vuelve a mi vida y yo le echo la culpa de no haber sido feliz. ¿Cómo se asume el desdichado letargo al que una misma se ha condenado? ¿Cómo, cuando una ve por fin la mano que empuña el puñal que le ha estado desangrando y descubre que es la suya propia?

—¿Qué podría haber hecho para olvidarte, Elisa? —digo en voz alta, derrotada.

Se ha acabado la ira. De repente, ya no está. La había estado incubando como una enfermedad desde que recibí su escueto mensaje en mi correo electrónico. Supongo que así ha sido como me ha localizado, a través del directorio de la universidad. La profesora chiflada, como vaticinó Val. Pero yo no hago experimentos extraños. Yo me dejo vivir.

Estaré en el faro el sábado por la tarde a partir de las cinco. Seguiré yendo cada día a la misma hora, durante una semana.

Me gustaría verte, pero entenderé que no vayas.

Si sirve de algo, lo siento, Nure. Lo siento mucho.

Elisa

Nada más. *Es Elisa*, me repito yo una y otra vez, incrédula, frente a las parcas líneas del correo.

Y, desde ese instante, quiero odiarla, quiero hacerle pagar. El rencor que nunca me ha abandonado da la cara, está listo, es fuerte, sólido, le tiene ganas a esa mujer, ese fantasma, ese espectro cebado por mí.

Y soy yo, es a mí, a quien debería haberse dirigido el reproche. Pobre niña tonta, que nunca pudo olvidar a su primer amor. Pobre niña tonta que ha estado repartiendo la culpa a diestro y siniestro, cuando solo debía levantarse y andar.

—Mi pobre Nure —dice ella.

11

¿Sabe lo que ha hecho? ¿Sabe Elisa lo que ha hecho diciéndome eso, besándome? ¿Sabe Elisa qué mundos ha creado en mí? ¿Lo sabe?

Soy la primera en asustarse. Es, al fin y al cabo, un nuevo mundo desconocido y, por lo tanto, perturbador. Me aparto y jadeo.

—Elisa... —digo, mirándola a los ojos.

Me sobresalto cuando leo en ellos también el miedo. ¿Elisa, asustada? ¿Ella, que ha tenido el valor de colocar sus sentimientos frente a mí, frente a ambas? ¿Que ha dado el paso que yo he convertido todos estos años en una quimera? Puede que Elisa haya sido como yo todo este tiempo, una niña tras la esquina —¿cómo no lo he visto?—, pero ha sido ella la que ha dado el paso adelante, ella la que ha hecho posible esto. Y, sin embargo, está asustada.

—Nuria... —dice, con tono vibrante.

Son nuestros nombres los que se lleva el mar con él. Los ha reclamado legítimamente. Este mar, este acantilado, que tanto habrá albergado, que mudo testigo habrá sido de miles de besos a lo largo del tiempo. Deseo ser eso, una más. Con todas mis fuerzas. Tener lo que todo el mundo tiene. El miedo que leo en Elisa hace que el mío se repliegue, dé un paso atrás para ocuparse del de ella. Es normal sentirlo, me digo, tratando de aplacar el atronador martilleo en mis sienes, la palpitación en la que se ha convertido todo mi cuerpo. No estoy segura, no obstante, de la principal razón de ese miedo. No sé si es por el vértigo de asomarme al abismo de unos sentimientos al descubierto o por el estigma socialmente impuesto de saberlos reprobables. ¿Qué es lo que realmente me da miedo? ¿Qué es lo que hace que asome a los ojos de Elisa?

El tiempo, lamentablemente, me daría la respuesta a la última pregunta. Sin embargo, ese día, me sentí capaz de acogerlo y resguardarla de él, de protegernos a ambas.

Doy un paso hacia Elisa, voy a besarla otra vez. Sé que si la beso, calmaré su miedo. No alcanzo a entender de dónde he sacado tal osadía, no me reconozco,

yo, la niña clandestina. La que ha vivido toda su vida escondiendo su corazón tras las sombras. Es Elisa, lo sé. Elisa me ha dado la luz, Elisa ha partido en dos la cúpula que aprisionaba mis sentimientos, me ha sacado fuera.

Elisa dio y Elisa me quitó. No hay ninguna duda ya de que el germen de lo que seré el día de mañana se gestó ese día en el acantilado.

Pero todo eso queda aún lejos y su boca, cerca. Los labios de Elisa me atraen como el mar a un río, mi destino es ir a morir a ellos. Voy a besarla sin comprender aún de dónde nace tanta audacia, porque yo, realmente, nunca he besado a nadie, no desde el deseo. Mi patético bagaje se limitaba a fumarme las clases con Luismi para ir a beber cerveza a escondidas. Y “ese tal Placi”, como buen inexistente, nunca tuvo labios.

Me inclino hacia ella, buscando los suyos. Elisa mira alrededor, agitada. Esa fue la primera vez.

Elisa pasó los siguientes siete años mirando de reojo a su alrededor. La Nuria que seré mañana no puede reprocharle, no puede decirle “Fuiste tú. Tú lo empezaste”, para atarla a ella el resto de su vida por ello. Me dio lo que pudo darme durante esos años, lo que yo me avine a aceptar. La Nuria que seré muchos años después en ese mismo acantilado empieza a entenderlo.

Pero eso ahora lo ignoro, esta Nuria que ahora soy no lo sabe. No ha ocurrido, no puedo ni imaginármelo. Es ahora, me ha besado. Me ha dicho que me quiere. Quiero besarla, pero ella, que ha dado el primer paso, el más audaz, el más valiente, tiene miedo. Doy un paso atrás, me insto a ir despacio. No entiendo cómo puedo estar tan calmada cuando todo se agita en mi interior como un seísmo devastador que encuentra una violenta réplica en cada uno de mis rincones. Debo apartarme del borde del acantilado, creo que sería capaz de comprobar si de verdad puedo volar. Todo lo que he soñado durante años, todo lo que he anhelado y dado por perdido o inalcanzable. Pero Elisa mira nerviosa alrededor. Creo que eso fue lo que nunca comprendí del todo. La mezcla de la Elisa decidida y combativa que se mostró ante mí ese día y la Elisa que optó al final por seguir mirando la vida tras una esquina. Le otorgué una certeza mayor de la que en realidad sentía ante lo que nos pasaba. Veía, sí, las grietas que la hacían tambalear, pero siempre creí que el amor vencería.

Me equivoqué.

Pero hoy, lejos, muy lejos aún de ese error, pongo ante ella mis manos con las palmas hacia arriba, como si estuviera tratando con un cachorro asustadizo.

Y, por fin, lo digo.

—Te quiero, Elisa.

2011

—Tú no tuviste la culpa —le digo, reconciliándome con la chica de dieciocho años a la que besó frente al mar; con la mujer de veinticinco a la que abandonó en pleno amor.

Ella se sobresalta. Hay algo que no acepta.

—Sí la tuve. Fui cobarde.

¿Desde cuándo eso es delito?, me pregunto. Yo, que también lo soy. Yo, que estoy en los dos lados, que retiro pellejos infectados mientras dejo a un lado otros para que no me molesten; que aparto la mirada para no tener que darles una oportunidad de mirarme a los ojos.

—Sé cuánto daño te hice —dice.

—Ha pasado mucho tiempo, Elisa.

¿De verdad soy yo la que dice eso? ¿Yo, la misma que ha traído el tiempo con ella y ha estado haciendo malabarismos suicidas con un pasado afilado como una daga? Esa daga ha caído al suelo, en su camino me ha cortado la carne de las manos, se acabó. Y, ahora, mis palabras sellan una grieta abierta en el tiempo. He cerrado el círculo. El rencor se ha evaporado, ya no está en mí. Solo estoy cansada. He estado retando al recuerdo de esta mujer durante muchos años. La ira ha ido acumulándose en mí, alimentándose en silencio. Ha permanecido callada, al acecho, me ha tenido ocupada disipándose en una lucha reivindicativa por aquí, en la vigilia por Nacho por allá. En el recuerdo de Val. Pero retomó su nombre con fuerza en el instante en el que abrí el correo de Elisa, y se ha hecho dueña y señora mía durante todas estas horas previas al encuentro. ¿Cómo no iba a hacerse colosal si le he dado de comer mi vida amputada, mi dolor por Valeria, mi angustia por Nacho, mi amor perdido? Ha subido conmigo al faro, hacia mi pasado, inmensa, hinchada como un globo a punto de reventar. Se ha dedicado a remover el fango mientras yo esperaba. Ha visto llegar a Elisa por el sendero de tierra. Elisa, que camina despacio hacia mí, de la que no puedo leer su expresión hasta que solo está a unos metros. Que me mira, expectante, y se muestra tímida e

inquieta y me dice:

—Estás aquí.

Yo todavía no lo sé en ese instante, que sigo enamorada de ella. El sentimiento queda soterrado bajo el vaivén emocional, bajo la ira, que en todo momento ha tenido ventaja para tomar la delantera.

Lo ha hecho. Ha usado a esa Elisa retornada como espejo y la ha hecho receptora de todo lo que llevaba dentro. Un *¡bang!* estruendoso, cicatero, y después, nada. Se acabó. Queda el pellejo vacío.

Quedo yo. Ya es hora de terminar esa parte.

—Ya no importa, Elisa —digo, reconciliada con todo lo que hay dentro de mí—. Siento haber dicho lo que he dicho, haberme comportado así. Lo siento.

—Por favor, no eres tú la que debe disculparse. No digas eso.

La lluvia cesa en su furia, aunque el día sigue bronco, maltrecho. La fina lluvia hace que el pelo castaño y espeso de Elisa, más corto que como lo recordaba, envuelva, lacio, su rostro. El viento enfría nuestra piel. Ahora somos las dos las que temblamos.

—Vayamos a otro sitio —propongo.

Ella mira a su espalda, hacia el mar. Parece reacia.

—Puedes volver. Siempre estará aquí —digo.

Me mira y sé que lo recuerda. Ni siquiera he reparado en ello, no era mi intención. Se lo digo.

—Lo sé —me dice ella.

Veo que tiembla.

—Estamos empapadas. Será mejor que nos vayamos de aquí —digo.

Echo a andar hacia el sendero, pero me detengo cuando noto que Elisa no me sigue. Está mirando hacia la vieja torre.

—¿Qué? —pregunto, siguiendo su mirada.

—¿Podemos ir?

¿Puedes?, me pregunto a mí misma. ¿Va a ser el lote completo? ¿Elisa, nosotras, el faro, una tormenta, la torre?

—Perdona —dice entonces Elisa—. Lo siento, sé que no debes guardar un buen recuerdo de...

Su voz se apaga, incómoda, sin terminar la frase. La escena de aquella última vez se instala entre nosotras como una bruma insidiosa.

—Vamos —digo, sintiendo un impulso.

Creo que es la lluvia. Puede que me haya limpiado, que los diminutos arroyos que arañan la tierra se hayan llevado con ellos la parte de mí que me había acompañado desde la hiel.

La torre. Nuestro refugio. Apenas ha cambiado, un par de restauraciones, un colorido panel informativo, el nuevo cercado de madera que la circunda. Lo salvo con un pequeño salto y Elisa me sigue sin vacilar. Atravesamos el arco aún indemne y accedemos al interior. La parte superior hace siglos que desapareció, la antigua torre no es más que un tubo hueco de mampostería con un par de aspilleras supervivientes. La mayoría de paseantes y visitantes ocasionales ven en ella los vestigios de otro tiempo, el legado de una época de piratas y costas salvajes.

Para mí, para nosotras, forma parte de un pasado más reciente. Me planto en el centro de la planta descabezada. Elisa está detrás de mí. Tomo aire y lo expulso lentamente. No quiero decirle que es la primera vez que vengo a la torre desde aquella última vez. He vuelto cientos de veces al faro, pero nunca me he acercado a esa parte. Para mí se había acabado.

Hasta hoy.

—Gracias —musita Elisa a mi espalda.

Noto la emoción en su voz. Según sé, nunca ha vuelto. Cuando Elisa se marchó aquel día bajo la tormenta, lo hizo de forma definitiva. Sus padres vendieron la casa un año después y se fueron de la ciudad. Elisa no regresó de Madrid. Aquí ya no le ataba nada. Me dolió, por encima de todo, que no quedara nada, ni siquiera amistad. Pero, al fin y al cabo, la nuestra nació bajo un designio mayor y muerto este, muerto todo.

Me doy la vuelta. Tiene la mirada empañada.

—Vamos —digo.

Hacemos el camino hasta los coches en silencio. Por mi cabeza cruza la idea de que ambas estamos allí, hoy, en el faro, pero que también lo están nuestros espectros del pasado. Que las dos mujeres que hoy recorren ese camino de tierra lo hacen sobre el recuerdo de dos adolescentes con la vida a ras de piel. Es una curiosa sensación de desdoblamiento, de andar a caballo entre dos tiempos imperfectos.

Elisa se detiene, no me había dado cuenta de que habíamos llegado hasta la linde del camino. Me mira, dubitativa, plantada ante la puerta de su coche. Sé qué está pensando: *¿Ya está? ¿Aquí acaba esto?* Porque es también lo que yo pienso.

—¿Sigues viviendo en tu casa? —pregunta, vacilante.

—Sí.

Calla. Solo dudo un segundo.

—Podemos ir, si quieres —digo—. Puedo dejarte ropa para que te cambies.

—¿Estás segura? —vacila—. No sé si...

La observo. ¿Es porque le incomoda que estemos a solas en un lugar cerrado? ¿Puede ser eso?

Pero es otra cosa.

—¿No molestaré? —pregunta al fin.

Cabeceo levemente.

—Vivo sola.

No sé si eso le afecta, ha hecho un gesto extraño. Ya no es la Elisa que me aprendí, así que no estoy segura de qué significa. Parecía dolor, pero quién soy yo ya para interpretarla.

—Vamos —le digo.

12

—Te quiero, Elisa —digo, intentando rendir su miedo a una fuerza mayor, la única en la que creo en esos momentos.

—No he podido evitarlo —dice, como si no me hubiera escuchado.

Está asustada y también confusa, el impulso que ha hecho que se declarara parece haberla abandonado, dejándola a su suerte. Queda la perplejidad, como si ella, Elisa, esa buena chica que siempre ha hecho lo que sus padres le han dicho, no terminara de creerse lo que ha ocurrido, y que ha sido así por su propia mano. Elisa está luchando, puedo verlo. Creo que no solo se ha sorprendido a sí misma haciendo lo que ha hecho, sino también por lo que de ruptura con las reglas en las que ha sido educada significa. El germen de la Elisa de los siguientes años está ahí, en esa lucha, en esa dualidad desquiciante, entre el sentimiento y la imposición.

—Está bien, Elisa —la tranquilizo. Oigo el eco lejano de unas voces—. Vamos a un sitio más tranquilo.

Nunca he sabido de dónde saqué aquel día aquella fortaleza, pero sé que no estuvo lejos de Elisa.

Elisa era como un planeta que me atraía a su superficie. Yo, por Elisa, lo habría sido todo. Fue el beso de Elisa, fueron sus palabras. Ella me dio el valor, ella me sacó al centro de la calle, lo hice por ella. Me hice invencible por ella, me elevé. Por eso después caí tan hondo, tan lejos, tan profundo. Cuando ella se colapsó, cuando acabó por rendirse, yo me hundí por ella.

Pero hoy tengo dieciocho años, un sueño se ha hecho realidad y leo el miedo en Elisa. Elisa, que ha sido la que ha dado el primer paso. Elisa, a la que ese día iba a decir adiós.

—Mis padres no están, se han ido a pasar unos días fuera —digo—. Vamos a mi casa.

Acepta. Parece conmocionada. ¿Dónde está ahora su desafío? Tiempo después

me dijo que parte de esa combatividad obedeció a la expectativa del adiós. Ella, como yo ese día, tenía muy presente el fin de una etapa. Sintió, me dijo, como si una puerta fuese a cerrarse, dejándola fuera para siempre. Lo que ella creyó una reacción de burla por mi parte la espoleó y actuó sin pensar.

“Reaccioné —me dijo—, porque en ese instante creo que te odié. Creí que despreciabas parte de lo que yo era”. Ese fue el revulsivo, la mezcla entre amor y rabia, desesperación, lo que la hizo estallar.

Lo que nunca se esperó es que yo le correspondiera. Pensó que simplemente dejaría ir ese peso que había llevado durante esos años y que eso sería todo.

Una ola que llega a la orilla y después se retira para volver a fundirse entre millones de ellas.

—¿Desde cuándo? —le pregunté cuando me lo contó—. ¿Cuándo empezaste a quererme?

Ella se alzó de hombros.

—No lo sé. Solo sé que un día estabas en mí de un modo distinto.

El día de la declaración en el faro conduce en silencio hasta mi casa, entra en ella sin decir nada, yo le doy la espalda mientras dejo las llaves sobre el recibidor y, de pronto, tengo sus brazos adueñándose de mi cintura. Entierra su cara en mi nuca y la oigo suspirar. Para mí, que nunca he tocado, que he vivido siempre en el sueño, supone un *shock*, físico y emocional. He pasado de la nada a quedar encerrada entre sus brazos. De la nada a tener su boca. De la nada a su declaración.

Elisa, mi sueño, me abraza.

Me quedo quieta, mi corazón bombea apresurado, no sabe qué hacer con ese inesperado torrente que lo asalta enloquecido. Allí donde Elisa me toca, quema. Su respiración sobre mi piel hace que me erice por completo. No sé qué hacer, y así se escenifica la pauta que siempre nos acompañó. La dualidad en ambas, la parálisis y la resolución que una y otra experimentamos de un modo u otro durante todos nuestros años de relación. Tal vez, de un modo más

incisivo en Elisa. El mostrarse decidida unas veces, temerosa las más. Mis momentos de parálisis, ajenos a aquella primera vez relacionada con el vértigo físico y emocional, estuvieron unidos muchas veces no a mis dudas, sino a las de ella. El miedo a su miedo. El miedo a perderla, que instauró en mí la pauta de la cesión. La veía tan angustiada por las consecuencias que aventuraba de llegar a conocerse nuestra relación, sobre todo en su familia, que yo retrocedía por ella, me amoldaba a su paso. Elisa era mi universo, pero también mi límite. Cedía, así, a sus peticiones. “Cuando terminemos la carrera y dependamos solamente de nosotras”, decía. “Mi madre tiene una salud delicada, mi padre se llevaría un disgusto, mucha gente no lo entenderá, nos rechazará, dame más tiempo, Nuria”. Se lo daba. Más tiempo, más espacio, más parte de mí.

Unas veces era Elisa la que se inmovilizaba, otras era yo. En uno y otro caso, era una la que extendía la mano para asir la de la otra, para reclamarla, para instarla a continuar. Creo que en Elisa esa pauta dominó y perdió tantas veces que al final la agotó, rindiéndola.

Aquel día fue un claro ejemplo del carrusel emocional que iba a marcar nuestra relación. La Elisa agarrotada y perpleja del faro me abraza, siento la desesperación en ese acto.

—He soñado con esto —susurra sobre mi piel—. No puede ser malo, Nure, no puede serlo, ¿verdad?

Las palabras se atascan en mi garganta. La intimidad de su gesto, acogiéndome entre sus brazos, me llena de una extraña congoja. Su tono, entre temeroso y desafiante, lo hace. Quiero llorar, quiero reír.

—No —digo al fin—. No lo es.

—Estás temblando —dice.

Me quedo de nuevo sin palabras. Un sollozo se enrosca en mi garganta y Elisa se da cuenta. Me gira la cara con delicadeza para mirarme a los ojos.

—¿Tienes miedo, Nure? —pregunta en un susurro.

Asiento en silencio, y sé que es insuficiente, que no es la respuesta completa ni correcta. Tengo miedo, sí, pero no de ella, ni de esto, ni de lo que estoy sintiendo. Tengo miedo de que la vida se vuelva oscura, o de estar en un sueño del que despertaré de nuevo sola, o de dejar de sentir sus manos sobre mí. Elisa hace ademán de soltarme, porque creo que piensa que es ella la que me asusta.

Se lo impido cubriendo sus manos con las mías. “No te vayas”, suplica mi mirada. Elisa bucea en mí durante unos segundos que se me hacen eternos. Lo que encuentra es la clave que le permite apartar su miedo para atender el mío.

—Yo también —dice, antes de besarme con delicadeza.

Vuelve, así, a tomar las riendas. Lo hizo siempre, sobre todo cuando estábamos a solas, lejos del escrutinio del mundo. No puedo reprochárselo, no fue ella la que metió ese miedo en todos nosotros, no nació de ella, de ninguno de los que lo padecemos. Fue siempre un invasor indeseado inoculado por otros. ¡Perder tanto luchando en tantos frentes! Teníamos que crecer, madurar y, al mismo tiempo, batallar. Contra todo lo aprendido, todo lo insinuado, lo callado, lo ocultado, lo reprimido. Contra un conjunto de valores erróneos, indignos, un lodazal de represión transmitido de generación en generación. Muchos y muchas hemos llegado agotados hasta aquí, no pueden no entenderlo, no pueden dejar de comprender que las dudas formaran parte también de nosotros, pero no porque nos rechazáramos *per se*, sino porque nos enseñaron a hacerlo.

El beso termina, los labios de Elisa acarician la piel de mi cuello. Cierro los ojos. *Es un sueño*, pienso. Tiene que ser un sueño, porque esto es imposible. Elisa fue siempre la que tuvo miedo de lo que había ahí fuera. Yo, de lo que tenía dentro, de lo que mi amor por ella podía hacerme, de su poderoso influjo. De la pérdida de control que su tacto obraba en mí.

Elisa vuelve a besarme y sus manos me buscan la piel. Me giro por completo y ella me abraza.

—Elisa, yo nunca he... No sé qué hacer —balbuceo.

Ella me consuela acariciando mi espalda, acunándome. Besa la tierna carne

bajo el lóbulo de mi oreja y susurra un “No pasa nada, Nure. Tranquila”, que repite una y otra vez con ternura. Siento cómo todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo responden con distinta intensidad a su tacto, sus palabras. Permanecemos así hasta que siento que una descarga de energía empieza a recorrer gradualmente todo mi cuerpo, de menos a más, como si un mensajero sensual fuese por cada rincón de mi piel despertando del letargo a sus habitantes. Experimentamos un intenso instante de comunión física cuando Elisa se estremece al mismo tiempo que lo hago yo, y sé que ese fue el punto de no retorno. Me aparta de ella para poder mirarme a los ojos y las dos sabemos que ya no queda nada que pueda detenernos. Posa sus labios sobre los míos. Yo me siento torpe, y lo soy. Ella me besa despacio, dándome tiempo. No habré besado nunca, pero empiezo a aprender. Lo que me da miedo, no obstante, es la siguiente lección.

—Elisa —la llamo, sintiéndome irracional, enajenada, mientras me decido a tocarla.

Toco a Elisa, por primera vez en estos años, bajo otro significado. Ya no son los mimos ocasionales, limitados, temerosos. Toco a Elisa como lo que ahora es. No la amiga, sino el deseo.

Mis manos la buscan, encuentran su cuerpo. Es sólido, no una quimera. No estoy soñando, es a Elisa a quien tengo. La atraigo hacia mí como si temiera que una súbita aparición me la arrebatara. Nos besamos, yo vuelvo a ser torpe, pero a ella no le importa. Tantea mis labios con su lengua y un infortunado pensamiento cruza mi mente. *Alberto*, pienso. Me aparto, y ella se echa hacia atrás.

—¿Qué? —me pregunta, sin comprender mi quebrada mirada.

¿Cómo le digo que su avance me ha hecho caer en la cuenta de que mi inexperiencia contrasta con su destreza porque Alberto estuvo en su vida? *¿Hasta dónde?*, es la pregunta que se forma en mi cabeza y se crece, se crece con una impertinencia hostil. *¿Hasta dónde llegaste con él, Elisa?* Por increíble que parezca, siento los primeros celos que, a lo largo de los siguientes años, aparecieron como indeseados invitados entre nosotras. Sé que Alberto ya no está, pero no puedo evitarlo. Me quema por dentro pensar que él la tocó, la tuvo, tuvo estos labios, tuvo esta piel. Tuvo a Elisa.

—¿Qué pasa, Nuria? —insiste. Se ha dado cuenta de que no es reserva o duda. Que hay algo más.

Debo calmarme. Respirar hondo y quitarme eso de la cabeza. Puede que sea mi inseguridad, mi miedo a decepcionarla, lo que influya también en ese acceso de celos. Cabeceo, intentando alejarlos.

—No he estado nunca con nadie, Elisa.

Ella duda un instante ante mis palabras. Creo que va a decirme que ella tampoco, pero esa declaración conlleva una mentira. Quiere tranquilizarme igualándose, porque tal vez intuye de qué están hechas mis palabras, pero sabe que sería sobre una falsedad. Aun así, lo hace. Tras ese instante de vacilación, sonrío, aparta un mechón de mi mejilla y dice: —Yo tampoco.

Al fin y al cabo, no era del todo falso. No había estado, cierto, con ninguna chica.

—¿Y Alberto? —pregunto, vencida, finalmente, a los celos.

—Alberto no fue nada, Nuria. Nada —me asegura, apoderándose de mi mirada.

Me arrincona contra la pared. No quiere seguir hablando. Se lo permito. *Él es el pasado*, me digo, y me abandono. A sus besos, a sus caricias, a su deseo.

—Vamos a tu habitación —exige, cuando ya ha hecho de mí un cuerpo que solo puede sentir y desear más y más.

Coge mi mano, me arrastra tras ella. Va deteniéndose cada pocos pasos, para asegurar mi deseo, para evitar mi resistencia. *Ya me tienes*, quiero decirle. Entramos en mi habitación. Me tumba sobre la cama.

Aquella primera vez.

2011

Elisa se detiene en el umbral. Yo dejo las llaves sobre el aparador. Tiritó, pero creo que no es por el frío. Creo que he llegado a pensar que Elisa me encerraría entre sus brazos, como aquella primera vez. Debo dejar de vivir ayer y hoy. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Me está quitando el mañana.

—Está igual a como la recuerdo —dice Elisa.

El momento ha pasado, me giro hacia ella.

—Sí, al menos externamente. Pero la vieja señora tiene un buen repaso en lo que no se ve.

—Tu madre siempre se quejaba de las cañerías —sonríe.

—Y de las humedades.

—Y las goteras.

—Y los vecinos —decimos las dos al unísono.

Eso arranca en las dos una breve carcajada, que se extingue lentamente. Por un instante, volvemos a ser adolescentes, compañeras de confidencias, de quejas contra los adultos que no nos entendían, cómplices de proyectos, de un futuro perfilado a lápiz. Por una vez, el ayer nos da una tregua. Solo dura un segundo. Después, su mirada se ensombrece.

—Sentí su muerte. Yo no... Debería haberte llamado. Lo siento.

No estoy segura de que se refiera solo a la muerte de mamá. Y tampoco lo estoy de cuál habría sido mi reacción de haber recibido esa llamada. Suspiro. No quiero que esta tregua acabe tan pronto.

—Sube, te daré algo para que te cambies.

Asiente en silencio, me sigue. Le señalo una habitación. Es la mía, reconvertida en cuarto de invitados.

—En el armario hay toallas limpias. Espera y te paso algo de ropa.

Voy a mi habitación, pero flaqueo nada más traspasarla. Noto que me tiemblan las manos mientras rebusco entre mi ropa, y sé que no es por el frío. Tengo que concederme un segundo, detenerme, cerrar los ojos, suspirar bien hondo.

Porque sé que voy a decirle adiós.

A pesar de saber la respuesta a mi miedo, a pesar de reconocerme enamorada aún de ella.

¡Enamorada! Soy una persona racional, no alcanzo a entender cómo se pueden mantener los rescoldos de un amor sepultado bajo la rabia durante tanto tiempo. No sé de dónde obtuvo el oxígeno suficiente para seguir llameando, pero sospecho que no muy lejos de esta misma persona que se cree, tonta de ella, *tan* racional. Le daré su oportunidad, a esta Elisa tardía, de decir lo que haya venido a decir.

Me concedo un breve repunte victimista, la última concesión a esta Nuria anclada, y después ya está, se va. Tal vez Elisa viene a pedir perdón, como ha querido creer esa extinta Nuria varada, o tal vez cargada de algún reproche. O tal vez, simplemente, está aquí. Sea como sea, solo Elisa tiene la respuesta.

Cuando regreso con la muda, Elisa sigue en el mismo lugar en el que la he dejado, plantada frente a la entrada de la habitación.

—¿Elisa? —la llamo.

Se gira hacia mí. Hay una ligera ensoñación en su mirada.

—Le dijiste adiós al minimalismo —dice, sonriendo.

—Me sentía única en el movimiento —replico, imitando su sonrisa.

“¡Has inventado el minimalismo abrumador!”, exclamó Elisa la primera vez que entró en mi cuarto, anonadada por la cantidad de miniaturas que poblaban

el escritorio, las estanterías, cada rincón de mi habitación. Cientos de pequeñas reproducciones de la realidad a escala menor. Me pregunto ahora si no era un modo de controlar un mundo que no era como yo deseaba, de crear mi propio universo.

—Ahora es minimalista, a secas —añade.

Miro la habitación. Una cama, un armario, cortinas en la ventana. De sus paredes desnudas ya no penden las mil y una estanterías abarrotadas, ni los pósters de películas de ciencia-ficción, ni el de tamaño natural de Martina Navratilova —que provocó en Val, cuando lo vio, un horrorizado “Por favor, dime que no te tocas por las noches pensando en esta tía, Nur”—.

Espero a que Elisa coja la muda, pero está mirando hacia otro sitio. Hacia la cama. Se gira hacia mí mientras entra en la habitación y se dirige hacia ella.

—Es la misma, ¿no?

Asiento a medias.

—Solo la estructura —digo.

Se sienta sobre ella. La recorre con la mirada y posa la palma de su mano sobre el cobertor. Me mira. ¿Es posible que vea añoranza en su mirada y que corresponda al mismo recuerdo que yo evoco? ¿Es posible que Elisa piense también en aquel día?

Ella misma me da la respuesta. Se recuesta boca arriba sobre la cama y gira la mirada hacia la ventana. Dice, en voz muy baja:

—Mira, Nure, la luna.

13

Estoy a punto de acostarme con Elisa. El pensamiento me atraviesa mientras ella me tumba con delicadeza sobre la cama. Cierro los ojos, no me atrevo a mirarla. ¿Cómo puedo pasar de la amistad a este deseo que me quema las entrañas? ¿Cómo hago para que la amiga se convierta en amante y vencer el pánico y la inseguridad que empiezan a apoderarse de mí? Estoy a punto de levantarme y decirle que esto ha sido un error, que estoy muerta de miedo, que no sé lo que hago, que no sé nada.

Y entonces ella dice:

—Mira, Nure, la luna.

Me insta, así, a que abra los ojos. Está sonriendo de forma tranquilizadora. Ladea la cabeza hacia la ventana y yo miro hacia donde me señala. Es verdad, es la luna. Aún no ha anochecido del todo, pero ahí está. Noto que Elisa se tumba junto a mí, de lado, y lo primero que hace es susurrarme al oído:

—Todo está bien, Nuria.

Trago con esfuerzo, noto la garganta agarrotada. Esto no saldrá bien, esto no está bien. No puedo quitarme de la cabeza a la amiga, no soy capaz de traspasar esa línea, por mucho que lo haya deseado. “Cuidado con los sueños, pueden hacerse realidad”, parece susurrarme al oído un duende malicioso. Constato mi fracaso como ser humano. Solo sirvo para soñar.

Elisa me besa. Toca con la punta de sus labios, que siento infinitamente cálidos, infinitamente suaves, la piel del inicio de mi mandíbula. Dejo escapar un ligero gemido, vuelvo a cerrar los ojos.

Empiezo a temblar. Noto que Elisa se aparta y cubre mi mano con la suya.

—Yo deseo esto —me dice con tono sereno, algo agarrotado—, pero me iré ahora mismo si tú no.

Abro los ojos. ¡No!, ha gritado mi mente, pero ninguna palabra sale de mi

boca. Pienso, de forma delirante: *Si algo dentro de mí lo tiene claro, ¡que se levante y lo diga, maldita sea!*

Elisa me mira, frunce el ceño, tira de mí con fuerza y me incorpora, abrazándome, todo en un solo movimiento. Me estrecha entre sus brazos con fuerza, me consuela. Acaricia mi espalda, ciñe mi nuca, enreda sus dedos en mi pelo. En aquella época yo lo llevaba largo, suelto.

—No pasa nada, Nuria, no importa —me dice—. Está bien.

No, pienso, *no está bien*. Pero, por primera vez, no me refiero al hecho de hacer de mi amiga mi amante, de aceptar el todo, de traspasar la línea. Elisa me abraza con fuerza y noto que ella también tiembla, se estremece de una forma casi imperceptible, pero lo hace.

Se me parte el corazón.

Tampoco tiene que ser fácil para ella y, sin embargo, lo ha intentado. Algo entonces dentro de mí se curva como lo haría un junco burlando la fuerza del viento que quiere quebrarlo. Se trata de eso, de no partirse, de aceptar, porque no está mal, no es malo. No puede ser malo esto que siento, que siento también en Elisa. No puede ser malo el deseo y no será malo que traspasemos esa línea invisible.

Solo tengo una vida.

—Sí —le digo, tomando su barbilla y atrayéndola en un beso que cubre su boca por entero.

Ella lo acoge casi con desesperación, creo que había llegado a pensar que me había rendido. Me besa recorriendo mi cuerpo con las manos, como si tuviera que asegurarse de que sigo allí. Nos convertimos en una sola, sin fronteras, mis manos la buscan a ella, las suyas me encuentran a mí.

Tengo mil besos para ella. La beso desesperada, incrédula, ávida, temerosa, torpe, nueva, desconocida. La beso con mis labios, con mi anhelo, con mi silencio, con la voz que acabo de encontrar. La beso con la inocencia de los catorce, un primer beso que habría sido inseguro, tanteador, casi puro en su

osadía, en su título de iniciático. La beso con quince, más osada, más segura. Sigo con los dieciséis, donde ya la habría tocado más allá. La beso aquí, ahora. Beso su boca, su rostro, su cuello, la palma de sus manos, la suave piel de su antebrazo. Los besos tiran abajo las murallas, me permiten olvidar y renacer.

Tumbo a Elisa sobre la cama.

14

Val me mira estupefacta. Creo que lo hace del mismo modo que un científico observaría a un bicho de tres cabezas o un feriante a su nueva mujer barbuda.

—Sea lo que sea lo que vayas a decir —le suplico, temiendo su afilada lengua—, por favor, recuerda que me quieres.

Ella ríe y se lanza sobre mí, abrazándome.

—¡La Atlántida, Nur, la Atlántida! —chilla.

La he citado en el faro. Se lo he contado. Cuando logro desembarazarme de su envolvente entusiasmo le pregunto con recelo:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Joder, Nuria, es que lo tuyo era como la Atlántida, perdida y mítica, hija. De verdad que ya te veía el resto de tu vida arrastrándote por el mundo como un alma en pena, llorándola —sonríe ampliamente y levanta los brazos de forma victoriosa—. ¡Pero tú no solo la has encontrado, sino que le has echado un polvo!

—Baja la voz, Val, por favor —le suplico, mirando alrededor.

Ella tira de mí, hace que me siente a su lado palmeando la tierra pedregosa.

—Estamos solas, Nurieta mía, y le vas a contar a la tita Val todo el asunto con pelos y señales — me da un golpecito en el muslo—. A ver, empieza. ¿Cómo se lo montan dos tías? Básicamente, digo.

—No tendría que haberte dicho nada —me lamento.

—Yo te conté mi primera vez con Nacho.

—Lo sé —mi lamento se acentúa.

—Joder, Nur, me vienes con la mayor noticia desde el Mundial 82, ¿y te vas a

poner ahora mojigata?

—No es por eso.

—¿Por qué, entonces?

La miro con desolación.

—Porque no sabía qué hacer. Me sentí idiota, torpe.

Ella cabecea, resoplando.

—Tendría que haberte dejado las revistas de Nacho, joder —se reprocha—. Y eso que tú jugabas con ventaja, porque... —enarca una ceja—. Lo que es un *chumino* se supone que sabías lo que era, ¿no? —Se ríe ante mi apuro—. A ver, ¿qué pasó? ¿No lo tenía en su sitio? ¿No te gustó? ¿No te corriste? ¿No se corrió ella?

Me pongo tan, *tan* colorada, que Val saca un cigarrillo y lo acerca a mi mejilla.

—Espera, que aprovecho.

—Val, por favor —suplico.

—¡Oh, está bien! —Pone los ojos en blanco—. Qué mojigatos sois los pervertidos, cualquiera lo diría.

—Estaba muerta de miedo, Val. No hacía más que pensar en cómo iba a hacer eso, ¡acostarme con una amiga! ¡Acostarme con Elisa, Val!

—Pues haciéndolo —replica ella de modo condescendiente.

—Sí, claro, tan fácil.

Ella sonrío y me echa una de esas miradas que le hacen parecer mayor, más sabia, mejor. Una sabiduría tutelada por la vida. O por su abandono.

—Nur, tonta, ¿te crees que no lo sé? —dice—. Es exactamente lo que nos pasó

a Nacho y a mí.

Nos conocíamos desde enanos, ¿cómo crees tú que fue pasar de eso a acostarnos? El tamaño de mi rajita no fue lo único extraordinario de aquel día, te lo puedo asegurar. Nacho estaba muerto de miedo y casi tuve que firmarle un certificado para convencerle de que yo no pondría pies en polvorosa después. Él creía que dar aquel paso lo arruinaría todo. Estaba dispuesto a seguir como estábamos, dos amigos que se meten mano y poco más.

—¿Y qué pasó?

—Le dije: Nachete, majo, a mí me pica el chichi, así que tú verás. Dios inventó a los butaneros para algo más que para cargar con bombonas.

—Joder, Val, no serías tan burra, ¿no?

Valeria se ríe a carcajada limpia. Su risa se detiene poco a poco y vuelve a mirarme de ese modo especial que la hace inalcanzable, perfecta, sabia.

—No. Lo hablamos, Nuria, que es lo que hay que hacer. Hablamos mucho de ello, despacio, haciéndonos muchas preguntas, asegurándonos de que no nos dejábamos nada, de despejar todas las dudas. Le calmé, le hice ver que el sexo sería un modo de estar más unidos, de formar parte el uno del otro de un modo distinto, pero no como algo separador, sino todo lo contrario, enriquecedor; de descubrirnos mutuamente, de ir más allá, y mejor, y que quería hacer todo eso con él y solo con él.

La miro.

Mi sabia niña abandonada por la vida.

2011

—Nunca te dije lo que significó para mí aquel día —dice Elisa, sobresaltándome.

Sea a lo que sea a lo que haya venido, no se anda con rodeos. Acaba de bajar al mismísimo centro de la Tierra y ha plantado su núcleo candente bien visible frente a nosotras.

Qué esperaba yo si no, si está aquí después de dieciocho años y mil mares.

—Un desastre, ¿no? —digo con ligereza, intentando encubrir mi súbita incomodidad.

¡Yo, azorada por el recuerdo de mi primera vez con esta mujer!, me burlo de mí.

Elisa me mira extrañada, esbozando una leve sonrisa. Cree que ha sido una broma, pero cuando constata que hablo en serio, su expresión se oscurece, se levanta y viene hacia mí.

—No —dice muy seria—. ¿Por qué dices eso?

Me alzo de hombros. Nunca, en todos aquellos años, hablamos de aquel día. He hecho de la omisión un arte, ahora me doy cuenta. Con Elisa, con Nacho. En su momento, con Valeria, aunque fuera ella quien me lo pidiera. Conmigo misma, finalmente. Me doy cuenta, también, de que, en realidad, he pasado de puntillas por caminos que creía haber pisado con fuerza. *Quién o qué soy yo*, me digo, descorazonada.

La voz de Elisa me saca de mi introspección.

—Para mí fue maravilloso —dice. Un ligero velo cubre su mirada—. Fue hermoso, Nuria.

Cabeceo, quitándole importancia, intentando recomponer el desastre que la zozobra va dejando a su paso dentro de mí.

—Da igual —digo—. Hace mucho tiempo de eso.

Intento girarme, salir del escenario que me lleva a ese día, pero ella me retiene cogiendo mi muñeca.

—Nuria, por favor —me pide, y noto el dolor en su voz—. ¿Hice algo mal? ¿Algo que no te gustara? Acaso... —vacila—, ¿te presioné o...?

—No, no fue nada de eso —respondo, tajante—. Hace mucho tiempo de eso, Elisa, ¿qué más da ya?

—Para mí es importante —dice, y el brillo en sus ojos adquiere una intensidad que parece abocada a la decepción—. Es uno de los recuerdos que he guardado con mayor celo durante todo este tiempo, como algo muy especial. Para mí significó, para mí fue... —vacila, ahogada por la emoción—. Tenerte de ese modo, sentirte así por primera vez...

Se calla. Parece darse cuenta de que su intensidad no solo la arrolla a ella, sino que me lleva a mí por delante. El brillo de sus ojos se apaga de un modo herido.

—Lamento muchísimo que para ti no significara lo mismo —musita, dejando caer su mano.

—Creí que te había decepcionado —digo, incapaz de soportar su desencanto. Sí, yo hago mías también sus palabras, yo también sentí todo aquello, el prodigio de tenerla de aquel modo. Pero continúa habiendo una espina clavada en mí de aquel día—. Que lo había hecho, como amante. Por mi torpeza.

Me sonrojo, como si el tiempo no hubiera avanzado y yo continuara siendo la tonta del trío, la inexperta. Como si no hubieran existido los siete años siguientes a esa primera vez. ¿Cómo ha empezado esta conversación? ¿Y si me doy media vuelta y echo a correr?

—Te sigue ocurriendo —le oigo decir, maravillada.

—¿El qué? —pregunto, confusa.

—Era lo que más me gustaba de ti, el modo en cómo te sonrojabas siempre —

sonríe—. Val era una experta en conseguirlo.

—Cómo no —digo y, por un instante, Val se pasea entre nosotras, enmudeciéndonos.

La deslenguada y escandalizadora de tontas Val.

—Me encantaba que lo hiciera —dice Elisa—. Tú bajabas la mirada y así podía observarte a mi antojo. Era la época en la que empezaba a sentir por ti algo más que amistad.

La miro con asombro. Nunca me lo había contado. Lee eso en mi expresión.

—Debimos abrirnos más la una a la otra. Ser más sinceras —lo dice como quien contempla las ruinas ennegrecidas de lo que una vez fue un hogar luminoso. Vuelve su mirada hacia la cama, me mira—. Aquel día fuiste todo lo que siempre había deseado.

La tumbo en la cama, despacio. Me coloco a horcajadas sobre ella. Es la primera vez que estoy en una situación así, ruego en silencio para que no note cómo tiemblo, lo asustada que estoy. Quiero ser perfecta, quiero que susurre mi nombre, quiero —y aquí una leve sombra se interpone— ser mejor y más que Alberto. Cierro los ojos. *Él no debe estar aquí*, me reprocho. Intento serenarme, dejarme llevar por mi cuerpo, escuchar al de Elisa. Elisa me mira con ojos brillantes, me coge por la cintura, me reclama. Me inclino y la beso. Hundo los dedos en mi pelo, yo juego con el suyo. Nos quedamos sin aliento. Elisa abre los ojos, me mira. Se arquea y se mueve inquieta debajo de mí. Hace un gesto, quiere que me quite la camiseta. Lo hago, ella me imita. Me inclino y vuelvo a besarla, el atisbo de su semidesnudez me turba. Me sonrojo, ella se da cuenta, sonrío, me acaricia la mejilla con ternura.

Vuelve a entrometerse la idea de que Elisa es mi amiga, la incredulidad de lo que está pasando. Me paralizó. Elisa me mira expectante. El rubor enciende mis mejillas. Estoy perdiendo el control, de nuevo quiero dar marcha atrás, dejarlo todo como estaba, olvidar que esto ha pasado. ¡Qué tontería!

Eso ya es imposible. Elisa sonrío con serenidad. Parece entender qué me pasa. Coge mi mano y la lleva hasta su pecho. Me sobresalto, pero insiste dulcemente. Toco esa piel, suave, casi inmaculada.

No puedo evitar jadear. Ella se mueve, se lleva las manos a la espalda, se quita el sujetador. Me pide permiso con la mirada, hace que me incline y repite la operación conmigo. Coge mis manos y las guía sobre ella. La toco, cubro sus pechos llenos, cálidos, los recorro con las yemas de mis dedos. Ella gime, se estira, cierra los ojos. Siento una exigente presión en mi centro. Me toca. Elisa me toca, ya nunca como amiga. Me toca como amante, como objeto de su deseo. Gimo. “Desnúdate”, me pide en un susurro. Vuelvo a sonrojarme, ella sonrío de forma tranquilizadora. Hace que me tumbe a su lado, se gira hacia mí, coge mi cara, me besa lentamente, recreándose. Nunca habría imaginado que los besos pudieran ser infinitos. Sus manos buscan el cierre de mi pantalón. Me lo quita; la miro, más asustada de lo que querría que supiera. Ella no deja de sonreírme de forma alentadora. Se incorpora un poco y se

desprende de su falda. Estamos igualadas en nuestra semidesnudez. Ella se recuesta de lado, apoyando la cabeza sobre su brazo flexionado. Me toca con la palma de la mano abierta, me recorre casi de forma casual. El tiempo se hace eterno a través de sus caricias. Mima cada parte de mi cuerpo, se aprende de memoria mi piel, doma mi inquietud, mutándola en anhelo, deseo, fuego. Me besa tan delicadamente como me toca, y camina antes de correr. Hace de mí una pulpa palpitante. Solo se detiene un segundo antes de cambiar para siempre el camino que nos ha llevado hasta allí. Llega hasta el límite de mi vientre, me mira. Es el peor y el mejor momento. Es la frontera, la línea a dejar atrás. A partir de aquí, será otro mundo. Se inclina, me besa, me busca, me toca. Me siento a punto de explotar, ambas gemimos. Elisa me acaricia, con lentitud al principio, después aumentando el ritmo.

—Nuria —susurra —, dime qué es lo que quieres.

—Tú —pido, incoherente.

Me lo da. Detiene sus caricias de forma agónica, hasta convertirlas en suaves aleteos. Siento como si hubiera estado a punto de explotar y el no lograrlo me frustra. Protesto, pero Elisa me calla con un beso profundo, inacabable. Es un beso despojado de ternura, carnal, que reclama su legítimo nombre, que exige el derecho a mostrarse como tal. El derecho a hacerlo ella, Elisa; a hacérmelo a mí, Nuria.

Elisa me desea, no hay nada más. Está dispuesta. Me desnuda por completo. Siento un escalofrío de puro vértigo, de final de algo y principio de todo. Ella empieza de nuevo. Ha marcado la tierra que desea y ahora quiere explorarla, hacerse con ella poco a poco. Me busca, me besa, me toca. El tiempo se hace infinito. Pierdo todos los nombres bajo los que alguna vez me he reconocido y renazco siendo la mujer que desea a esta otra mujer de un modo ya adulto, lejos de la ensoñación.

Elisa acerca su mano poco a poco, sus dedos tantean, infinitamente tiernos y pacientes. Me acaricia, me acaricia sin fin. Mi cuerpo se acopla al vaivén, es un río ante sus caricias.

—Nuria —susurra en mi boca, cuando yo empiezo a dejarme ir, a enajenarme de mi cuerpo.

Repito mi nombre tres veces más, yo me deshago, dejo de ser, por un instante pierdo el mundo real de vista, es como si me hubiera trasvasado a otra dimensión. Regreso de allí aletargada, sumisa, vencida, victoriosa. Otra.

—Elisa —susurro, temblando.

No llores, me exhorto, sintiendo las lágrimas al borde de la rendición. Llevo unos dedos temblorosos hasta su boca y perfilo sus labios. Ella los atrapa y los besa. Se tumba a mi lado y me abraza. Entierro la cabeza en su cuello. Nos quedamos así hasta que mi respiración se normaliza, me calmo, regreso. Ella espera pacientemente.

—Elisa...

Pese a todo, vuelve a mí el miedo, la torpeza. La miro, pidiendo su ayuda.

Ella, por toda respuesta, se desnuda. Sin dejar de mirarme a los ojos se coloca sobre mí, me guía.

Hace de nuestros cuerpos uno solo. Doblo mi rodilla instintivamente, la cerco, la ciño. Noto su deseo; el mío, renacido. Coloca las palmas de sus manos alrededor de mi cabeza, apoyándose en ellas, en ningún momento deja de mirarme. Su pelo cae en cascada enmarcando su cara, rozando la mía. Empieza a balancearse. Muy lentamente al principio, atenta a mi reacción. Aguanto todo lo que puedo mirándola, pero al final cierro los ojos. Ella, entonces, acrecienta el ritmo. Nuestros cuerpos parecen fundirse. Somos una sola.

2011

—Para mí fue maravilloso, Nuria —dice Elisa—. No hubo ninguna decepción, absolutamente ninguna. Te amé incluso más por ello. Lo recuerdo con mucha ternura —me mira de forma dolida—.

Siento no haber estado más atenta, no haberme dado cuenta ese día de que tú no sentías lo mismo.

Hay tanto remordimiento, culpabilidad en sus palabras, desencanto, que casi oigo el ruido del cristal al romperse. No puedo permitirlo.

—No fue así —digo—. No fue nada de eso. Para mí también fue maravilloso —vacilo—. Era Alberto, su sombra. Pensé que tú y Alberto... Siempre he pensado que fuiste tú la que más diste aquel día y me empeñé en creer que él sí habría sabido qué hacer. Qué hacerte. No importa lo que vino después, solo hay una primera vez en la vida.

—Siento que hayas vivido con un recuerdo engañoso entonces, Nuria —dice con tristeza—.

Porque no puedes ni imaginar lo que significó para mí ese día, lo que sentí.

—Nunca me lo dijiste.

—Tú tampoco —dice con suavidad.

Y así, pienso, han pasado dieciocho años y mil mares entre nosotras.

16

Val me mira con interés y preocupación cuando termino de contarle lo que ha ocurrido entre Elisa y yo.

—¿Y ahora, Nuria? —pregunta.

—¿Ahora?

—Sí, ¿qué vais a hacer? Mañana.

¿*Mañana?*, pienso. Ni siquiera había imaginado que hubiera un hoy. Me alzo de hombros.

—Pero ella se va a Madrid, ¿no? —dice Val. La miro, ceñuda. ¿*Adónde quiere ir a parar?* Ella insiste—: ¿Lo habéis hablado, Nuria?

Suspiro, desconcertada.

—No. Ella tenía que volver a su casa y...

—¿Vais a salir por aquí? —me interrumpe—. ¿Cogidas de la mano, haciendo planes, dejándoos ver?

Es justo lo que me reclama, lo sé, pero no me gusta esta parte de la sabiduría de Val. Ahora no.

Mete tonos de gris entre los siete colores, afea. *Déjame dormir un poco más*, pienso, como una niña regañada a quien su madre ha ido a despertar para ir al colegio. *Solo un poco más*.

—¿Qué te pasa, Val? ¿A qué viene esto? —pregunto, encrespada.

—Pasa que no quiero que te hundas con la Atlántida, eso pasa. No voy a juzgar a Elisa sin saber de qué tipo son sus sentimientos, pero de quién sí sé es de ti. Sé que llevas soñando con esto mucho tiempo, como sé que lo habrás apostado todo.

—Ella me ha dicho que me quiere, Val.

—Salió con Alberto —me recuerda—. ¿Cuál de los dos ha sido la prueba, Nuria? ¿Tú o él?

Eso me duele, da en el centro de la diana. Me revuelvo.

—¿Se puede saber a qué viene eso? —chillo—. ¿Ya no te parece tan estupendo? ¿El puñetero hallazgo del siglo?

Val alza las manos en un gesto conciliador.

—No es eso, Nur —dice—. No quiero que te hagan daño, eso es todo. Lo que ha ocurrido es maravilloso y me alegro muchísimo por ti, de verdad. Pero también hay que pensar con la cabeza, Nuria —abre las manos—. Vale, de acuerdo, es un sueño alcanzado, pero no termina en la cama de tu habitación. Ahora es cuando empieza de verdad.

Val, como siempre, supo verlo antes que yo. El largo y tortuoso camino. Pero yo no, ese día que le cuento lo que ha pasado, no. Ese día yo aún estoy en el cuerpo de Elisa, recorriendo su piel.

Todavía, sí, estoy en la cama de esa habitación y el mundo se queda fuera, bajo la tutela de la luna que nos ha acunado.

—Nur, escucha. Sé cuánto has soñado con esto y sé que tú la quieres, pero no quiero que pierdas de vista la realidad y que te dejes llevar por una sensación de euforia que...

—¿Dónde está ahora lo de vive y deja vivir? —la interrumpo—. ¿Lo de que solo tenemos una vida y hay que aprovecharla? —le espeto, cada vez más enfadada.

En realidad, no me estoy enfadando con ella, sino con esa realidad que, a través de sus palabras, empieza a traspasar el sueño, calando gota a gota, ensuciando la techumbre de mi frágil refugio.

Asomándose al interior de esa habitación como un indeseable *voyeur*.

—Sigue siendo válido, Nur, y no te estoy diciendo que no te lo merezcas, que no os lo merezcáis las dos, pero también que tengas en cuenta dónde estáis. Lo de ahí fuera puede haceros mucho daño.

—¡Que se vaya a la mierda lo que hay ahí fuera! —exclamo.

1988

La vida nunca acaba siendo como te la imaginas, como esperas. Amas con todas tus fuerzas y crees que eso, por sí solo, servirá para derrotar a la Hidra de tres, siete, mil cabezas. Miedo, miedo y miedo. Cualesquiera que sean los nombres bajo los que se esconde, finalmente, es solo miedo.

Miedo al rechazo, a la exclusión, al dedo acusador, a la exposición, a las consecuencias de nadar contracorriente.

Tengo veinte años, mi amor por Elisa sigue intacto, pero es una lucha constante, titánica. Elisa tiene miedo y yo acepto. Acepto esconderlo, acepto simular una degradación en lo que sentimos, como un soldado al que dejan de modo injusto sin sus galones. Acepto sonreír despreocupadamente si delante de mí alguien le pregunta si es que no va a echarse novio de una vez o qué. Acepto aplazar y aplazar y aplazar un día más una vida completa y visible. Acepto, porque lo que yo tengo es miedo de su miedo. Elisa escucha más que yo a la realidad que hay ahí fuera. Me quiere, pero no puede evitarlo.

Yo tampoco. La quiero.

Han pasado dos años desde aquel día de su declaración. Desde aquella primera vez en mi habitación, desde las palabras de Val que solo buscaban protegerme.

—Solo es una fiesta, Nuria, una tontería —me dice Elisa, mientras se maquilla—. Iré, bailaré un poco y enseguida me tendrás aquí.

Estamos en un piso compartido con dos chicas más, en la periferia de Madrid. Cuando puedo, me voy a pasar el fin de semana con ella. Ella casi nunca viene a casa. La capital nos proporciona un manto de anonimato que allí no tendríamos. Aun así, aun cuando aquí hay más libertad, más espacio para nosotras, Elisa insiste en que debemos ser cautas, no mostrarnos abiertamente. Para sus compañeras de piso solo soy una amiga de su ciudad que viene a verle, no sobra ninguna habitación, es normal que duerma con ella. Delante de ellas nos comportamos como dos amigas más, es a solas cuando yo recorro su piel y ella me descubre un día más. Cuando su boca me nombra en voz alta.

—Podría ir contigo —digo sin convicción, sabiendo el resultado final.

Porque no es la primera vez que esto ocurre. No es la primera vez que ella me contesta con un tono forzosamente ligero:

—Vamos, cariño, sabes que te aburrirías.

Vamos a escenificar la pauta de nuevo, voy a ceder una vez más ante la realidad, ante los tonos de gris. Yo aceptaré su forzado argumento como si no me importase, como si no me doliese, como si fuera lógico, natural, como si ni ella ni yo supiéramos que esa no es la verdadera razón. No entraremos del brazo en esa fiesta, Elisa no estará pendiente de mí, no intercambiaremos pequeñas muestras de cariño, de compromiso mutuo, nada que nos etiquete, nos señale. Recuerdo la primera, y única, fiesta a la que la acompañé. Elisa estaba nerviosa, se movía entre dos corrientes. Me quería, pero su miedo era mayor a su amor. Durante toda la noche estuvo tensa, distante, intranquila. No pude tocarla ni una sola vez, no pude hacer nada que dijera “nosotras”. Éramos, ante los ojos de todos, Elisa y Nuria. Elisa y su amiga. Una y una. No sé cuánto hubo de propósito consciente en lo que hizo aquella noche, ella después lo excusó, nuestra primera gran pelea, con el pretexto de la apariencia.

“¿No querrías que te besara allí mismo, delante de todos, no?”, me espetó, desquiciada tras la tensión de una representación obligada. “No, Elisa, pero al menos podrías no haber coqueteado con todo el que se te ponía por delante”, repliqué con rabia, con frustración, con dolor.

Los reproches llevaban a más reproches. En cierta ocasión le dije que podríamos ir a locales específicos, Madrid era lo suficientemente grande como para acogernos. Me miró con frialdad.

—No voy a convertirme en una marginada.

No lo seremos si dejamos de tener miedo, pensé yo. El germen de mi lucha estaba ahí. En la vida amputada, en el miedo a pasarme toda la vida con miedo, en el temor a acostumbrarme a que ceder era la norma. *No*, pensaba yo, cada vez con más ahínco. *No, Elisa, esto no debería ser así*. Pero cedía, porque la amaba más que a mi libertad, la amaba por encima de todo, por

encima del sueño adolescente que tejí a su alrededor.

Fue de lo primero que me di cuenta, después de acostarnos por primera vez, de descubrir nuestros sentimientos mutuos. El anhelo seguía ahí, el deseo, el amor, multiplicados, engrandecidos. No había sido un eco fantasmal producido por la negación, por el deseo de lo inalcanzable, un espejismo hinchado por la carencia. Mi amor por Elisa se solidificó, se hizo uno con ella, profundizó y enraizó en mí como un árbol orgulloso. Lo sentía dentro de mí como algo cierto, sólido. Me producía vértigo amar como amaba a Elisa y creo que siempre supe, de modo inconsciente, que aquello podía destruirme tanto como alzarme. Val tenía razón, yo lo aposté todo desde el primer momento.

Acechaba en Elisa su correspondencia, pero siempre estuvo emponzoñada por su miedo, el mío, por todo lo que nos rodeaba.

2011

“Deberíamos haber sido más sinceras la una con la otra”, ha dicho Elisa. Le hago la pregunta que he guardado todos estos años con temor. ¿Fue para nada? ¿Hipotequé mi corazón por nada? ¿Soy la que soy por un espejismo?

—¿Me quisiste, Elisa?

Ella me mira aturdida, pero no sorprendida. Está aquí, al fin y al cabo, tantos años después.

—Sí —dice, con voz entumecida.

Hace una pausa, como si la emisión de esa simple sílaba le hubiera supuesto un gran esfuerzo.

Quiero pensar que no es porque no haya querido otorgármela, ni porque no sea sincera, sino porque es la respuesta que más ha pesado en su bagaje sentimental. Que ha arrastrado hasta aquí con esfuerzo por cualesquiera que hayan sido los caminos que la han traído de vuelta.

—Pero sé que no como tú a mí —continúa. Se muerde el labio inferior, pero no rehúye mi mirada —. Te amé desde el temor y eso terminó por viciarlo todo. Te perdí —su voz se quiebra en sus últimas palabras.

Me dejaste tú, quiero decirle, sintiendo un repunte de rencor. Tú y tu mezquina propuesta aquel último día.

Pero ya no quiero este rencor. *Tu tiempo ha pasado*, le digo. Yo, que lo llamé a voces y reclamé su presencia. Elisa me mira desde el dolor.

—He venido a pedirte perdón —por un instante, vacila, como si algo faltara en esa frase. El instante pasa y yo pienso en que si no hay una mentira tras esas palabras—. Si todavía puedo hacerlo.

—Si es lo que necesitas —me encuentro diciendo—, lo tienes.

Ya está, estoy vacía del todo. Dejé de tener su amor, guardé el mío bajo mil capas de reproches, rencor y autoengaño. Ella ha vuelto. Ha pedido perdón, se lo he dado. Se acabó. Estoy cansada. Me giro y salgo de la habitación.

—Será mejor que nos cambiemos —digo.

1991

Cumplo veintitrés años. Salimos a celebrarlo, Valeria, Nacho y yo. Elisa está en Madrid, la carrera es muy exigente, necesita para ella gran parte del tiempo que podría pasar conmigo. Yo intento mostrarme comprensiva, pese a que, últimamente, se vuelca en sus estudios de un modo casi absorbente. Val ironiza con que su libro de Urbanismo le ha visto más veces que yo, pero no insiste, porque sé que intuye lo que hay y cuánto me duele. Calla por ello y por algo más. Soy consciente de que la dinámica que marca mi relación con Elisa ha levantado una barrera invisible entre Val y yo, una especie de zona de exclusión que Valeria se esfuerza por respetar, aunque no siempre lo hace. Un límite preventivo nacido de una fuerte discrepancia que nos mantuvo alejadas durante unos días el año anterior. La razón, Elisa. O, exactamente, mi actitud con respecto a nuestra relación. “No me gusta lo que hace. En lo que te convierte. Déjala, Nur, date un respiro para pensar en la dirección que ha tomado vuestra relación”, me dijo Valeria el año pasado. Yo exploté, me revolví como un animal herido. No era contra Valeria contra quien debía hacerlo, pero lo hice. Volqué contra ella toda la impotencia, toda la tensión de mis encuentros cada vez más frustrantes con Elisa. Nos enfadamos.

Nacho tuvo que actuar de intermediario, domar nuestro distanciamiento. Las aguas volvieron a su cauce, pero desde entonces Val se muestra más cauta en sus comentarios. Me duele saberlo, que eso está entre nosotras, pero no puedo evitarlo, no sé cómo salir de la trampa del amor de Elisa.

La amo, es todo lo que sé.

Val, ese día de mi vigésimo tercer cumpleaños, me regala un colgante con una tuerca que Nacho ha sacado del motor de un coche.

—Está tratada para que no se oxide y tiene un baño de plata —dice—. Seremos pobres, pero no cutres.

Espero que me ahorre la explicación de la simbología que seguro hay tras la tuerca, pero no tengo tanta suerte. Nacho se atraganta con su cerveza cuando Val no ahorra en detalles y desvaría implicando a “un chocho sucio, una perra en celo y un bote de champú de huevo” en su delirante discurso, justo cuando

la camarera del *pub* se acerca a nuestra mesa con la siguiente ronda. Nacho, que mira a Val con reverencia, que está siempre atento a cada gesto, cada detalle, cada palabra suya.

Nacho, que se convertirá en una sombra de sí mismo tan solo dos años después; en asesino, muchos más tarde. Nacho, que llevará a Val para siempre tatuada en la piel y en la vida.

—Estás sola, ¿verdad?

Un Nacho adulto, muchos años después de aquel cumpleaños, me mira con condescendencia, casi paternalismo, mientras me hace esa pregunta. Tenemos prácticamente la misma edad, pero él lleva grabado a mayor profundidad el paso del tiempo y las pérdidas que conlleva vivir un día más. Su pelo, antes largo, está ahora cortado al uno. Ha engordado. Pero sigue siendo Nacho. “El macho”, oigo la eterna coletilla de Val.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

Esta conversación tiene lugar dos meses antes de que Elisa vuelva, inesperadamente, a mi vida. Su pregunta me coge desprevenida. Debería haber sabido, tonta de mí, que si yo le veía a él, él también me veía a mí.

—¿Alguna mujer, Nuria? —replica.

—Siempre, Señor Ignacio.

—Que se quede —precisa.

—Lo hacen, pero no por mucho tiempo —replico con ligereza.

Nacho parece más observador hoy. Tengo la sensación de que me mira como si guardara algo en el bolsillo que no me quiere mostrar.

—¿No te cansa? ¿No quieres algo más? —pregunta.

Me encojo de hombros con indiferencia.

—Me va bien así.

—Mientes.

Lo miro, sorprendida. Nunca hemos tenido esta conversación antes. ¿Y nuestro tácito pacto de omisión? ¿Nuestra mecánica construida a través de los años? Yo voy a verle. Le llevo el tabaco de Val. Le hablo de mis clases, de mis alumnos, de lo asqueroso que se está poniendo el mundo. Él me escucha, contemporiza, hace como si no fuese un preso encerrado entre muros vigilados por gente armada. Como si en un día de enajenación no hubiese acabado con otro ser. Como si no hubiera entre nosotros una presencia espectral que nos domina, nos define individual y colectivamente.

Yo, por mi parte, cumplo a conciencia con la política no escrita de omisión y voy incluso más allá.

No se habla de la muerte de Val. No se habla sobre si sabíamos qué ocurría en su casa. No se habla del momento en el que él se convirtió en un asesino. Y no hablo, finalmente, de mis remordimientos.

Los remordimientos que me acechan desde que él apretó el gatillo. Si en mí queda el eterno reproche de no saber si hubiera podido hacer algo por Val, a este se añade, penosamente, el de no saber si también podría haber hecho algo por él.

Nacho, el solitario, Nacho el callado. Tres años después de la muerte de Val se sacó el bachillerato. Me dijo que quería estudiar Trabajo Social, como habría querido hacer ella. Quería hacer algo, quería ayudar, dar su voz. Pedir perdón, como hombre, a todas las mujeres que padecen a esos otros falsos hombres que oprimen con su dictadura de la dominación, con el poder otorgado por un patriarcado exterminador. Le costaba, por el trabajo en el taller, por el esfuerzo de retomar el hábito del estudio, pero estaba en el camino.

Quise creer que estaba bien, cuando, en realidad, solo lo aparentaba. Quedábamos a comer y él me contaba, por enésima vez, el día que, con ocho años, Val fue a su casa y le dijo, indignada: “De ahora en adelante me llamarás Valeria. Yo no puedo tener nombre de infusión”. Quedábamos a tomar café y yo le contaba el día que esa exValeriana se enteró de que Leño se disolvía y cómo se enfadó y el dolor de cabeza que su perpetuo homenaje posterior me

provocó a mí.

El juego al que jugamos durante todos esos años, antes de que él hiciera lo que hizo. Creo que fue lo único que pudimos hacer para no alejarnos definitivamente el uno del otro. Yo le recordaba a Val, él me la recordaba a mí. Demasiado doloroso, traerla entre nosotros cada vez que nos veíamos.

Traer la parte de Val que podría suponer un reproche. Decidimos, así, de tácito acuerdo, dejarla dentro de cada uno, hablar solo de los años luminosos, de las risas, de todo lo bueno que compartimos.

Hago eso, yo, la supuesta mejor amiga que no se atrevió a ir más allá de la propia Val y ayudarla pese a su negativa. Hago eso yo, lo hago, con el hombre que se convirtió en un asesino por ella.

Nuestro pacto de silencio no sirvió de nada. No sirvió que recordáramos a la Val luminosa, que no nos reprocháramos no haber hecho algo más. Que pasáramos de puntillas por el lado oscuro.

Porque el lado oscuro nos alcanzó. La puerta de la cárcel se abrió, liberando a aquel monstruo, y el juego se hizo añicos. Creo que Nacho llegó a creer que ese día nunca llegaría, que jamás existiría en su calendario, que, simplemente, se diluiría hasta desaparecer en el olvido. Creo que habría podido salir del pozo en el que quedó tras la muerte de Val porque tenía un proyecto que la ♥

implicaba a ella, a su memoria, una tarea inacabada que él culminaría. Tal vez nunca dejaría de amarla, nunca permitiría que otra ocupara su espacio, pero, al menos, tenía un proyecto. Yo le animaba, le daba todo mi apoyo, discutía con él el siguiente paso, le ayudaba a planificarse, pero en esa interacción no había lugar, nunca lo hubo, para ir más allá, no solo para hablar de lo que pasó, sino de nosotros. Nacho y yo nos quedamos estancados en nuestra relación como si tuviésemos perpetuamente la edad en la que ella nos dejó. El chico de Val, la chica de Val. El salitre del mar en nuestros labios, las cañas en el pub, los paseos por el cabo. Si el faro podía continuar inmutable lamiendo la superficie del mar con su luz, ¿por qué no nosotros? Creí, erróneamente, que dejarlo ahí, bajo esa frágil superficie, haría que no nos doliese tanto, porque compartirlo solo haría que nos ahogáramos en él. La farsa nos permitía seguir viviendo, porque creía que saltándonos las fases del

duelo, soslayándolo, nos permitiría seguir adelante. ¡Qué equivocada estaba y de qué modo lo supe en cuanto recibí la llamada que me decía que mi vida había vuelto a romperse! Que las manos de Nacho estaban manchadas de sangre.

Y ahora, este Nacho que aceptó el juego, que nunca ha traspasado la línea, de súbito, me pregunta: —¿Por qué, Nuria?

—¿Por qué, qué, Nacho?

—¿Ninguna de esas mujeres ha tenido lo que buscabas?

Resoplo, inquieta por el cariz que está tomando la conversación. Es él el que está dentro y yo fuera, ¿verdad?

—Ni siquiera sé qué estoy buscando.

—Sí lo sabes. Lo encontraste una vez.

Le miro y, por un instante, veo al Nacho callado y fiel que siempre guardo como imagen indisoluble de la de Valeria. Pero ese Nacho ha vivido la parte oscura y Val ya no está a su lado para iluminarla.

—No te condenes a lo mismo que yo, Nuria —dice. Y me da miedo lo que sé que va a decir a continuación—. No te quedes anclada como yo a una mujer que ya no está.

Debería haber sabido que Nacho también me veía a mí.

Ese Nacho, que hoy, en mi vigésimo tercer cumpleaños, muchos años antes de esa conversación que tiene como escenario una cárcel, ríe con nosotras ante la verborrea delirante de Val. Que todavía no se siente avergonzado de que se le meta en el mismo saco genérico de una manada de animales.

Que ríe con despreocupación por el sofoco cómplice de la camarera que ha escuchado el delirio de Val. Por la leyenda grabada en las dos caras planas de la tuerca:

Val Nur, but...

...she fucks with Nacho!

Reímos porque somos jóvenes, tenemos una copa en la mano, la vida todavía no nos ha puesto la zancadilla definitiva. Miro a Valeria, pero ignoro que debería grabármela a fuego en mi interior, cincelar en él cada rasgo, pequeño gesto, detalle, palabra, tono, sonrisa, mirada. Ignoro que tan solo dos años más tarde dejaré de tenerla para siempre.

También ignoro otras cosas. Algunas, no obstante, las intuyo, pero no quiero darles nombre, no quiero darles la oportunidad de hacerse físicas, de tener que enfrentarme a ellas cara a cara.

—¿Y la capital?

Val ha terminado con las bromas, la tuerca, el champú de huevo y dos rondas de cubatas. Me mira por encima de la tercera. Enarca una ceja belicosa. Es su forma de preguntar cómo van las cosas con Elisa. También, al parecer, ha terminado con la tregua de la zona de exclusión.

—En su sitio —replico—. Ya sabes, submeseta sur, seiscientos sesenta y siete metros sobre el nivel del mar, cuarenta grados veintiséis minutos norte, tres grados cuarenta y un minutos oeste.

Es mi forma de decirle que no quiero hablar de ello. Ni siquiera me concede el mérito de haber sido capaz de aprenderme todo eso de memoria para eludir su recurrente pregunta.

—A la mierda —dice ella con estudiada lentitud.

No reprimo un gesto de fastidio. Es mi cumpleaños, tengo derecho a pasármelo bien. Pero ella es Val, tiene derecho a conocerme como si me hubiese parido. Al parecer, mis años de instrucción en el fingimiento no me sirven de nada ante la todopoderosa Valeria.

—Venga, suéltalo —exige, balanceando el vaso de tubo entre sus dedos—. ¿Qué ha hecho esta vez tu amada? ¿Qué bolsa de papel te ha puesto en esta

ocasión en la cabeza?

Expiró el tratado de no agresión. Se acabó, definitivamente, la cautela por su parte. En realidad, no le puedo ocultar nada, nunca he podido desde que me sacó de mi soledad aquel día en el faro con aquella pregunta acerca de mis sentimientos por Elisa. Cuando Val extiende la mano para llevarte a ella, te quedas en ella. Te sientes amada, pero también expuesta hasta en lo más íntimo. No es una maldición, es suerte, pese a que, a veces, el leal hostigamiento te coloque en el límite.

—¿O esta vez te ha escondido en el armario de las escobas? —insiste.

—¿Qué te hace pensar que pasa algo? —me defiende débilmente.

—Porque has vuelto de la submeseta de las narices como si hubieras hecho horas extras trabajando de felpudo.

Miro a Nacho, pero él, cómplice, alza una interrogadora ceja, al tiempo que asiente con la cabeza.

“Hemos bebido, te hemos cantado cumpleaños feliz, te queremos”, parece decir. “Ahora es tiempo ya de que nos lo cuentes, porque la fachada no funciona”. Tienen razón, los dos. Tiene razón, Val, en romper la tregua. Hasta yo misma me doy cuenta del grado de esfuerzo que debo hacer para mantener la fachada. Lo cansada que estoy de fingir delante de ellos. Pero todavía no doy mi brazo a torcer.

Dibujó una espiral con el dedo en la humedad dejada por los vasos sobre la desgastada superficie de madera de la mesa, resistiéndome. Todavía entonces sentía que debía defenderla, defender los desplantes de Elisa. Eran cinco años ya; cinco desesperados años desde aquella declaración en el faro. Siempre pensé que el tiempo obraría el cambio en ella, que solo necesitábamos un poco más de tiempo, un pasito cada vez. Estaba en lo cierto en la intención, pero no en la dirección. Elisa cada vez se enredaba más en la asfixiante trampa de la normalidad, arrastrada como por un canto de sirena a una vida fraudulenta. Yo era la naufraga que se aferraba a los restos de su amor, confiando en avistar tierra, aunque fuese una islucha perdida en el mar. Me habría conformado con un solitario cocotero, una única especie autóctona, un

poco de paz.

Jamás tendría que haberlo consentido.

Desde hacía unos meses sentía como una prórroga todo lo que Elisa me daba. Aquello tendría que haber acabado allí, en ese momento; mucho antes. Cuando se llega a los restos, es mejor marcharse guardando algo de la dignidad que precisarás para levantarte de nuevo. Los dos años siguientes, hasta nuestra ruptura a los veinticinco, solo sirvieron para hacerlo más doloroso. Creo que Elisa no tenía el valor suficiente para acabar aquello, para decir “No puedo más”. Más tarde pensé que la culpa había sido mía, por no hacerlo yo, por no dejarla marchar, por no decirle “Quédate con el barco, es tu rumbo, no el mío” y saltar por la borda. Pensé que la culpa había sido mía, por insistir, por creer en el amor. Por creer que él la llevaría a la orilla deseada.

—¿Nuria? —pregunta Val, con ese tono que implica que no hay escapatoria.

—Está saliendo con un compañero de carrera.

Digo. Lo suelto. Lo expulso. Lo escupo. Lo tiro a la calle, a ver si lo pisotean mil caballos, un millón de búfalos, un trillón de elefantes enfurecidos. Estoy avergonzada, avergonzada de mí misma, por haber permitido que Elisa me haga esto, por haber llegado a justificarlo, por convencerme, como reo sin pruebas, de que la pena capital era la que me merecía.

—Lo habéis dejado —pero el tono de Val no es interrogante, sino admonitorio, porque creo que lo sospecha. Sospecha que me he dejado la dignidad en algún momento de esos cinco años y que no he vuelto sobre mis pasos para recuperarla—. Dime que lo habéis hecho —me advierte.

Nacho coloca su mano sobre la de Valeria, a modo de advertencia. Ella le mira durante un instante y asiente al final. Eso era lo extraordinario en ellos. Se sabían, se reconocían, eran uno en dos.

Val se levanta, Nacho paga las consumiciones, nos vamos del local. Me llevan a su casa, Val me sienta en el sofá. Nacho me hace un té y se sientan cada uno a un lado, flanqueándome, custodiándome, guardándome. Si me derramo, si me rompo, ellos estarán allí para contener la riada.

—¿Qué es esta vez, Nuria? —me pregunta Val.

Me encojo, me hago pequeñita. Nacho remueve el té para que el azúcar se disuelva. Por una vez, Val no se enciende un cigarrillo.

—Le llegó un rumor —musito—. Alguien estaba hablando de ella, de ella y de mí. Pasamos demasiado tiempo juntas y ella nunca ha salido con ningún chico durante estos años.

—¿Qué coño le pasa a la gente, joder? —Exclama Val—. ¡Estamos en los noventa, por Dios!

—Me dijo que solo sería una fachada, como lo de Alberto, que solo sería hasta que acabara la carrera y saliera de la universidad. Para callar bocas.

—Con Alberto se acostó, Nuria —dice Val sin un atisbo de piedad. Siempre se empeñó en hacerme mayor, adulta y consecuente—. Lo sabes, ¿verdad?

—Nunca hemos hablado de ello —eludo la cuestión, como siempre he hecho.

—Y ahora no se trata de un crío barbilampiño —continúa, para mi mayor mortificación—. Un hombre con necesidades.

—¡Cállate, Val!

Pese a mi reacción, ella tiene razón, toda la razón. La tiene ahora y la tuvo el año pasado diciéndome lo que me dijo. Pero todavía me resisto. Val, insistente, no me da tregua.

—Dime que ese tío es también maricón y se están salvando mutuamente el trasero y, sobre todo — hace una pausa para asegurarse toda mi atención—, dime que no te duele.

Val, como siempre, es certera. No solo me duele, me destruye, me socava, me hace convertirme en otra. Ha sido, es, un argumento constante entre Elisa y yo estos años. El ceder, el miedo, las consecuencias. Mis celos. Cada hombre que ha entrado mínimamente en su órbita, yo lo he convertido en un aviso escarlata, en un peligro. Las palabras de Valeria las hice mías también.

“¿Cuál de los dos ha sido la prueba, Nuria? ¿Tú o él?”. Ellos o yo. Al principio traté de domar los celos, engatusarlos con la golosina de la fuerza de nuestros sentimientos, con la resignada razón del imperativo de la apariencia. *No pasa nada*, me calmaba a mí misma. *No pasa nada, Nuria. Elisa te quiere.* Me reprochaba mis celos injustificados, temía asfixiarla con ellos, alejarla. Los primeros años le di todo el espacio que parecía necesitar, esos flirteos inocentes, teatrales, que precisaba para seguir balanceándose en la cuerda. A pesar de que sus salidas a fiestas en las que yo no tenía cabida me dejaban oscura y flagelante. *¿Con quién estará, a quién conocerá, a quién sonreirá?* , pensaba, en una espiral de autocompasión que solo culminaba cuando Elisa regresaba a casa, conmigo, una vez más. No supe darme cuenta de cómo aquello me estaba royendo por dentro, pudriéndome. Cómo hizo de mí la mujer seca que sería. Cómo esa mujer guardó todo aquello de forma pueril para arrojárselo a la cara a esa Elisa muchos años después en lo alto de un acantilado.

Val toma aire, coge mi mano.

—No aceptes algo así, Nuria, no lo hagas. Sea lo que sea lo que te haya dicho, no está bien. No solo por ti o por ese tío. Por ella. Debe aceptarse o acabará desquiciada y te llevará a ti por delante.

Ya lo está haciendo —añade, de un modo más belicoso—. Sabes lo que pienso, te lo dije desde el primer día. No quiero que te hunda con ella. Lo que está haciendo solo puede traer consigo que caigáis en una espiral autodestructiva. Sé que no quieres oírlo, pero si vuestra relación se va a convertir en un remolino, en arenas movedizas, aléjate de ella antes de que te trague. Nur, te lo digo en serio. No quiero verte perdiendo más tiempo detrás de un imposible. Entiendo que la ames, pero tú debes aprender a amarte a ti por encima de ese amor.

La miro, cae la primera lágrima. ¿Qué hago? Soy una adicta. Haga lo que me haga esa droga, vuelvo siempre a ella. Sé que Elisa me quiere, tiene que quererme, porque si no, no sé qué han sido estos años. No pueden haber sido una pérdida, no puedo aceptarlo.

Elisa me quiere.

¿Verdad?

19

1992

La bronca, esta vez, es monumental. Tenemos veinticuatro años. Él se llama José María. Es alto, guapo, rubio, arquitecto, hombre, adecuado. El padre de José María tiene un despacho de arquitectura. El padre de José María le ha ofrecido a Elisa hacer prácticas allí. Elisa y José María salen desde hace un año. Un hombre con necesidades.

Es Elisa la que, una noche, me lo cuenta:

—Quiere que nos casemos.

Al principio, me echo a reír. ¿Por qué no? Esto es un completo absurdo. Elisa y yo somos pareja desde hace seis años. Elisa dijo cuando termináramos la carrera, cuando tuviéramos independencia económica. Elisa dijo solo será una fachada, hasta tener el título, hasta encontrar trabajo.

Elisa me dice que él le ha pedido que se casen.

—Mira Elisa, creo que deberías poner fin a esto de una vez. Lo siento por él, pero esto no tendría que haber llegado tan lejos —ella me mira sin sonreír—. ¿Elisa? —inquiero.

No responde. Elisa que, lo sé, se acuesta con él. Lo supe desde el primer momento.

Elisa vuelve al piso de madrugada. Sus compañeras no están, yo de nuevo he tenido que pasar la noche sola mientras ella representa el nonagésimo acto de esta asfixiante obra de la apariencia que nos arrastra a las dos a una espiral de nada. Elisa me despierta. Sus ojos son dos pozos sin fondo.

Me busca de un modo casi primario, desesperado. Inmediatamente le huelo a él sobre su piel. Quiero apartarla. Susurra “Por favor”, y la súplica me duele. Cambia. Se vuelve atenta, delicada, tierna, insistente. Muy insistente. Me hace el amor de un modo atentísimo, delicado, apasionado.

Desesperado, al fin. Nos hemos perdido. Soy consciente, de un modo atroz,

que nos hemos perdido.

Esto no puede ser real. No me reconozco. Esta no es la persona que quería ser. ¡Cuánto daño hace el amor cuando lo interpretamos mal, cuando queremos adecuar su sinfonía a nuestras imperfectas vidas, cuando se vuelve desesperado! Me levanto. Estoy furiosa; conmigo, con ella, con todo. Recojo mis cosas apresuradamente, las meto en una bolsa, me voy. Le huelo a él en mí.

Pero ni siquiera eso pudo hacer que rompiera con aquella dinámica que nos estaba destruyendo a las dos.

Hace meses que alternamos las discusiones con las reconciliaciones. Yo paso semanas enteras sin verla, sin ir a Madrid, sin telefonarla. A veces ella me llama, pero son las menos. Yo siempre vuelvo a ella. Y, ahora, me dice que él le ha pedido que se casen.

—¿Elisa? —insisto. Su silencio me da miedo.

Y tengo razón al sentirlo.

—No puedo, Nuria, no puedo más —dice, con la mirada húmeda, abriendo las manos en un gesto de impotencia.

Se deja caer sobre el sofá, hunde la cara en esas manos impotentes. ¿Soy yo la que debe ir a consolarla? Lo hago, paso mi brazo sobre sus hombros. Insisto. Intuyo el abismo.

—Esto tiene que acabar, Elisa. Tú no puedes más, yo no puedo más. He ido más allá de lo que nunca habría imaginado. Soy menos por ti.

Me mira, alarmada. *¿No lo sabes, Elisa?, pienso. ¿Crees que eres tú la que hace el sacrificio?*

¿Tú?

—¿Cómo crees que me siento cuando estás con él, Elisa? ¿Puedes imaginártelo?

—Lo sé, lo sé —repite, tapándose la cara de nuevo.

—Déjalo, acaba con esto —le pido—. Podemos ser felices.

—Nunca lo seremos, Nuria.

Su voz es áspera, amarga. Me sobresalta. Hasta ahora, todos los pasos que Elisa ha dado por el camino que ella misma ha elegido han estado tintados de angustia. *¿Qué pasará si mis padres se enteran? ¿No estarán felices si ven a su hija feliz? ¿Nuestros amigos? Si de verdad lo son, ¿de qué te preocupas? No quiero que me señalen con el dedo. Conquistaremos ese espacio poco a poco. No quiero ser una marginal. No lo seremos si no les dejamos que nos conviertan en ello. No quiero esconderme. No lo hagamos. No me toques por la calle, no me cojas de la mano, no me beses, baja la voz. Quiero ser madre.*

“Nunca seremos felices”, ha dicho.

—¡No, Elisa! —Le insto a mirarme, a que se quite las manos de la cara de una vez—. No digas eso. Podemos tener todo lo que deseamos, encontraremos el modo, te lo prometo. Por favor, Elisa, ven a mí de una vez. Te he estado esperando todo este tiempo, pero yo tampoco puedo más.

Me mira con compasión, me toca la cara.

—Tú siempre has sido mejor que yo, Nure. ¡Te he querido tanto por eso! —Su boca se convierte en una mueca—. Siempre he sabido que no te merecía y, aun así, he hecho todo lo posible para retenerte. No puedes seguir amándome después de todo lo que te he hecho, no puedes.

—Tú no tienes la culpa.

Elisa, realmente, no ha elegido ese camino resbaloso. Ha caído en él porque otros dispusieron la pendiente por la que deslizarse. Lo colocaron como primera opción. ¡Qué difícil se hace a veces resistirse! Yo pienso: *Resistirse o morir*. Porque no es vida si no eres libre. Elisa se ha estado muriendo todo este tiempo, me ha matado a mí. Las dos somos culpables. Yo, de no dejar de amarla; ella, de permitírmelo.

—Elisa, podemos ser felices —repito, cojo sus muñecas, la obligo a seguir mirándome—. Pero tienes que tomar una decisión ya.

Lo hace.

Me deja.

Se casa.

Me rompo.

20

El café es amargo, todo lo es desde que Elisa eligió a José María y su vida de fraude. Soy una sombra. Soy lo que he consentido que otros me hicieran.

—Espabila, Nur. Achúchale, joder.

Val se ha convertido en la sombra de la sombra. Está pendiente de mí desde que regresé de Madrid, de la vida de Elisa. No me permite bajar la guardia. El otro día le pedí que me dejara revolcarme en la miseria al menos un par de días y me concedió uno. “Pero solo en horario laboral”, me advirtió, intransigente.

He perdido a Elisa, el sueño de mi adolescencia, la realización de mi madurez.

—Ni de coña te vas a hundir en la mierda, ¿me oyes, Nur? Ni de coña —insiste Val.

Nos hemos citado en el café porque tiene algo que contarme. Va a estudiar Trabajo Social y va a sacar a su madre de ese infierno de casa que tendría que haber sido un hogar. Me lo dice tras depositar suavemente la taza sobre el platillo. Solo hago una cosa, me levanto, me acerco a ella y la abrazo con fuerza. Le digo, así, perdóname; le digo, así, hazlo.

—Y ahora tú —dice Val cuando se recompone.

Me ha devuelto el abrazo con más fuerza que yo. He notado que temblaba. Comprendo lo que esa decisión representa para ella, pero ni aun ese día soy capaz de colocarlo encima de la mesa. Valeria escogió hace mucho tiempo hacerlo así y yo continúo respetando ese pacto tácito. Sin embargo, al sentir cómo se estremece, no puedo evitar sentir vergüenza de mí misma, por seguir sin traspasar la línea. Estoy hecha de todos los reproches nacidos de las palabras que nunca pronuncié, de las cosas que nunca hice. Y, finalmente, de las que consentí.

—¿Planes? —pregunta Val, apartando así esa parte y colocando todo el foco

sobre mí.

Me alzo de hombros.

—¿Llegar a mañana?

Ella repiquetea impaciente con los dedos sobre la mesa. Toma aire.

—Nacho entiende el amor, Nur, déjame que te lo cuente —dice—. Nacho ha visto, igual que yo, qué ha pasado, cómo te has rebajado, cómo te has hecho eso a ti misma —me hace un gesto imperativo para acallar mi débil e incipiente protesta—. Estoy enfadada, Nur, mucho. Estoy cabreadísima. Con esa errónea indulgencia, con el amor mal entendido, con Elisa, contigo. Nacho es más comprensivo que yo, siempre me ha dicho que él te entendía. Que él, por mí, se habría convertido en lo que hubiese hecho falta. Que habría, incluso, dejado de ser él para ser lo que yo quisiera. Ese amor, Nur, me asusta. No me gusta. Es un poder que nadie pide y, si lo hace, es que no es de fiar. ¿Cómo puedes consentir que la persona a la que amas deje de existir como tal? ¿Cómo puedes hacerle eso, si la amas? —insiste—. Yo le decía, Nacho, no, eso no se puede llamar amor ya, eso no es amor. Yo no le habría querido así, no lo habría permitido. Lo que tú y Elisa teníais desde hace demasiado tiempo ya no era amor, Nuria. Me has decepcionado, pero no has sido exactamente tú, sino esa parte de ti que siempre ha estado huérfana, sola. Lo siento, por no haber hecho más por ti.

Ella, Valeria, me pide perdón *a mí*.

—¿Qué es lo mejor que has hecho últimamente, Nur? —continúa—. ¿Humillarte, arrastrarte por el fango, suplicar un día más con ella? ¿Hacer lo que sea, consentir lo que sea, por un puñetero día más? Yo he llegado hasta aquí en lo de estar mirando de reojo, se acabó.

Empiezo a llorar en silencio. Ella se inclina hacia mí y señala mi rostro.

—Esa lágrima, por todas las veces que te ha dejado sola mientras salía con él. Esa otra, por todas las veces que has escupido sobre ti misma por ceder —levanta con firmeza el dedo índice—. Tienes una más, una sola, para lamentarte por perder todos estos años, y los dos billones siguientes tú verás

qué haces con ellas, pero ni una más para Elisa. ¿Entendido?

Le digo que sí.

Mentía.

Pero entonces yo eso no lo sabía.

2011

—Nuria, por favor.

Elisa me llama. Su voz está cargada de angustia. No quiero obedecer a esa llamada. Corre detrás de mí y me alcanza. Hace que me gire.

—¿Ya está? —Pregunta—. ¿Esto es todo?

Me alzo de hombros con fingida indolencia. *No, no lo es*, pienso. Pero ella no tiene por qué saberlo. Intento dotar a mi voz de un tono neutro.

—Te he dicho que te he perdonando, ¿no es a eso a lo que has venido?

Mi respuesta parece frustrarla. Hace un gesto de contrariedad que no oculta, una chispa de algo parecido a la desilusión brilla en su mirada. Parece querer decir algo, pero calla. Me mira ahora confusa y yo frunzo el ceño. ¿Qué esperaba? ¿Qué más necesita?

—Yo permití que me hicieras aquello, Elisa, soy tan culpable como tú —digo—. He tenido que volver a verte para darme cuenta, para liberarme de ello de una vez. Creía que jamás podría perdonarte, pero yo también tuve la culpa. Solo tendría que haberme ido. Ya está. Dejarte, y se habría acabado.

Me coge del brazo. Tiembla.

—Nuria.

—¿Qué?

21

Recibo una llamada de Elisa. Han pasado meses desde que rompimos, desde que me dijo “Me caso con él”. No hemos mantenido ningún contacto personal desde entonces. Durante ese tiempo recibí dos cartas tuyas. En la primera me decía que lo que había pasado era la única opción, que no podía seguir así, que lo superaríamos, que seríamos amigas. La rompí. La segunda era la invitación a su boda. La quemé.

Pensaba que había pasado página. El dolor seguía ahí, el anhelo, la desilusión, junto a la resignación.

La Elisa que me llama ese día está desesperada, su voz suena pastosa.

— *Te quiero* —dice, nada más escuchar mi voz.

Cierro los ojos. Soy una enferma en tratamiento, soy una adicta. Elisa es mi veneno. Cuelgo el teléfono. Vuelve a sonar.

— *Nuria...*

—Voy a colgar, Elisa.

— *No lo hagas, por favor, Nurie, por favor* —arrastra las palabras al hablar.

—¿Estás bebida?

— *Quiero que lo comprendas, Nuria, quiero contártelo, que me escuches.*

—Voy a colgar —repito, siendo consciente de la estupidez de lo que digo. *¡Solo cuelga, maldita sea!*, me exhorto.

Tan fácil, ¿verdad? *Solo deja de meterte chutes, yonqui de mierda.*

La voz de Elisa se acelera al otro lado de la línea.

— *Por favor, Nuria, por favor. ¿No lo entiendes? Quiero tener una vida normal, ser como los demás. No quiero que me señalen por la calle, no*

quiero ser...

—Hemos hablado de esto ya, Elisa —la interrumpo. Me llevo una mano a la sien y presiono con fuerza. Elisa es un destello cegador en alguna parte de mi cabeza y no puedo apagarlo—. Estoy cansada, cansada de dar vueltas y vueltas sobre lo mismo, de intentarlo sin llegar a nada.

— *No puedo vivir sin ti* —Elisa se enreda con las palabras.

—Estás bebida, Elisa —me enfado—. No tienes ningún derecho a hacer esto.

Cuelgo el teléfono. El ruido que hace el auricular al descender sobre la horquilla me sobresalta igual que si hubiese sido testigo de la detonación de un artefacto explosivo. Reverbera en mi interior durante una eternidad. Doy dos pasos para alejarme del teléfono, pero tengo que detenerme porque mi pecho se está transformando en una caja de resonancia, en una cueva donde el sonido rebota de forma infinita entre sus paredes. Estoy sola en casa. Es casi medianoche. El teléfono vuelve a sonar y los latidos de mi corazón se aceleran. *Es muy fácil*, me digo, intentando tranquilizarme. *Solo descuélgalo, vuelve a colgar, espera a que se corte la llamada desde el otro lado y lo vuelves a descolgar de nuevo*. No creí que necesitara instrucciones precisas para hacer algo así, pero mi cabeza acaba de convertirse en una pecera. El timbre del teléfono es como un martillazo en mi pecho.

Descuelgo para cumplir con las instrucciones, pero saber que es Elisa la que está al otro lado de ese pedazo de plástico y cables puede más que yo. Me llamo Nuria, soy una adicta. Yo no sabía que le estaba mintiendo a Val el día que le dije que ya no lloraría más por Elisa. De verdad, no lo sabía.

— *Te echo tanto de menos* —balbucea.

—¿Necesitas emborracharte para hacer esto, Elisa? —no obtengo más que silencio al otro lado.

La elipsis me permite darme cuenta de lo trabajosa que es su respiración. Una súbita luz de alarma me hiela el pecho cuando una idea cruza por mi cabeza—. ¿Qué has tomado, Elisa? —pregunto, sintiendo un mal presentimiento.

— *Sé lo que te hago* —dice ella, ajena a mi requerimiento—. *Sé lo injusto que es, pero no puedo evitarlo, de verdad que no, Nure. Pero no puedo quitarme este miedo de dentro. Quiero ser normal, Nuria. Te quiero, Nuria. Tengo miedo y te quiero, Nuria. ¿Por qué no me has construido un mundo en el que te pueda amar sin sentir vergüenza, maldita sea?* —farfulla.

—Elisa, ¿has tomado algo más aparte de alcohol? —insisto, alarmada. La divagación de su parrafada, la lasitud con la que habla, aumentan mi inquietud—. ¿Elisa?

— *Si no me empujan, Nuria, si tú no me empujas, podré amarte. ¿Por qué me lo pones tan difícil? ¿Por qué no puedes aceptar lo que hay y ya está? ¿Por qué tienes que necesitar que todo el mundo lo sepa? ¿Qué hay de malo en vivir nuestra vida lejos de la mirada de la gente?*

Los nudillos de mi mano palidecen por la fuerza con la que sujeto el aparato. La voz de Elisa delata algo más que embriaguez.

—¿Estás en el piso? ¿Hay alguien contigo, Elisa? ¿Estás sola?

Un largo silencio.

— *Estoy sola sin ti* —susurra débilmente.

Un sollozo, un golpe, un breve campaneó del teléfono. Otro golpe, pesado. Silencio. Grito al aparato, pero Elisa no contesta. Estoy a cientos de kilómetros de ella. El teléfono de su piso ha quedado descolgado, pero no escucho más que el ominoso silencio al otro lado. ¿Qué puedo hacer?

Cuelgo, pero la línea sigue abierta. Vuelvo a gritar el nombre de Elisa como una loca. Empiezo a desesperarme. Recuerdo que tengo su número, lo saqué de la agenda de Elisa, a escondidas. No tengo otra salida. Salgo a la calle a la carrera, busco una cabina de teléfonos. Los dedos me tiemblan mientras marco el número. Espero con el corazón en un puño. Descuelgan.

—José María, Elisa no está bien —digo atropelladamente.

2011

—Fui a ver a Nacho —dice Elisa.

—¿Nachó? —Repito, aun habiéndola escuchado con claridad—. ¿Cuándo?

—Hace un par de meses, en verano. Siento habértelo ocultado dando la impresión de que no sabía nada de él.

Acaba de quitarme el suelo bajo los pies, me tambaleo. Nacho no me ha dicho nada. Elisa ha ido a verle y Nacho no me lo ha dicho. ¿Por qué?

—¿A qué fuiste? —le digo, en tono acusador.

No tienes derecho, tú, que nos dejaste a ambos.

—Necesitaba verle, yo...

—Veó que has estado muy ocupada últimamente con tus necesidades, Elisa.

Ha vuelto. El rencor. ¡Yo no lo he llamado! Tal vez es que no se había retirado del todo. Soy, no hay que olvidarlo, una exadicta. Llevo a Elisa a ras de piel. Me la he metido por la garganta y la he empujado con el puño hasta encajarla en el fondo de mi esófago. ¿Cómo no voy a vomitarla una y otra vez?

—Quería pedirle perdón también a él —dice.

—¿Es una especie de peregrinaje compasivo que lleváis a cabo los arquitectos sobre las ruinas que dejasteis atrás o que nunca construisteis o qué? —elevo la voz, sin poder evitarlo.

Estoy enfadada con ella, con Nacho, conmigo. Soy yo otra vez, la Nuria cabreada con la vida.

¿Acaso, ilusa de mí, esperaba que todo se retirara a la habitación del fondo porque así lo había ordenado?

¿Teperdonoaunquesigoenamoradoadetiyaestáadiós?

Elisa no tiene derecho a estar aquí, Nacho no tiene derecho a ocultarme que habló con ella, yo vuelvo a perder el control y no me gusta. Sé qué hay tras ese descontrol, cuál es el motor que lo alimenta. El amor nunca extinto por esta Elisa retornada. Estoy enfadada porque había hecho un pacto conmigo misma, había llegado a un compromiso con las Nurias que habitan en mí. Había creído cerrar esa puerta. *Vete, Elisa, vete de una vez.*

—¿Y a él qué falta le hace tu disculpa? —continúo, en el mismo tono crispado
—. ¿Quién te crees que fuiste en su vida como para creer que tu ausencia necesitaba reparación? ¡No fuiste nada, Elisa, nada, para ninguno de nosotros!
—termino gritando.

Quiero abofetearla, golpearle, es un deseo irracional. Y sé que ella me lo va a permitir. Lo leo en sus ojos, como así ella mi intención.

Doy un paso hacia ella.

22

Vuelvo a caer en la trampa de mi desesperado amor por Elisa. Había mezclado alcohol con pastillas aquella noche. Lo dejo todo y salgo para Madrid. José María la ha ingresado en una clínica privada. Él hace guardia frente a la puerta de su habitación. Me ve venir y viene a mi encuentro. Me coge firmemente del codo y me lleva a una pequeña salita. Estoy tan angustiada por Elisa que ni siquiera reparo en lo vehemente del gesto.

—Eres la amiga de Elisa —dice sin más preámbulo. Nunca nos hemos visto en persona.

—¿Cómo está?

No he comido, no he dormido, no he hecho nada más que pensar en ella. Estoy agotada, por el cansancio físico y la tensión emocional. Todo eso hace que no me dé cuenta, que no lo vea venir.

Estoy demasiado aturdida y asustada como para pensar en otra cosa que no sea Elisa.

—Me lo ha contado todo —dice él—. Creo que no es conveniente que estés aquí.

—¿En qué habitación está?

—¿No me has oído? No vas a ver a Elisa, no te vas a acercar a ella y vas a salir de aquí o te vas a llevar un guantazo, puta asquerosa.

La violencia verbal me paraliza, el odio que leo en su mirada, el lenguaje corporal que delata sus deseos. No me ha soltado el codo. Sus dedos se hunden en mi carne.

—¿Qué estás diciendo? Suéltame ahora mismo —intento desasirme de su agarre, pero él aumenta la presión. Hay un brillo de desprecio en su mirada, de asco.

—Elisa está enferma, tú eres su enfermedad. Mira lo que le has hecho con tus perversiones. No voy a decírtelo más. Te vas o te doy una hostia. No quiero verte cerca de ella nunca más. Eli no quiere volver a verte.

—Eso quiero oírsele decir a ella —le desafío.

Le veo en los ojos las ganas de pegarme. Aprieta los dientes cuando pronuncia las siguientes palabras:

—Elisa es mía.

La cólera enciende mi sangre. Los nervios me pierden. Me zafó de su agarre.

—¡Vete a la mierda! —Recorro apresurada el pasillo, gritando su nombre—. ¡Elisa!

No llego a la habitación. Un guardia de seguridad, alertado por José María, me detiene y me saca a empujones de allí.

Ahí acabó todo.

Una llamada de teléfono, verla una única vez más en persona y, después, mil mares y dieciocho años entre nosotras.

1993

Tengo veinticinco años. Es martes, un día cualquiera. Hoy no ha habido ninguna señal en el firmamento, ninguna premonición, nada fuera de lo normal. No puedo saber que mi vida está a punto de cambiar de nuevo desde que Elisa salió de mi vida hace casi un año. Me llaman por teléfono.

— *Nuria, Nuria...*

Alguien repite angustiado mi nombre, pero no reconozco esa voz estrangulada, ese pavor desvanecido.

— *Valeria, Valeria, Valeria...* —dice ahora Nacho—. *Vente a su casa, a casa de su madre.*

Nuria, Nuria, ven.

No hago ninguna pregunta, un escalofrío me recorre por entero como una ola gélida adentrándose tierra adentro. Siento el miedo expandirse dentro de mí como un ocupante indeseable. Cojo con dedos temblorosos las llaves del coche, salgo disparada hacia la casa de Valeria. Veo los coches de policía, las ambulancias, la gente agolpada. Siempre lo he sabido —lo descubro ahora—, que esta imagen ha estado encerrada dentro de mí, esperando agazapada a dar el zarpazo. Por un instante, soy un deshecho humano, un montón de mierda, porque pienso, ruego como una desesperada: “Que no sea Val, por favor, que no sea ella”. Ni siquiera pienso en su madre, solo en Val. Si ha sido Nacho el que me ha llamado... La angustia me desborda. Me tiemblan las piernas.

Encuentro a Nacho sentado en el bordillo de la acera, detrás del grupo de curiosos agolpados frente a la casa. Parece muy pequeño y desvalido, mira al suelo. Le llamo, me mira, se le enciende la mirada y, por un instante, siento una oleada de alivio. No dura mucho. Se levanta de un salto, viene hacia mí, me coge por el brazo muy fuerte, me hace daño, pero no se da cuenta. Está pálido, palidísimo, con la mirada desorbitada, me asusta. Intenta abrirse paso entre la gente, a codazos, mientras me dice, con una insistencia rayana en el delirio: —Tráemela tú, Nuria. Tráeme a Val, Nuria. Dile a Val que salga. Dile que estoy aquí. Llámala, a ti te hará caso. Ve, Nuria, ve.

Nacho, me doy cuenta, está en *shock*, ido. Sé, en ese instante, que Val está muerta. No hacen falta las palabras que, sombrías y espantadas, me susurra una de las vecinas de su madre cuando me reconoce:

—Valeria ha muerto. *Pobret meu* —añade, mirando con lástima a Nacho, mientras se lleva las manos al pecho.

Valeria ha muerto. Esas tres palabras me paralizan, me clavan en el sitio, me borran del mundo. Sé que respiro, pero no entiendo cómo. Nacho sigue tirando de mí. Quiere llevarme hasta la casa. Uno de los policías mira hacia nosotros y, con la barbilla, le hace una seña a un hombre que luce la palabra “Médico” en su chaleco reflectante. El policía se acerca a él y le oigo decirle, señalando a Nacho, que es el novio y que lo había perdido de vista. “Está conmocionado”, añade, en voz baja.

—Venga por aquí, por favor —el médico se dirige a Nacho con un tono suave, pero firme. Le señala la ambulancia, cuyas puertas abiertas han esperado inútilmente una vida que salvar.

Yo me quedo sola, siguiendo con la mirada cómo se llevan a Nacho. ¿Por qué lo han dejado solo, sentado en la acera como un niño perdido? ¿Por qué no han cuidado de él? Yo empiezo a perder la racionalidad también, siento como si algo dentro de mi cuerpo abandonara ese espacio físico que conforma mi carne, como si me alejara de allí y fuese otra Nuria la que viviera eso. Nacho se gira una última vez hacia mí, no se resiste a que el médico se lo lleve, solo quiere asegurarse de que cumplo su encargo. Me mira, y veo toda su vida desapareciendo a través de su mirada muerta.

—Entra, Nuria, a ti te hará caso. Entra. Despiértala —pide.

No sé cómo sobreviví a aquel día, cómo lo hicimos los dos. Cómo pude seguir respirando, caminando, hablando, comiendo, durmiendo, levantándome cada día. Cómo le perdoné al mundo que continuara sin aquella preciosa mujer que no le había hecho nada a nadie.

Cómo me lo perdoné a mí misma.

He perdido la razón, porque le suplico a ese policía: —Entre y cójale la

mano, por favor. No la deje sola.

2011

¿Y si hundo mi puño en la carne de Elisa? ¿Y si personalizo en ella todo lo que detesto de mí, todos los reproches, toda la culpabilidad, todos los remordimientos, todo el odio cosechado en tantos frentes? ¿Y si continúo y continúo y continúo, hago pulpa su carne, añicos mi casa, arraso la ciudad, hago del mundo un completo olvido? ¿Y si acabo con el universo? ¿Y si soy para todos ese agujero negro que hay dentro de mí?

Y entonces Elisa dice:

—Nacho no tiene nada que perdonarte.

Lo hace con calma, sin apartarse de mi camino aniquilador, de mis ojos.

Me detengo como si hubiese sido fulminada por un rayo. ¿Qué ha dicho? ¿Qué se ha atrevido a decir? La ira bulle en mi interior y esta vez tiene la forma de un animal salvaje. *¿Quién te has creído que eres para hablar en su nombre?*

La sangre bombea como una bestia rabiosa en mis venas, quiere que le dé forma y aliento y razón de ser. Una extensa mancha púrpura ocupa mi pensamiento, cegándome, las imágenes se suceden una tras otra de forma vertiginosa, fundiendo en un solo instante escenas separadas por años. Valeria, pálida, inánime, ataúd, sudario, tan sola. Nacho, asesino, sangre, consternación. ¿Por qué no siento miedo ante un Nacho homicida y, por el contrario, solo quiero abrazarle hasta lograr quitarle ese estupor de la cara, esa rendición?

El borrón escarlata se espesa, se agiganta, se contrae y solo quedo yo, aquí, ahora. Yo, reviviendo el pasado, anclada a él. Elisa, anclándome una vez más. Su voz.

—Nacho piensa que has estancado tu vida porque la suya lo está también — dice—. Que no quieres darte la oportunidad de ser feliz porque crees que no lo mereces. Que estás sola porque — baja la voz, agarrotada, intensa—, te has quedado en mí.

Cierro los ojos y todo ocurre en una milésima de segundo. Planto con violencia mi mano en el pecho de Elisa y la empujo contra la pared. Ella no hace nada para defenderse.

—¿Quién te has creído que eres?! —Grito, completamente fuera de mí—.
¿Quién te has creído que eres?! —repito, enajenada.

Ella no se intimida ante mi explosión de cólera. Trata de hablar con calma, pese a que noto el latido de su corazón traspasando su pecho para repercutir en la palma de mi mano.

—Valeria está muerta y Nacho en la cárcel, pero tú no estás ni una cosa ni otra, Nure. Siento mi parte de culpa en todo ello. Sé que también estás hecha de lo que yo te hice.

Esto es lo que soy porque una vez Elisa estuvo en mi vida. Levanto mi mano, un destello quema mi cabeza, estoy en el límite del mundo conocido, me balanceo sobre la línea roja, estoy a punto de caer, un alarido pavoroso resuena dentro de mí, partiéndome en dos. Y, después, nada. Me paralizó.

Un jadeo aterrizado se escapa de mi garganta y la realización de lo que he estado a punto de hacer me alcanza de lleno. He estado a punto de abofetearla y eso me asusta más que otra cosa. Un manto negro y espeso cae sobre mí. Me aparto de Elisa, me alejo, dándole la espalda. Vuelvo a sentir esa opresión en el pecho, ese agarrotamiento que dobló mis rodillas en el faro, esa angustia por llevar aire a mis pulmones. Grito. Grito hasta desgañitarme, grito hasta quedarme sin voz. Grito a todo lo que he sido, a todo lo que no; a todo en lo que me he convertido, a las oportunidades perdidas, a lo que le he hecho a otras personas, a lo que ellas me hicieron a mí. Caigo al suelo hecha un ovillo y creo que pasa una eternidad hasta que el tiempo se detiene, ciñendo mi cuerpo.

Pero solo es Elisa. Elisa, que se ha tumbado a mi lado y me abraza, sollozando.

Nacho no acude al entierro. Me pregunto si el no cumplir aquella parte del rito, el no ver cómo el ataúd era introducido en el nicho, le concedió la negación a la que se aferró después, el mantener a Valeria viva por encima de todo, incluso de sí mismo. Miro a mi alrededor, enquistada en ese lapsus insensible, estupefacto, tras el impacto. Hay mucha gente, pero estoy sola, más sola que nunca. Elisa no ha venido.

—¿Y Nacho? —me pregunta Alberto en un susurro.

Es, ironías del destino, uno de los amigos que conservo de la adolescencia. Me reencontré con él después de la universidad, cuando se licenció y se estableció para ejercer como abogado. Aquellos años no estaban muy lejos, pero sí lo suficiente como para otorgarnos una tregua. No sé qué sabe, no sé qué intuye, no sé qué piensa de aquel tiempo. Lo hemos dejado allí, en tablas. Empaquetado y guardado en un cajón.

—Sus hermanos se lo han llevado fuera —contesto con voz átona, ajena a mí.

Nacho fuera de sí, Nacho hundido, vacío, hueco, yermo. Sin voz. No pude llevarle a Val, Val no despertó. No soporto pensar que dejaron a Val tirada en el suelo, sola. ¿Por qué nadie se acuclilló a su lado y tomó su mano? ¿Por qué nadie la consoló?

—¿Necesitas algo? —me pregunta Alberto.

Tráeme a Val, suplico, pero no me oye, porque no lo he dicho en voz alta.
Tráeme de vuelta mi vida, lo que un día fuimos.

Val era valiente, era decidida, sé que habría sacado mucho antes a su madre de allí, de esa relación en la que estaba atrapada. Sé que lo intentó en más de una ocasión, pero las amenazas de su padre mantenían sometida a aquella mujer, aterrorizada. Sé que no lo hizo porque no podía, porque su madre no se atrevía a dar el paso, porque estaba atenazada por el miedo, la resignación, encadenada a un modo de entender la vida que le había sido inculcado.

No sé qué pasó esa última vez.

Solo sé que fue la última.

Estoy en el acantilado. Lluve. Es una tormenta eficaz, concienzuda. Una persistente cortina de agua empapa la tierra, desdibuja el día, agita el mar, vela la luz.

Han pasado tres semanas desde la muerte de Val y sigo buscándola. Vengo cada día aquí, esperando encontrarla sentada en el filo de las rocas, con los tobillos cruzados, fumando, sonriendo.

Esperando que me mire y me diga “¿Qué coño voy a estar muerta, Nur? No seas tonta, anda, yo nunca te haría eso”.

Val, un día más, no está. Siento arcadas. No como ni duermo con normalidad desde lo que pasó, solo hay tranquilizantes en mi estómago. Pastillas y nada. Dolor. Un vacío absoluto. La tarde, moribunda y abrumada por la violencia de la tormenta, languidece. La luz del faro acaricia el mar impasible y constante, como lo haría un amo perezoso con el lomo de un animal.

—Nuria.

—¿Val?

Me giro hacia esa voz tan conocida, el corazón me da un vuelco. Val se acerca a mí.

—Nuria —repite Elisa.

El hechizo se rompe. No siento nada. Estoy entumecida. Hace casi un año que no veo a Elisa. Se ha casado. Está aquí.

—Nure —me llama por tercera vez.

Le doy la espalda, tal vez se evapore, se disuelva bajo la lluvia, se haga nada. Me acerco al borde del acantilado. Ella se coloca a mi lado. Sé que me está mirando, pero yo solo veo el mar estrellándose contra las rocas. Tal vez teme que haga una locura, porque se adelanta y se acerca más a mí. Supongo que

piensa que podría detenerme en caso de querer saltar. Qué absurdo. Recuerdo que una vez lo pensé, pensé que si daba un paso en el vacío, echaría a volar. Fue el día que ella me besó, allí mismo, y me dijo que me quería.

Permanecemos así una eternidad. Ella, en una inquieta vigilia; yo, no lo sé. No sé siquiera quién soy. Me doy la vuelta, me aparto del borde, me voy a la torre, testigo mudo del paso del tiempo. Tal vez Val esté allí. Elisa me sigue en silencio. Es testaruda, se niega a disolverse bajo el agua. El mechero con el dibujo de Naranjito, oxidado, metido en una grieta de la base de una aspillera y tapado con una piedra. Lo dejó Val allí años atrás. “Para joderle la clase magistral al historiador de turno”, dijo. Lo encierro en mi mano, lo guardo en un bolsillo. Apoyo la frente empapada en la piedra húmeda. Pienso en Val, pienso en Val, pienso en Val. A Elisa no le da tiempo a reaccionar. Empiezo a golpear como una loca los muros de mampostería. Con los puños, las palmas de las manos, a puntapiés. Me levanto la piel de los nudillos, los filos de la piedra quebrada me arañan, el dolor serpentea desde mis extremidades hasta el resto de mi cuerpo, pero no es mi carne lo que me duele.

No sé contra qué estoy haciendo esto.

—¡Nuria! —grita Elisa, intentando detenerme.

Me revuelvo, la aparto de un empujón. Me encaro con ella. Elisa no se ha hecho nada, así que tendrá que serlo todo. Empiezo a vociferar como una demente. La insulto a ella, al mundo, he perdido los estribos. Si Elisa fuera la vida, la aniquilaría sin dudar en ese instante. Que el mundo se haga nada y vuelva a empezar. Que regrese justo, limpio, luminoso. Grito incoherencias. Me alejo de ella.

Elisa me sigue con la mirada, me detengo. Miro a mi alrededor, extrañada. Por un instante, no sé dónde estoy. El día ha muerto. La miro. Dos círculos opacos sombrean su mirada. No sé qué hace aquí, si ya me había dejado atrás. Rememoro la angustia de saberla enferma, el modo en cómo me trató el hombre con el que después decidió casarse. Tras el violento encontronazo con José María intenté por todos los medios ver a Elisa en la clínica, pero me negaron el acceso una y otra vez.

Esperé como una paria metida en el coche, dormí incluso en él, hasta que dos

días más tarde averigüé que ya se había ido, que José María se la había llevado discretamente, utilizando otra salida. Fui al piso de Elisa, pero no estaba allí y su compañera me dijo que se habían pasado a recoger sus cosas. Llamé al número de José María con insistencia, pero en la única ocasión que me contestaron me dijeron que los dos estaban fuera de Madrid, no iban a decirme dónde. Me planté en la casa de José María, pero nadie respondió a mis preguntas y tampoco aparecieron por allí ninguno de los dos.

No sabía dónde más buscarla. Regresé a casa, exhausta, preocupada. Tres días después recibí una llamada de Elisa. Con voz apagada me decía que estaba bien, que no me preocupara. Que era feliz.

Que no intentara volver a verla.

Una llamada de medio minuto, eso es lo último que me dio Elisa. Y ahora, casi un año después, está aquí.

—¿Y tu marido? —pregunto con brusquedad.

Ella hace caso omiso a mi pregunta.

—Habría querido venir al entierro de Val. Lo siento muchísimo, Nuria. No lo supe hasta hace dos días, José me lo había ocultado. Dijo que había sido por mi bien. He estado enferma, Nure —termina con voz débil.

—Val era mía, no tuya.

—Lo sé.

No sé por qué he dicho eso. Ella me habla como lo haría un médico ante un perturbado. Nos miramos durante una eternidad. El agua de lluvia resbala por nuestra piel, empapa nuestras ropas. Me palpitan las manos de dolor.

—¿Qué quieres, Elisa?

—Quería verte, ver cómo estás. Sé cómo tienes que sentirte y...

—No sabes nada. No sé qué haces aquí. Dejaste bien claro que no debía volver a verte, ¿no?

Ella hace un gesto de dolor.

—No era yo, Nuria, no estaba bien. No sabía qué estaba haciendo. Estaba muy presionada, y enferma.

Callo. Ella me mira angustiada.

—Nunca he querido hacerte daño —musita.

—Me has hecho daño desde el día que te conocí, pero también ha sido culpa mía, así que no te preocupes.

—No quiero que peleemos, Nure, por favor. No estoy aquí para eso.

—Tú nunca has estado realmente aquí —ambas sabemos que no me refiero a ningún lugar físico.

—Lo siento, Nuria, lo siento tanto —avanza un paso hacia mí.

—No te acerques, Elisa —le advierto.

Se detiene. Me observa. Hay impotencia en su expresión, y algo más.

—No puedo vivir sin ti —dice. Su tono es el mismo de quien acepta, resignado, una condena—.

Lo he intentado, todo este tiempo. Dejarte ir, te juro que lo he intentado. He estado enferma, Nuria.

Depresión, dijeron. Pero yo sabía qué era. He estado enferma por ti. Enferma por tu ausencia.

Sus palabras me alteran. La señalo con el dedo. Tengo la piel de los nudillos levantada. La lluvia recrudece su presencia, resbala por mi brazo, mi mano, se mezcla con mi sangre. Cae en cascada al suelo, corre en riachuelos hacia Elisa, la toca.

—¿Soy yo la que te empujó a intoxicarte? —Grito—. ¿La culpa es mía? ¿Soy culpable de que me ames, de que te enredes en una mentira, de que te asfixies

en tu propia trampa? ¿De que hayas hecho de tu vida y la mía una frustración?

—No, no —balbucea. De su mirada brotan lamentos, pero no puedo ver sus lágrimas. Se confunden con la lluvia que nos arrasa a ambas.

—¿Por qué no acabas con todo eso, Elisa? ¡Sal de ese círculo de una vez!

—¡No puedo! —grita.

Un rayo parte la oscuridad, pero su luz es efímera. Su estruendo hace que ambas nos estremezcamos, yo lo siento dentro de mí, me convierto en él. Salvo la distancia que nos separa, la empujo contra el muro, no ofrece resistencia, solo me mira. La beso. La beso desde la oscuridad que hay en mí y ella lo acepta. La beso airada, atormentada, sin delicadeza ni ternura. Todo mi cuerpo ha vuelto a vincularse al suyo. Ha sido instantáneo. Busco su cuerpo, sin tregua, ella se abre a mí. Sujeta mi cara entre sus manos, quiere verme los ojos, pero se los niego, no pienso darle mi mirada. Hay un animal herido dentro de mí que está haciendo esto. La sujeto contra la pared, mi mano baja hasta su sexo. Entierra su cara en mi cuello, completamente entregada. No quiero hacer esto, no quiero hacer esto, no quiero hacer esto. Me aparto, le doy la espalda, grito, impotente, encolerizada. Elisa me sujeta, me gira, me besa. Creo que hay otro animal herido dentro de ella. Nunca la había sentido tan desesperada, tan abandonada, tan agresiva. Es ahora ella la que me empuja contra la pared y me retiene, me busca, me toca. Es ella la que muerde mis labios hasta hacerlos sangrar, la que hunde sus dedos en mí y la que me lleva al delirio. Sus labios perfilan las palabras “Te quiero”, las susurra con desesperación, enterrada en mi cuello. Pero sé que esto no puede ser amor, sino la consecuencia de su deformación. Hemos deformado el amor para adaptarlo a nuestro miedo y él se ha vengado. Me derrumbo en sus brazos y ella me acuna, empieza a llorar en silencio. La empujo de nuevo para apartarla, me alejo. Ella retiene mi brazo. Hay súplica en su mirada, lágrimas en sus ojos, y también un halo de fatalismo impregnándola de pies a cabeza, que no sé cómo interpretar.

—Te quiero, Nuria.

Sus palabras me nombran, me hacen visible. Soy Nuria. Elisa me quiere. Es ahora o nunca lo será.

—Entonces ven a mí, Elisa —digo—. Por completo.

Su mirada es atormentada ahora.

—Estoy embarazada —susurra.

La noticia es un mazazo. Elisa siempre ha vivido anclada, por su familia, por las apariencias, por el miedo. Un hijo. Soy yo la que se hace nada. No seré suficiente.

—¿A qué has venido entonces, Elisa? —pregunto con un hilo de voz.

Ella se remueve, inquieta.

—¿No puedes entenderlo? ¿Comprenderme?

—Lo he hecho todo este tiempo, Elisa, ¿no te has dado cuenta? He estado tan pendiente de ti, por ti, que he acabado por no comprenderme a mí misma.

—Podríamos... —vacila—. Podríamos seguir viéndonos, Nure. Tal vez...

—¿Como amigas? ¿Así, sin más?

Me mira, algo brilla en su mirada. Por su bien, quiero recordar que fue vergüenza lo que vi en sus ojos antes de decir lo que dijo a continuación, pero creo que solo había una atormentada esperanza: —Podemos ser algo más, esto no tiene por qué acabar así.

La miro, atónita. ¿Está sugiriendo lo que temo que está sugiriendo? Se lo leo en los ojos. Elisa quema, así, su última nave conmigo. *¿Qué queda de la chica sensata, dulce e inteligente que me enamoró?*, me pregunto, mientras el corazón se me encoge. *¿Es esto, Elisa, lo que quieres?*

¿Degradar lo que fuimos hasta ese punto?

—¿Me pides que sea tu amante? —Por un instante, siento lástima de ella, de esta Elisa prisionera de su corazón y condenada por su miedo—. ¿Qué entiendes por amor, Elisa? —Pregunto con tristeza—. ¿Qué he estado entendiendo yo todos estos años? —me lamento.

Yo sería la otra, la que se esconde. Qué digo, nunca dejé de serlo. Su intención es el último golpe a las ruinas de mi amor por ella, lo convierte en escombros. Señalo el mar.

—Míralo, Elisa. Siempre estará ahí, es lo que queremos creer. Calmado, agitado, azul, gris.

Eterno. Pero hay mares que han muerto, Elisa, se han secado, se han convertido en eriales. No me pidas eso.

—Pero tú me pides que entre en ese mar y nade contracorriente —se lamenta.

—No —esbozo una sonrisa de derrota—. Te pido que camines sobre él —la cojo por los brazos—. Te vas a ahogar, Elisa, y no quiero que me arrastres contigo.

—No puedo, Nure, no puedo hacer lo que me pides —solloza.

La suelto.

—Yo tampoco —digo.

La dejo allí, bajo la tormenta.

2011

Lo que yo no sabía entonces es que me llevé la tormenta conmigo. La tormenta que me cambió con los años. Val decía que no había que amedrentarse ante las preguntas que te hacía la vida, que había que contestarle de frente. Con el tiempo aprendí que también se podía ir al encuentro de la vida, antes de que ella marcara los ritmos y, con ello, los límites. En ello basé mis años posteriores, mi reivindicación, mi derecho a ser como era.

Si hubiera podido, esa Nuria que llegué a ser, esa parte de mí que se salvó parcialmente de la quema, habría ido atrás en el tiempo y le habría legado esa lucha a Elisa, a esa Elisa de veinticinco años que dejé bajo una tormenta. Aún habría estado a tiempo. Pero Elisa, la chica de dieciocho años que me besó frente al mar, ya se había ido para entonces.

Es esta otra Elisa retornada la que ahora me toca, me consuela. De nuevo. Me sujeta con fuerza, llora conmigo. “Ya no puedo irme más”, quiero decirle. Soy todo lo que queda de mí. Reconozco la cárcel en la que he estado, a la que yo misma me he condenado. Siento como si hubiera perdido toda mi vida. Me la dejé en la cólera de la injusticia, en el desconsuelo de la pérdida, en el vacío del amor perdido, en el remordimiento. Valeria, Elisa, Nacho. Estoy hecha de ellos. Estoy hecha, también y definitivamente, de lo peor de mí.

Pasa mucho tiempo, o tal vez no. El tiempo no existe.

—Estoy aquí para pedirte perdón—susurra Elisa a mi oído cuando siente que me calmo, que me agoto. Lo hace, estoy segura, para que no me asuste de sus siguientes palabras—. Y estoy aquí porque nunca he dejado de quererte. Antes me has preguntado si te quise, Nure y no te di una respuesta completa. Sí, te quise, y lo sigo haciendo, nunca he dejado de hacerlo, ni un solo día. He venido a pedirte perdón, Nure, y para decirte que estoy aquí para ti, si todavía me aceptas. Por completo.

No, es lo primero que pienso. *No dejes que las palabras se te metan dentro*, me advierto. ¿Quién es, al fin y al cabo, esta Elisa? ¿Qué validez tienen sus palabras, ella que tanto me llamó a su lado para después ocultarme? ¿De qué conozco yo a esta mujer, hoy, aquí? ¿Qué sabe ella de mí? Ya no somos las

mismas, no sabemos quién hay tras lo que una vez fuimos. El seguimiento furtivo, fragmentario, que he hecho de su vida durante estos años es una ilusión, humo, nada. Su primera hija.

Sus proyectos arquitectónicos. Su segunda hija. Su separación. Nuestro pasado ya no nos sirve a ninguna de las dos. No sé qué hizo aquel sábado de junio de hace cinco años, si disfrutó con aquella otra celebración meses después, qué palabras pronunció cada noche, cada día, cada segundo de estos dieciocho años que nos separan. ¿De qué sirve esto ahora? ¿Es a este momento al que me ha conducido la vida? Durante mucho tiempo traté de encontrar las razones — ¡cómo si eso pudiera hacerse!— del porqué de la persistencia de mi amor por Elisa durante todo aquel tiempo de negación y miedo. Estúpida de mí, traté de aislarlas del conjunto de emociones enfrentadas, furiosas, sumisas y erróneas en el que estaban enmarañadas. Quería etiquetarlas, analizarlas bajo el microscopio, darles una entidad sólida y palpable. Encontrar la cadena que me ató a ella, ahora lo sé, toda la vida.

Encontrar raciocinio en el amor, qué estúpida. ¿De qué está hecha la luz cuando incide sobre una gota de rocío? ¿Qué nombre recibe? No hay un nombre para algo así.

Sí, hoy he reconocido seguir enamorada de esta mujer, Elisa, pero, ¿es real o fruto de un anhelo agazapado durante años? ¿Qué siento ante sus palabras? ¿Miedo a una nueva decepción? ¿Ha logrado, por fin, esta Elisa madura, romper el espejo? Ya no es una adolescente; ya no tiene veinticinco años. Ha tomado decisiones y sé ahora que algunas de ellas la han conducido hasta aquí.

Sí, me confieso aún enamorada, pero, enamorada, ¿de quién? ¿De la idea de Elisa, más que de la verdadera Elisa? ¿De la Elisa que he guardado dentro de mí todo este tiempo con avaricia y rencor?

¿La amo? ¿O lo confundo con añoranza, con una construcción quimérica que lleva su nombre?

La aparto con suavidad. Me levanto, ella lo hace conmigo. Guardo silencio, ella también. ¡Si supiera qué tormenta se ha desatado en mi interior! Me acerco hasta la ventana que permite una vista parcial del mar, a lo lejos. Ella se sitúa a mi espalda.

—Sé que no tengo derecho a decírtelo, a estar aquí —empieza, vacilante—. Sé que es injusto, como todo lo que te he hecho. Sé que me has querido por encima de mí misma, de ti misma, y lo que eso te ha hecho. Toda mi vida he intentado ser lo que otros creían que debía ser. He recorrido un largo camino hasta aquí y no ha sido fácil. ¿Sabes qué ha sido, Nure? —toma aire y lo expulsa lentamente—. Mis hijas. Empecé a sentir que era un fracaso también como madre. ¿Cómo podía fingir que las estaba criando como seres completos llevando lo que llevaba dentro? Mi matrimonio con José fue lo que desde un principio fue, una farsa. Por mi culpa. Mi cobardía. Decidí separarme, por mis hijas, por él, por mí. No me lo puso fácil, pero creo que hasta él tuvo que reconocer que aquello nunca había sido un matrimonio de verdad. Y yo no podía perdonarme haber traído a dos criaturas a esa farsa.

Hace una pausa. Se adelanta y se coloca a mi lado. No me mira cuando vuelve a hablar.

—He tenido que replantearme en mitad de mi vida lo que tendría que haber tenido claro desde un principio. Pensé mucho en ti, todo ese tiempo —vacila, se muerde el labio inferior—. Sé que no me merezco ni una sola oportunidad más. Y te pido que me perdones también la arrogancia de estar aquí y decirte lo que te estoy diciendo. Pero no habría venido si no hubiera hablado con Nacho.

Nacho. Capaz de ver en mí pese a la limitación de su encierro, de la pantalla creada a través del pacto de silencio que huía como de la peste de cualquier indicio de abordar el pasado desde el lado oscuro. Los maltratos en casa de Val. Su muerte. El crimen de Nacho. Mi solitaria vida saltando de relación en relación. La mano que se aparta cuando intuye el calor del fuego que amenaza con quemarla. Así ha sido el intercambio entre Nacho y yo todos estos años. Y, sin embargo, él ha sido capaz de ir más allá.

Y, por ello, ha dicho Elisa, ella está aquí.

—¿Qué te dijo? —rompo mi silencio con voz rota.

—Calló más que habló, en realidad. No le echas la culpa a él, en ningún momento traicionó tu confianza. Le pregunté por ti y apenas me dio un par de pinceladas de tu vida, pero suficientes como para... —se detiene.

—Para estar aquí —termino yo.

—Sí —dice en voz baja—. Nacho... —la angustia se refleja en su gesto un instante—. Cuando supe lo que había hecho... No me lo podía creer. No hacía más que recordar al chico discreto que bebía los vientos por Val. Siento que pasaras por todo aquello sola —su voz se pierde un momento, me busca la mirada—. Siento también tantísimo no haber estado a tu lado cuando Val murió, Nure.

El silencio se instala entre nosotras, se espesa, se hace dolor, rencor, pasa por todas las fases.

Todo es tan lejano y tan presente. Elisa vuelve a hablar.

—El saber lo que Nacho hizo marcó el principio del camino, Nure, el que me ha traído aquí. Fue un *shock*. Hacía un año que me había separado. Mi hija mayor, que entonces tenía catorce años, me preguntó por qué lloraba al ver la noticia en la televisión. ¿Qué podía decirle? ¿Yo fui una vez amiga de ese hombre y lo dejé atrás? ¿Que tu madre puede llegar a entender por qué ha hecho eso, por qué alguien puede arrebatarse una vida de ese modo? ¿Tu madre, hija, que ha dejado tantas cosas atrás?

Su voz se ahoga por la emoción. Se tapa la boca con una mano temblorosa. Recupera la compostura.

—Aquel día el pasado me alcanzó, Nure, el pasado que creía haber sepultado bajo capas y capas de negación. Pensé en Val, en la maravillosa Val, y entonces me hundí. Lloré por ella, y lloré por ti.

Por haberte dejado sola, Nure. Mi hija me abrazó para consolarme y entonces pensé: *Tiene la edad que yo tenía cuando la conocí*. Cuando te conocí, Nuria. He cometido tantos errores y tú has pagado por la mayor parte de ellos —se lamenta.

Aparta con la yema de su dedo una lágrima que resbala por su mejilla.

—Alberto fue mi primer intento. Ya sentía por ti lo que sentía, pero me esforzaba en acallarlo.

¿Cómo podía tener aquellos sentimientos por ti? Estaba horrorizada, Nure, no sabes hasta qué punto.

Quería ser normal —emite una risa breve y áspera—. ¡Normal! —Repite con amargura, como si la palabra fuera un absurdo—. Alberto me daba la oportunidad de intentarlo, de quitarme eso de encima. ¡Me asustaba tanto sentir lo que sentía! —Me mira—. Pero aquella noche, en la hamburguesería, Nuria, lo habría echado todo a rodar si hubiera visto en ti una mínima señal, algo a lo que aferrarme. No ocurrió, o yo no supe verla. Incluso llegué a pensar que tu estado de ánimo se alteró porque Valeria se había ido, porque querías haber estado con ella antes que conmigo.

—Dos actrices interpretando el mismo papel en funciones distintas —digo, con tristeza. Le concedo mi mirada—. Estuvimos siete años juntas, Elisa. ¿Por qué nunca hablamos de todo esto?

¿Qué estuvimos haciendo todo ese tiempo?

—Huir. Yo huía hacia delante, tú tirabas de mí en otra dirección —sacude la cabeza—. Luchar.

Yo conmigo misma; tú, por mí.

—Y así se nos fue todo.

—Lo siento.

—Sé que lo sientes —musito, y sé que lo digo de verdad.

—También estaba celosa, ¿sabes? ¿Te sorprende? —Pregunta con melancolía, cuando capta mi expresión de asombro—. Estaba celosa de Valeria, de la relación que tenías con ella. Primero, en el instituto, sentía celos porque creía que era a ella a la que amabas. Fueron unos años atormentadores, pero —me mira, sonrío con levedad, casi ensoñación— maravillosos a la vez. Porque te tenía, Nure, del modo que fuera, te tenía.

Rectas paralelas, condenadas a no encontrarse, pienso. Fue ella, esta mujer, la que cambió ese destino; la que, con su beso, su declaración, torció el

universo y lo plegó a su deseo. Lo que vino después fue ajeno al momento perfecto de aquella revelación.

—Después, cuando estaba en Madrid y discutíamos y tú te ibas y volvías aquí... —cabecea, y los ojos se le llenan de lágrimas—. Pobre Val, cómo recelaba de ella. Yo sabía que Val te antepondría a ti por encima de mí y temía que cada vez fuese la última. Que ella te salvaría de mí, que no volverías —me mira, muy seria—. Debería haberlo hecho.

Me tomo un segundo para apaciguar el dolor que la mención de Val trae con ella. Es a otro dolor al que debo dejar salir ahora. Las palabras que nunca decimos.

—Me anclaste a ti, Elisa, me condenaste a tu amor —digo—. A la esperanza de ese amor. Un día más, pensaba yo, un día más y estará preparada, saldrá de ello, podrá con todo, la tendré. Durante siete años te di, cada día, uno más. Era más fácil entonces, en esos años. Tú estabas en Madrid, yo estaba aquí. Una relación a distancia, de lejos no se ven las grietas, las carencias. Después, simplemente, te amé por encima de todo.

—Lo siento —dice Elisa—. Si lo hubiera sabido, si hubiera sabido que iba a ser tan cobarde, Nuria. Pero tenía mucho más miedo de que me abandonaras, de perderte. Sabía que me amabas y lo forcé. Lo más abominable que he hecho en mi vida fue volver aquel día y proponerte que siguiéramos viéndonos como amantes. ¿Cómo pude hacerte eso, cómo pude creer que rebajarte a esa condición nos haría bien? ¡Lo siento tanto, Nure, haberte hecho cómplice de mi cobardía! Siento no haberte dejado libre de mi amor, siento haber insistido hasta el final. Tú siempre has sido más valiente que yo.

—¿Valiente? —exclamo yo—. ¿Crees que me fui aquel día y eliminé de un plumazo lo que sentía por ti? ¿Crees que mi amor disminuyó? Estuve tentada más de una vez de llamarte, de volver a ti, de aceptar lo que fuese, con tal de conservarte.

—Gracias por no hacerlo —murmura ella—. Eso nos habría destruido por completo.

Se calla, mira hacia fuera.

—Hace un par de años te vi —dice—. Tenía que venir a arreglar unos asuntos. No pude evitar buscarte. Sabía que eras profesora en la universidad. Estabas en una cafetería del campus, con varias personas más. Sonreías. Asumí que eras feliz —baja la voz, para añadir a continuación—. Sin mí.

Pierde la mirada en el mar. Ya ha dicho todo lo que ha venido a decir. Soy yo, ahora, la que debe darle una respuesta.

La Elisa que me besó en el faro. La Elisa que atormentó mi amor. La Elisa que siempre ha estado en mí, bajo todas las formas. La Elisa que he desesperado, la Elisa que he odiado. La Elisa de la que me he reconocido enamorada hasta el último instante, en un amor agazapado y escurridizo, correoso, resistente al tiempo, a otras mujeres. A mí misma.

¿Cuál de ellas es la que queda aquí, ahora, en este instante?

—No lo sé, Elisa, no sé qué decirte —digo—. Creo que te amo. Creo que te odio.

Y ya está. El tiempo se hace todo, se hace nada. Me embarga una sensación de irrealidad que hace que me evada de mí, de este momento, de esta mujer; que hace que me vea bajo un prisma opaco.

Elisa sabe, a su vez, que eso será todo lo que tengo hoy que decir.

Se inclina hacia mí, me besa en la mejilla.

Se va.

EPÍLOGO

Dos años después

Me despierto sintiendo en la cara la tibieza de los primeros rayos de sol que desafían la oscuridad de la noche. Me incorporo y me quedo sentada en el borde de la cama, los pies desnudos sobre la tarima de madera. Mi mirada alcanza el acantilado a lo lejos, perfilado abruptamente como si de una galleta

partida por la mitad se tratara. El faro, inmutable, firme, coronándolo, blanco, plata. Las ruinas de la antigua torre vigía tras él. El día promete un cristalino azul en el firmamento, un profundo añil en el agua de ese mar que llevo dentro. Albergo en mi pecho una sensación de paz.

Nacho.

¿Quién ha estado todo este tiempo en una cárcel? Le miro a los ojos y, por primera vez en muchos años, lo veo de verdad, lejos de la pena, de la lástima, del dolor compartido. Ahora se lo cuento todo, no ese intercambio aséptico que habíamos forjado a base de silencios. Le digo que he vuelto a meter el mechero de Naranjito en la grieta para joder al profesor de historia. Él me dice que va a terminar Trabajo Social. Le digo que se porte bien. Nacho me exhorta a que haga lo mismo. No me lo pregunta. No hace falta. Él, de sobra lo sé, me ve.

Valeria.

¿Qué fue lo último que me dijo, que hizo? ¿Sonrió? ¿Me guiñó el ojo? ¿Dijo algo trascendental?

¿Algo que debí interpretar como una señal, una premonición, una alegoría, unas últimas palabras simbólicas? ¿Qué fue Val, qué me legaste? Hace meses que he estado acechando ese recuerdo de forma obsesiva, intentando desenterrarlo, extraerlo de esas capas de negación, dolor, conmoción, pérdida. Intentando capturar el último instante de Val en esta vida para mí. ¿Dónde estábamos, qué hicimos, de qué hablamos? No sabía lo que iba a ocurrir, que la iba a perder para siempre. ¿Rio, se fumó un cigarrillo, se giró hacia mí para despedirse una última vez, agitó la mano, me tomó el pelo?

¿Qué fue, Val?

Esta noche he soñado. El sueño recurrente en el que me sumerjo en el mar y Val tira de mí para llevarme a algún sitio. Ayer lo hizo, me llevó por fin a él. Me llevó a un rincón cristalino bajo el mar, atravesado de sol.

Es ella. De niña. Está jugando. Es feliz. Está sentada, con las piernas cruzadas sobre el fondo marino, cerca de unas rocas. Su corto vestido de verano baila

en torno a su cuerpo, arrullado por la suave corriente; su pelo se desparrama desgreñado por el agua en la que ondea. Los rayos de sol que atraviesan el mar que nos vio crecer juegan con el color de su pelo, arrancando de él destellos de fuego; la iluminan, la bañan de luz. No me mira, no sabe que estoy ahí. Está distraída, juega con el agua que la rodea; sonrío. La imito. Mis lágrimas se hacen una con el mar, se van con ella. La Val adulta aprieta con fuerza mi mano una última vez. Giro la cabeza hacia ella. Ya no está.

Despierto. *Esto es, pienso, lo que me llevaré de ti.*

Elisa.

Me toca, coloca la palma de su mano sobre mi espalda, acariciándome, reclamándome con ternura.



SOBRE LA AUTORA

Clara Asunción García, Elche (Alicante), 1968.

Recorrió el camino de la palabra escrita desde el relato hiperbreve y corto hasta la novela, siendo finalista, ganadora y publicada en diversos certámenes y libros colectivos.

La novela llegó en una de esas encrucijadas en las que se dio cuenta de que el camino seguía más [allá de las tres líneas o la página doce, y de ese descubrimiento nació “El primer caso de Cate](#)

[Maynes” \(Egales, 2011\), título iniciático de lo que pretende ser una longeva serie —si el](#)

paracetamol y la tendencia a una vida desmantelada del personaje no lo impide— y en cuya segunda [parte se encuentra trabajando actualmente. La publicación de su segunda novela, “La perfección del](#)

[silencio” \(Egales, 2013\), la hizo inmensamente feliz, sobre todo al constatar que su primer libro ya](#)

no sería el único. Si a esta circunstancia le añadimos algo de cerveza y una buena porción de mar como telón de fondo, sus índices de felicidad se multiplican de forma exponencial.

“Elisa frente al mar” es su primera experiencia en solitario en el mundo de la publicación.

Más sobre la autora en:

<http://claraasunciongarcia.blogspot.com.es/>

Puedes encontrarla también en:

[Facebook](#)

[Google Plus](#)

[Twitter](#)

[Youtube](#)

[About me](#)

SOBRE LA DISEÑADORA

Marga Antón Svoboda (Alicante, Mayo 1976). Se dedica al mundo del diseño desde hace más de doce años.

Cursó estudios de Diseño Industrial en la Escuela Superior de Diseño de Alicante y trabajó como delineante en el estudio de arquitectura y urbanismo Estudio Gaudir durante seis años. Posee Master en Infoarquitectura y Visualización Arquitectónica y en Diseño Gráfico y Maquetación.

Actualmente colabora con empresas como I am, I can y Estudio de Interiorismo Roberto Caprasecca, además de haber puesto en marcha proyectos de diseño junto a otros diseñadores.

Se declara fan absoluta de Clara Asunción García, con la que comparte su afición por el mar y una caña fresquita.

Más información sobre Marga en:

[Facebook Infografía y Diseño Gráfico Marga Antón Svoboda](#)

y en:

[Bichos y compañía](#)

ELISA FRENTE AL MAR

Clara Asunción García

Table of Contents

2011

1984

2011

1986

2011

1988

2011

1991

1992

2011

1993

2011

Epílogo

Sobre la autora

Sobre la diseñadora

Document Outline

- [2011](#)
- [1984](#)
- [2011](#)
- [1986](#)
- [2011](#)
- [1988](#)
- [2011](#)
- [1991](#)
- [1992](#)
- [2011](#)
- [1993](#)
- [2011](#)
- [Epílogo](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Sobre la diseñadora](#)